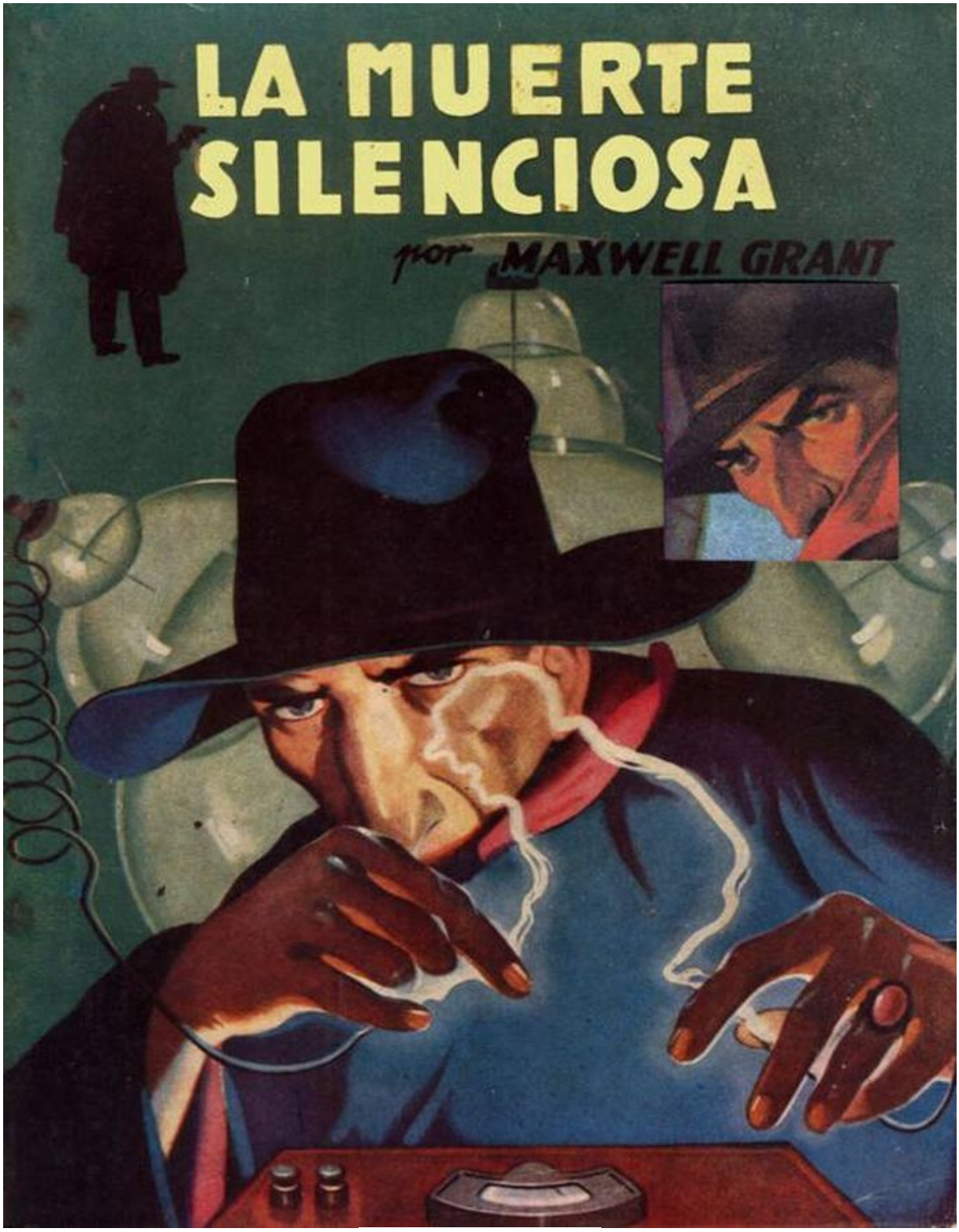
La muerte silenciosa
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
OJOS SINIESTROS

Las luces de Manhattan arrojaban un fantástico resplandor, vistas desde las ventanas de la pequeña oficina del rascacielos Brinton.

Pero el hombre que se hallaba en la oscuridad de aquella habitación del piso treinta, no se interesaba por el espectáculo de las brillantes luces. Sus ojos observaban los pisos superiores, de un enorme edificio de viviendas que se alzaba al otro lado de la calle.

El edificio estaba coronado por un cobertizo, del que salían unas cuantas luces. Un rincón del ático que se elevaba a ras de la pared del edificio, era el lugar que este invisible observador encontraba más interesante.

Una cerilla titiló en una mano. Cuando la llama encendió un cigarrillo, reveló un rostro áspero y endurecido. La cerilla se extinguió y el individuo chupó su pitillo.

Cuando la reluciente punta descendió de sus labios, el hombre emitió un gruñido feroz, en consonancia con su rostro.

Sonó un golpe en la puerta. El hombre de la ventana arrojó su cigarrillo por la misma, la cerró y echó la cortina. Se dirigió presuroso hacia la puerta y encendió la luz en el momento en que sonaba un segundo golpecito furtivo.

El hombre del cuarto abrió la puerta, dando entrada a un visitante presuroso.

La iluminación reveló que los dos hombres eran de un tipo diferente. El individuo que estuviera en la oscuridad junto a la ventana, era bajo y, rechoncho, un verdadero rufián en todo, excepto en las ropas.

Su aspecto bien cuidado no armonizaba con su nariz regordeta y sus facciones duras y labios entreabiertos que mostraban una sonrisa maligna y burlona.

El recién llegado, alto y cargado de hombros, era un hombre de cabellos grises que, poseía cierta dignidad bien marcada. Su rostro enjuto mostraba firmeza a pesar de su avanzada edad. Tan sólo en un rasgo se parecía al individuo que le había estado esperando en la oficina: sus ojos, como los del otro hombre, brillaban de astucia y malignidad.

El individuo rechoncho y de maneras rudas fue el primero que habló.

Con voz suave, a pesar de su dureza, inquirió la identidad de su visitante.

-¿Es usted Tomás Jocelyn?

-Sí-respondió el anciano, sin apartar la vista del que le interrogaba-. ¿Supongo que usted será Larry Ricordo?

-Ese soy yo-corroboró el hombre de voz áspera, con una sonrisa-. Siéntese, haga el favor.

Tomás Jocelyn se sentó en una butaca junto a una mesa en el centro de la habitación. Se apoyó solemnemente en su bastón de puño de oro y miró con fijeza a Ricordo.

-¿Dónde está Folcroft Urlich?-inquirió. Mientras encendía otro cigarrillo, Ricordo contestó:

-El profesor llegará pronto. Yo vine temprano, para abrir la oficina. Todavía queda mucho tiempo.

Jocelyn se contentó con la pregunta que había hecho. Aparecía nervioso a pesar de sus maneras tranquilas.

Durante varios minutos, Ricordo permaneció a la expectativa, pensando que el anciano le iba a hacer otra pregunta. Finalmente, con una risa áspera, se acomodó en una butaca. Observó:

-Todo está preparado. Esta noche veremos acontecimientos. Fue un acierto tomar esta oficina.

Como su visitante no formulaba ningún comentario Ricordo desistió de abrir la conversación, después de la inútil tentativa. Le dirigió una mirada despectiva, pero no hizo nada para despertar su antagonismo.

Al sonar un fuerte golpe en la puerta, se puso en pie de un salto y fue a abrir al siguiente visitante.

El recién llegado completaba un trío extraño. Era de mediana estatura, cabellos negros y facciones severas. Llevaba puesto un sombrero pequeño y su pelo caía en mechones sobre una frente saliente.

Su rostro cetrino, de mejillas hundidas, semejaba una calavera viviente en la que un par de ojos agudos y verdosos lanzaban una mirada siniestra.

El hombre sonrió ampliamente al observar a los dos que ya se encontraban en el despacho. Quitóse el gabán y avanzó con la mano tendida, formando su boca una ranura repulsiva e irregular al continuar la sonrisa.

Murmuró el nuevo visitante:

-¡Ah! Están los dos aquí, ¿eh? Mis amigos Jocelyn y Ricordo. Ahora espero que los dos sean amigos míos. Está bien. Tenemos mucho en común.

Respondió Jocelyn en tono calmoso:- Buenas noches, Urlich.

Sonrió Ricordo:

-Hola, profesor. Todo está dispuesto. ¿Quiere echar un vistazo?

El profesor reprobó:

-Todavía no. Todavía no. Tenemos mucho tiempo. Es mejor que hablemos primero.

Tomó asiento y miró a un hombre y a otro. Reclinándose en su butaca el profesor Folcroft Urlich dejó oír una risita de satisfacción. Provocó una sonrisa de Ricordo y un nervioso encogimiento de hombros de Jocelyn.

Declaró el hombre de aspecto repulsivo:

-Así veremos funcionar nuestro primer plan, ¿eh? Estamos agradecidos a Ricordo, ¿eh, Jocelyn? Lo ha preparado a la perfección.

-No me agrada-objetó Jocelyn en tono enojadizo-. Esto no es asunto mío, Urlich. No desapruebo una muerte, cuando es necesaria; mas ser un testigo...

El profesor alzó la mano a guisa de interrupción.

Jocelyn se calmó mientras Ricordo le dirigía una mirada malévola.

-Debe disipar sus temores, Jocelyn- manifestó el profesor-, y es conveniente que lo haga desde el principio. Por este motivo le he citado aquí esta noche. Otro, es que podamos discutir nuestros planes claramente, y después una desavenencia.

Hizo una pausa y continuó:

-La idea de la muerte es mía. Para un hombre de ciencia como yo, la vida humana es una masa. El individuo debe ser olvidado. ¿Qué es una vida? Nada. Pero una muerte-la sonrisa del profesor Urlich se retorció como una serpiente por sus labios-, puede significar mucho para quienes puedan aprovecharse de ella.

»Una muerte significa varios millones para nosotros tres. ¡Millones! ¿Comprende usted, Jocelyn? La muerte nos abre camino y yo soy el genio que provoca la muerte. Pero el hombre que produce la muerte necesita unas herramientas humanas. Ricordo ha facilitado esos instrumentos. Además, una persona que fulmina debe tener ocasión para realizar sus ganancias. Usted proporciona ese medio, Jocelyn.

El hombre de maneras llenas de dignidad movió la cabeza con un gesto de asentimiento. Se mordió los labios pensativamente; luego sus ojos se iluminaron como si el hablar de las ganancias, le hubiese servido de inspiración.

El profesor Urlich sonrió burlonamente como si leyese los pensamientos del anciano. Continuó, bajando la voz:

-Con el objeto de que lleguemos a entendernos, voy a recapitular los deseos que nos han unido. Durante algunos años ya he suprimido vidas, rara vez vidas humanas, lo reconozco, pero de todos modos, vidas. No tiemblo ante la idea de suprimir una vida humana. Para mí, se trata de un experimento en un plano más elevado.

Tras un breve silencio, prosiguió:

-Ricordo ha elegido una carrera de crimen. Es criminal por instinto y astuto en todas sus operaciones. Sabe dominar y emplear a los hombres de tipo criminal. Por consiguiente, sigue sus inclinaciones.

»Usted, Jocelyn, se ha aprovechado de las pérdidas ajenas. Se dice un financiero. Usted verdaderamente trafica con los fracasos de los menos afortunados. Ahora se le presentará una oportunidad mucho mayor, pues antes obstruían sus planes hombres que estaban vivos y los muertos no lo harán.

Jocelyn se estremeció al oír las palabras tan francas; luego sonrió débilmente.

El profesor Urlich parecía ejercer una influencia siniestra sobre el financiero, quien, a pesar suyo, olvidó sus temores.

El profesor, sacando del bolsillo un papel doblado, continuó:

-Los planes más sencillos son los más eficaces. Aquí está la lista que usted me dio, Jocelyn. Menciona más de una docena de grandes financieros, cuyas muertes le serán muy beneficiosas-. Miró con fijeza a Jocelyn-. Y por consiguiente, muy provechosas también para mí y para Ricordo. Su parte, Jocelyn, consiste en indicarme el momento oportuno para llevar a cabo esas muertes. El resto corre de mi cuenta, con la colaboración de Ricordo. Ha nombrado usted al primer hombre. Lo verá usted morir esta noche. Confío en que ha trazado los planes con toda clase de precauciones.

-Así es-declaró Jocelyn, con una risita nerviosa-. Si Alfredo Sartain muere esta noche...

-...cuando Alfredo Sartain muera esta noche-interpoló Urlich, con su sonrisa siniestra.

-Eliminado Sartain-manifestó Jocelyn-, estoy seguro de realizar un beneficio de a lo menos cinco millones. Sartain ha convenido hacer un empréstito a los Almacenes Universales. Yo tengo muchas acciones de los Almacenes. Si los Almacenes Universales no consiguen el dinero que necesitan, la empresa irá a parar a manos de los acreedores. Mis acciones subirán...

-¿Sartain es la única salvación para los Almacenes Universales?

-Sin el menor género de duda. Todo depende de él.

-Usted le verá morir esta noche.

Larry Ricordo se puso en pie, frotándose las manos de satisfacción al oír estas palabras. Dirigiese hacia Jocelyn, con el objeto de apoyar las manifestaciones del profesor Urlich.

Declaró:

-Puede usted apostar a que Sartain será “despachado” esta noche. Quizá usted desconoce que yo podría llegar a ser, el primer as de Nueva York si quisiera seguir la carrera. Me retiraré porque he visto que aquí habrá más dinero, sin correr el peligro de que alguna otra banda me agujereé el pellejo. Los compañeros creen que ando por alguna capital de provincia, porque necesito esfumarme por una temporada. Tengo un par de muchachos de confianza trabajando para mí. Cuando Sartain entre en aquel pabellón, le darán el pasaporte...

-Un momento-interrumpió Urlich, mirando con frialdad al gangster.

-No se preocupe, profesor-repuso Ricordo-. No me entrometo en sus planes. No hago más que jugar sobre seguro. Duster Brooks está allá en concepto de mayordomo.

-Eso tengo entendido.

-Y tengo a Slips Harbeck y a un par de pistolero en un departamento del último piso. No se moverán hasta que vean que Sartain va a salir. Esperan mis órdenes.

-Perfectamente-dijo el profesor Urlich-. No obstante, las preocupaciones eran innecesarias.

Dirigiéndose a Jocelyn:

-Ricordo desconoce la técnica del asesinato. Durante la ausencia de Sartain, se ha elevado el pabellón. Ricordo preparó un encargado competente, en la persona de Duster Brooks, que actúa como mayordomo de Sartain. Brooks se encargó de las obras. Allí se encuentra esta noche.

»Alfredo Sartain morirá, al parecer, de muerte natural, pero en realidad, debido a mis instrucciones.

El profesor consultó un reloj. Observó que eran cerca de las ocho y media.

Se dirigió hacia la pared y apagó la luz; luego se acercó a la ventana.

-Vengan-ordenó, a través de la oscuridad.

Los otros hombres se aproximaron. La cortina se levantó al tocarla Urlich; semejaba el levantar del telón antes de empezar un drama.

Entre el resplandor de la ciudad, aparecía la silueta del enorme rascacielos.

Las luces tenues del pabellón eran las mismas que Larry Ricordo contemplara poco antes. El ángulo estaba aún a oscuras y éste era el lugar que el profesor indicaba.

-Allí está el estudio-observó en voz baja-. Sartain tiene la costumbre de retirarse a dicha habitación. Esta será la primera visita después de su regreso. Lo esperan a las nueve con su secretario; el representante de los Almacenes Universales llegará a las nueve y media.

»Brooks nos ha facilitado la información. Los documentos del empréstito están encima de la mesa de Sartain, para que los examine; no hay motivo para que no observe su costumbre habitual. Todos los crímenes invisibles deben basarse en acciones tan vulgares como esa.

»Su presencia le servirá para que tengas confianza en mis facultades. Ricordo ya ha manifestado sus dudas. Usted, Jocelyn, quizá sienta alguna aprensión, pero a medida que vaya siendo testigo de mis procedimientos y escuche mis explicaciones, comprenderá.

La voz del profesor había adquirido el tono reposado de una conferencia científica. Sus palabras frías y siniestras provocaron un gruñido de satisfacción en Larry Ricordo. Tomás Jocelyn se estremeció.

No obstante, el financiero permaneció cerca de la ventana, así como el gangster. Aquella escena del otro lado de la ventana era fascinadora.

-Será usted testigo de una muerte-repitió el profesor Urlich-. Una muerte sin contratiempos, una muerte insospechada que pasará por un accidente. Ricordo puede confiar en las pistolas y en la violencia. Yo ejecuto la muerte silenciosamente. Esa es la muerte que usted presenciará esta noche y que actuará repetidamente. ¡La muerte silenciosa!

El profesor hizo una pausa. Los hombres que había junto a la ventana permanecieron inmóviles.

Una vez más aquellas palabras siniestras salieron de los labios de Folcroft Urlich.

-¡Una muerte silenciosa!

CAPÍTULO II
EN EL PABELLÓN

El profesor Urlich tenía razón al manifestar que Larry Ricordo utilizaba métodos muy distintos a los suyos.

El gangster, jefe de una banda de pistoleros, que servía para los planes siniestros del profesor, tenía tanto interés como éste en ver morir a Sartain. En consecuencia, había tomado más precauciones de las que mencionara a sus compinches.

Además de los bandidos apostados en un piso vacío situado debajo del pabellón, había otros pistoleros fuera del rascacielos. Estaban encargados de que nadie interrumpiese el drama

que iba a desarrollarse arriba, de que no entrase nadie más que Sartain, su secretario y el delegado de los Almacenes que acudiría a la cita para discutir las condiciones del empréstito.

Así, cuando Alfredo Sartain se apeó de un taxi delante del rascacielos, a las nueve menos diez minutos, estaba vigilado por unos cuantos pistoleros invisibles, agazapados en la oscuridad. El millonario iba acompañado de un hombre, seguramente su secretario, que llevaba un par de maletas. El portero saludó cuando entraron y ayudó al secretario con el equipaje.

Cuando el ascensor subió a la altura del pabellón, Sartain tocó el timbre de la entrada. Abrió un hombre de edad mediana, vestido de uniforme. El millonario entró, seguido de su secretario.

-Buenas noches, señor-dijo el mayordomo-. ¡Qué alegría verle de vuelta!

-Es una alegría estar de vuelta, Brooks -sonrió su asno.

Sartain era un hombre brusco, de unos cincuenta años. Dio el gabán y el sombrero al mayordomo y se paseó por el salón familiar. Se paró a olisquear el aire.

-Pintura-observó.

-Sí, señor-respondió el criado-. Se ha renovado el pabellón durante su ausencia, señor.

-Desde luego-rió el millonario-. Me había olvidado. El departamento ha quedado espléndido, Brooks. Se cuidó usted de que lo hicieran bien, ¿no es verdad?

-Sí, señor. El estudio ha sido renovado también. A propósito, señor, he dejado su correspondencia encima del escritorio. El señor Broderick telefoneó para recordar la cita que le ha dado usted. Parecía tener mucho interés, señor.

-Es natural-sonrió el millonario-. Tengo que ir al estudio inmediatamente, Hunnefield-dijo al secretario-, puede usted recibir al señor Broderick. Le llamaré cuando esté dispuesto a recibirle.

Brooks abrió una puerta situada en el fondo del salón familiar. Daba a un pasillo y más allá veíase una puerta abierta.

El mayordomo avanzó con premura delante del millonario y penetró en la habitación del fondo del pasillo. Encendió la luz. Sartain entró en el cuarto y dirigió una mirada de admiración en torno suyo.

El estudio había sido decorado de nuevo. Las paredes estaban pintadas con un dibujo mural en hoja de oro. La ventana grande, con sus cristales, tenía pintura fresca en su pesada armazón de hierro.

Sartain alzó la vista hacia la claraboya.

-Muy bonito, Brooks-cumplimentó.

Un calorífero silbaba suavemente en un rincón del estudio.

El millonario no pareció observar el sonido. Se sentó delante de su escritorio y comenzó a examinar un montón de sobres.

Brooks permanecía de pie en la puerta. Hunnefield aparecía detrás.

-¿Manda alguna cosa más, señor?-preguntó el mayordomo, cuando el secretario se aproximaba.

-Sí-respondió su amo-. No quiero que me moleste nadie. Cierre la puerta.

El criado cerró la puerta y se volvió hacia Hunnefield. La acción interceptó la entrada del secretario. Ahora que Alfredo Sartain estaba encerrado en su estudio, Hunnefield decidió no molestarle. Regresó con el mayordomo al salón familiar.

Brooks cerró la segunda puerta, al pasar. Cuando el secretario hubo cruzado el salón, el criado arrojó una mirada rápida hacia los objetos. Uno era un timbre que había en un rincón.

El timbre estaba silenciado por un trozo de caucho colocado entre el sonador y el timbre mismo. Era el lugar donde podría oírse una llamada desde el estudio de Alfredo Sartain.

Brooks sonrió. Aquel trozo de caucho impediría que el timbre repiquetease.

Pero con un movimiento rápido lo quitaría. Esa acción se realizaría después.

El mayordomo miró también en dirección de un teléfono instalado en un rincón. Había un interruptor debajo que al apretarlo se conectaba con el teléfono del estudio. Ahora estaba completamente apretado.

Una ligera presión lo normalizaría de nuevo. Eso también sucedería más tarde. En este momento, Alfredo Sartain quedaba completamente aislado, sin poder comunicarse con el exterior.

Brooks miró su reloj. Dentro de treinta minutos se arreglarían estos detalles.

Tenía poco trabajo que hacer. Sonrió. Estando Hunnefield allí podría explicar sus acciones; y Broderick llegaría más tarde. Cuanto antes, mejor.

Brooks tendría el placer de abrir la puerta muy pronto al esperado delegado de los Almacenes Universales. Pues en el preciso momento en que el mayordomo cruzaba el aposento, un hombre entraba en el vestíbulo del edificio.

El visitante era un hombre de elevada estatura que vestía un gabán oscuro y un sombrero gris. Llevaba una cartera en la mano. Se detuvo a hablar al conserje. En voz sin matices formuló la pregunta:

-¿Está el señor Sartain en casa?

Un individuo que se encontraba en la entrada oyó la pregunta. Era uno de los pistoleros de Slips Harbeck, un sicario del lugarteniente de Larry Ricordo. El sujeto tenía gran interés por escuchar el resto de la conversación entre el conserje y el caballero de la cartera.

El portero respondió:

-Creo que el señor Sartain está en casa. Pueda telefonear al pabellón y avisar que usted ha llegado. ¿A quién he de anunciar, señor?

-Al señor Howard Broderick. Estoy citado.

El individuo que escuchara salió del vestíbulo. Howard Broderick era el nombre de una persona que podía tener libre acceso a la casa de Alfredo Sartain.

El portero telefoneó. Le contestaran que el visitante podía subir.

Introdujo en el ascensor al hombre de la cantera. Unos minutos más tarde, el visitante salía del aparato delante de la entrada del pabellón. Tocó el timbre y Brooks abrió la puerta.

El mayordomo hizo una reverencia e hizo pasar al recién llegado. Miró con fijeza al visitante. Éste tenía algo en su aspecto, que produjo una vaga inquietud al falso mayordomo.

El rostro de Broderick tenía una expresión fría y sus ojos, al mirar en el interior del aposento, escudriñaban con atención.

-El señor Sartain me espera.

La voz del visitante heló a Brooks. También llamó la atención de Hunnefield, que estaba sentado en un sillón, leyendo. El secretario se puso en pie de un salto y se aproximó al recién llegado.

Preguntó:

-¿Es usted el señor Broderick? El señor Sartain no le esperaba tan temprano, Tendrá usted que aguardar, señor, hasta que él avise que lo introduzca.

-¿Puede usted advertirle que estoy aquí?

-No, lamento que no sea posible. Está revisando unos documentos y me ha advertido que nos avisará cuando termine.

Con el sombrero en la mano, pero sin quitarse el gabán, el alto visitante cruzó tranquilamente el aposento. Se hallaba delante de la puerta que cerraba el paso al estudio de Alfredo Sartain.

Al volverse, sus ojos sagaces observaron el timbre de la pared. También vieron el teléfono. Luego se dirigieron hacia el secretario.

En una amplia y rápida mirada el visitante había observado los hechos que interesaban tanto a Brooks; pero el falso mayordomo no se había percatado totalmente de su agudeza.

-Entonces debo esperar-observó el recién llegado, con una sonrisa plácida-. Perfectamente, esperaré. El señor Sartain tiene un piso admirable. Y unas vistas maravillosas.

Cruzaba el aposento mientras hablaba. Se detuvo junto a unas puertas que daban a una terraza. Giró tranquilamente el pomo y miró hacia el exterior en dirección de las luces resplandecientes de Manhattan.

-¿Puedo salir a la terraza? -preguntó.

-Ciertamente, señor Broderick-respondió Hunnefield-. Le llamaré cuando el señor Sartain avise que puede pasar.

-Se respira un aire delicioso-observó el hombre alto, tranquilamente-. Muchas gracias por su amabilidad.

Salió a la terraza al terminar su frase, dejando la puerta entornada detrás de él.

Hunnefield volvió a hundirse en su sillón. Brooks sonrió, continuando sus deberes. La presencia del visitante había turbado algo al mayordomo y se alegró de que se le hubiese antojado salir a la terraza.

La mirada de los ojos sagaces en dirección del timbre y del teléfono tenia aún intranquilo a Brooks. Mas cuando el visitante desapareció temporalmente de la vista, se alegró de que hubiese llegado.

Permaneció junto a la puerta que daba a la terraza, hablando de vez en cuando al secretario. El visitante resultaría útil más tarde, quizá. Él, como el secretario, sería un buen testigo del desgraciado accidente que ocurriría a Alfredo Sartain.

Pero Brooks no salió a la terraza. Simplemente dio por supuesto que Broderick estaba aún allí. Por consiguiente, no observó la extraña metamorfosis que ocurría al otro lado de la puerta entornada.

El hombre que se había presentado bajo el nombre de Howard Broderick, se había llevado su cartera distraídamente bajo el brazo. Solo en la oscuridad, se ocupó de repente de ella. Agachándose, la abrió junto a la barandilla de la terraza. Aparecieron varios objetos, invisibles en la oscuridad.

El sombrero gris desapareció de la cabeza que lo llevaba puesto. El ligero gabán que cubría su cuerpo se desvaneció también. Otras prendas los substituyeron.

Una capa larga y negra y un sombrero de alas anchas, también negro, formaba la nueva vestimenta de Howard Broderick. Las prendas de que se despojara fueron metidas rápidamente en la cartera, que unas manos ágiles depositaron junto a la pared del pabellón.

Una figura se alzó junto a la barandilla. Apenas discernible al resplandor de la metrópoli, semejaba la forma siniestra y fantasmal de un hombre vestido de negro.

Hasta las manos de este fantasma estaban ahora cubiertas con unos guantes negros. Los únicos puntos de luz invisibles eran dos ojos fulgurantes bajo el ala del sombrero.

El papel de Howard Broderick había terminado. El nombre que diera el visitante era falso. Ya no iba vestido como un individuo vulgar.

¡Ahora era un ser fantástico de las tinieblas! ¡Se había convertido en La Sombra!

Enemigo siniestro del crimen, rey de la noche, La Sombra había llegado al lugar donde la muerte acechaba. Su elevada y espectral figura iba alzándose más al colocarse sobre la ancha baranda de la terraza. Unos brazos largos, levantados, asieron el saliente declive del techo.

La figura de La Sombra osciló hacia fuera. Luego se balanceó hacia lo alto.

Unas manos de acero izaron el cuerpo hacia arriba.

¡La Sombra, invisible, una masa movible de negrura a lo largo del declive, escalaba el techo del pabellón, rumbo a una misión relacionada con la vida de un hombre sentenciado a muerte!

CAPÍTULO III
LA TRAMPA FUNCIONA

Los tres hombres que vigilaban desde el edificio Brinton, observaban el pabellón con creciente interés. Sus ojos siniestros estaban clavados sobre la ventana del rincón, donde ahora había una luz.

Al otro dada de la ventana del estudio, claramente visible a través de los cristales hallábase sentado Alfredo Sartain. El millonario trabajaba en su mesa.

Mientras Tomás Jocelyn y Larry Ricordo miraban en silencio, el profesor Folcroft Urlich hablaba en tono bajo, sostenido aún al estilo de conferencia.

-Nuestro hombre está en la trampa. Todavía no ha sufrido los efectos. Ese momento llegará pronto. Aquí disponemos de los medios para observarle más atentamente.

El profesar sacó de su gabán un par de gemelos y enfocó la escena que aparecía al otro lado de la calle. Ofreció los gemelos a Tomás Jocelyn, quien se apareó nerviosamente. Ricordo los tomó con avidez.

El gangster lanzó una carcajada al observar, al hombre sentenciado dentro del estudio. Notó un aire de perplejidad en el rostro de Sartain. Luego el millonario desapareció del campo visual al levantarse de repente de la mesa.

Ricordo pasó los gemelos al profesor Urlich.

Mientras los tres hombres observaban que Sartain se dirigía hacia un rincón, el profesor comentó:

-Ha observado el ruido del calorífero. El zumbido la produce un dispositivo que ahora se usa en los caloríferos. Esta clase de aparatos fueron instalados en toda la casa durante la renovación.

Mientras el millonario se agachaba junto al calorífero, el profesor continuó su tema:

-El dispositivo para secar el aire, es un aparato comercial destinado a suprimir el aire viciado de la atmósfera. Realizando algunos experimentos con estos aparatos, descubrí que podían ajustarse de forma que consumiese rápidamente el oxígeno. Sartain lo ignoraba, pero ese mecanismo está succionando el aire vital de su estudio.

-¿Y si lo desconecta?-inquirió Jocelyn, con voz débil.

Repuso el profesor:

-No puede hacerlo. Está muy ajustado. Podría romperlo, si comprendiese su finalidad. Pero pensará que es un aparato ruidoso y se olvidará de él.

Las declaraciones del profesor, quedaron confirmadas cuando el millonario regresó a su mesa. No obstante, continuó mirando con impaciencia hacia el rincón. Vieron que su mano oprimía un botón en la mesa.

Observó Urlich:

-Llama para que alguien se cuide del calorífero. No contestará nadie a su llamada. Brooks ha inutilizado el timbre. Ni él ni el secretario lo oirán.

Transcurrieron unos minutos. Luego los tres hombres observaron que Sartain se llevaba una mano a la frente.

Ricordo, cogiendo los gemelos, vió que el semblante del millonario se tornaba un poco pálido. El profesor Urlich soltó una risita, cuando Sartain volvió a tocar el timbre de la mesa.

Comentó:

-Extraña que no acuda nadie a su llamada. Ahora no se trata del ruido del calorífero. Sartain comienza a sentir un desmayo, debido a la falta de oxigeno. Se aproximará a la ventana.

La predicción fue acertada. El millonario fue a la ventana y trató de abrirla.

Forcejeó un rato, en vano.

-El dispositivo fue encajado por los pintores-manifestó Urlich-. Pronto desistirá de sus intentos y se dirigirá hacia la puerta.

Alfredo Sartain se tambaleó momentáneamente al cruzar el estudio. El esfuerzo le había debilitado. Intentó girar el pomo de la puerta y tiró con furia. La puerta no se abrió.

-Ese pomo ha sido dispuesto de una manera muy ingeniosa- explicó Urlich-. Es la primera vez que la puerta se ha cerrado desde que lo pusieron. No levantará el pestillo ahora. Después que alguien abra la puerta del otro lado-como harán Brooks o el secretario más tarde-, la acción del exterior hará que el pomo interior funcione debidamente. No quedará ningún indicio, después de que Sartain haya muerto.

El millonario se bamboleaba. Urlich soltó una risita. Ricordo contemplaba, admirado, la escena. Aumentaba el respeto que sentía por la habilidad del profesor. Jocelyn, temblando, pero fascinado, formuló una pregunta:

-¿Y si rompe los cristales de la ventana? ¿Si se da cuenta de que necesita aire?

-Resultará fútil-repuso Urlich-, porque los cristales han sido cambiados. Los nuevos son a prueba de bala.

Sartain había cogido un libro. Vieron cómo lo tiraba a la ventana. El volumen rebotó. El millonario arrojó entonces un cenicero que también rebotó.

Levantando una silla, el hombre acorralado empezó a golpear la barrera. El armazón de hierro y los cristales resistieron el ataque. Sartain regresó, tambaleándose, hacia la mesa, casi a punto de desplomarse.

Observó el profesor, quitando los gemelos a Ricordo:

-Está acercándose al fin de sus fuerzas. ¡Ah!... usa el teléfono. Será inútil también.

Sartain, apoyado en la mesa, tenía el receptor arrimado a la oreja. La línea no funcionaba. Tocaba el gancho con la otra mano, escuchando con ansiedad mientras intentaba establecer comunicación con el telefonista.

Urlich soltó una risita.

¿Qué sucede?-preguntó Jocelyn.

-Nada-respondió el profesor-. ¡Me alegro de que hayamos venido aquí esta noche¡ La conducta de Sartain me ha dado una idea excelente. Esta es una muerte solamente, Jocelyn. Sucederán otras y pueden presentarse ciertas contingencias. Lo que acabo de presenciar me ha dado una inspiración, una manera segura de producir la muerte, aunque prefiero el silencio que acabamos de observar...

Urlich se interrumpió de repente al ver a Sartain caer encima del escritorio.

Ricordo lanzó una carcajada ronca. Jocelyn contuvo el aliento. Vieron que el millonario caía de costado con la espalda pegada a la mesa y los ojos mirando hacia arriba.

Anunció el profesor:

-El fin está cercano. El abastecimiento de oxígeno no sólo ha disminuido, la habitación contiene también una cantidad considerable de bióxido de carbono. Esos gases que emitimos al respirar no sustentarán su vida.

»Si Sartain cayese al suelo el fin llegaría más rápidamente. Nuestra víctima está condenada a muerte. No puede conseguir aire fresco de ninguna parte.

-¿Está muriéndose ahora?-preguntó Jocelyn, en tono vacilante.

-Todavía no-repuso el profesor-.Una ráfaga de aire fresco lo reanimaría rápidamente.

-¿Está mirando hacia arriba?

-Sí. Hacia la claraboya. Se da cuenta de su situación crítica y desearía acercarse a ese lugar. No obstante, carece de las fuerzas necesarias para ello. Además, no encontraría una salida. La claraboya, como la ventana, está fuertemente ajustada. No hay ningún objeto bastante alto, ni siquiera poniendo una silla encima de la mesa, con lo cual Sartain podría llegar. Sería imposible romper el cristal tan grueso.

-No lo veo-murmuró Ricordo.

-La habitación es muy alta-observó Urlich-. La claraboya está en el techo inclinado.

-Podría haberlo alcanzado por esa parte-indicó Jocelyn.

-Así es-repuso el profesor, con sequedad-. Pero ahí es Jocelyn, donde yo calculé las probabilidades. No sólo consideré la claraboya como un lugar casi inaccesible, para un hombre acorralado en la habitación; también pensé en que nadie se fijaría en ella más que como último recurso. Si usted pudiese leer el pensamiento de Sartain en este momento, vería que está lamentando no haber pensado en la claraboya como medio de escape. Entonces, al principio, poseía bastantes fuerzas para haberlo intentado, pero ahora le flaquean.

Hubo una pausa. Luego el hombre de ciencia, soltó una risita al enfocar de nuevo los gemelos sobre la víctima. En voz baja explicó la causa de su júbilo:

-La cara de Sartain indica que no tiene esperanza de salvación. Sus labios muestran que jadea, que está lanzando las bocanadas de un moribundo. ¡Ah! ¡Esto es maravilloso, amigos míos! También me inspira una nueva idea de una muerte científica, de una muerte segura, silenciosa.- Lanzó una carcajada y añadió-: Pero no debo apartarme de mis ideas científicas. Mediante estos experimentos, se ensancha el campo de mis conocimientos. Tengo inspiraciones muy útiles. En este momento no debe preocuparnos más que el instante final de la vida de Alfredo Sartain. No tardará mucho en llegar.

»Esos ojos, amigos míos, miran hacia el cielo, buscando auxilio-el profesor rió con aspereza -, ¡y no ve más que el cristal de la claraboya cerrado!

Larry Ricordo se unió a la explosión de júbilo del profesor. Tomás Jocelyn, nervioso ante el espectáculo de una muerte próxima, también emitió una risita.

-Esto es la perfección - murmuró Folcroft Urlich-. Muerte por accidente. Un hombre que observó demasiado tarde que el aire se enrarecía. Un hombre que había perdido las fuerzas, hasta el punto de no poder tocar el timbre ni telefonear pidiendo socorro, ni tampoco abrir la ventana. Ese sería el veredicto del juez.

Tras un breve silencio, prosiguió:

-Unas pistolas en manos de unos gangsters, no pueden compararse con este procedimiento tan sutil. Aquellos son métodos toscos, que revelan un designio criminal. Hemos evitado que las armas de fuego actuasen esta noche. Usted ve, Jocelyn, que mis métodos, son seguros. Usted, Ricordo, puede apreciar con qué arte se mata a una persona.

»Esos ojos que miran hacia arriba con la esperanza de salvar la vida, pronto dejarán de mirar. ¡Alfredo Sartain está sentenciado a morir!

El profesor hizo una pausa para emitir una risita de exultación. Luego sus labios formularon una frase triunfal:

-¡Sentenciado a una muerte silenciosa!

CAPÍTULO IV
LLEGA LA SOMBRA

Ante los ojos de Alfredo Sartain se extendía un velo. El millonario miraba hacia el techo.

Como el profesor Urlich adivinara, los ojos del desgraciado permanecían clavados sobre la claraboya cerrada. Por la mente desesperada de Sartain cruzaban los mismos pensamientos que el siniestro profesor declaró probables.

Al otro lado de aquella barrera se encontraba la última esperanza de salvación. El millonario se percataba ahora, de que pudo haber intentado antes utilizar la claraboya. Sin embargo, ahora carecía de fuerzas para intentarlo.

¡Por la claraboya! ¡Si el cristal se rompiese! ¡Si pudiese abrirla! Era imposible. Sin embargo, cuando notó que se acercaba la muerte, miró instintivamente hacia la única vía de salvación.

Su cerebro agitábase bajo la pesadumbre de mil pensamientos incoherentes.

Una multitud de puntitos negros revoloteaban ante sus ojos. El cristal de la claraboya pareció desvanecerse. De los labios del moribundo salieron unas bocanadas entrecortadas. Luego, de pronto, emitió un balbuceo de asombro.

¡Ante los ojos borrosos de Sartain, la claraboya empezó a ascender! ¡El opaco resplandor del cielo de la ciudad aparecía visible por encima!

Simultáneamente una ráfaga de aire fresco llegó al rostro del moribundo. La leve brisa fue suficiente para reanimarle. Todo se tornó negro momentáneamente; luego la negrura se movió y en su masa extraña brillaron dos ojos de extraños resplandores.

La figura de un hombre proyectábase a través de la claraboya abierta.

¡Alguien que acudía en su auxilio había abierto la barrera del techo y descendía al estudio!

La expresión de perplejidad que apareció en los ojos de Sartain, fue observada claramente por el profesor Urlich, que miraba a través de los gemelos desde el despacho del otro lado de la calle.

El profesor, observando atentamente los jadeos del hombre sentenciado, como podría haber examinado una célula en un microscopio, descubrió al instante que había sucedido alguna cosa inesperada.

Un gruñido se escapó de los labios del profesor, al descender los gemelos para examinar el estudio, en lugar de seguir observando el rostro que había en el escritorio.

Jocelyn y Ricordo oyeron la exclamación.

De común acuerdo empezaron a asediar a preguntas a Urlich, sobre lo que habría visto.

Exclamó el profesor:

-¡Ha sucedido alguna cosa arriba en la claraboya! Lo dicen los ojos de Sartain. Nuestra víctima, está reanimándose. ¿Qué hay arriba, en la claraboya? ¿Pueden verlo?

Los tres hombres se agazaparon junto al antepecho de la ventana del despacho, tratando de observar el espacio que había encima de la cabeza de Sartain. Buscaban la respuesta al enigma. La respuesta llegó inesperadamente.

Una masa de negrura descendió de la parte superior del estudio. Extendióse momentáneamente sobre el suelo, luego se enderezó, surgiendo la elevada figura de un hombre vestido de negro, un cuerpo siniestro bajo una capa flotante y una cabeza invisible cubierta por un sombrero de alas anchas.

-¡Entró por la claraboya! -balbuceó Jocelyn.

-Un intruso-gruñó Urlich-, que ha llegado para estropear mi plan...

-¡La Sombra!

El grito surgió de los labios de Larry Ricordo. El famoso gangster temblaba de excitación.

Sus compañeros se volvieron hacia él. Vieron la profunda palidez de su rostro junto a la ventana.

-¡La Sombra!-. La voz de Ricordo estaba llena de consternación-. ¡La Sombra no se detiene ante nada! ¡Salvará a Sartain! ¡Él es nuestro enemigo!

El tono de la voz del bandido alarmó a Tomás Jocelyn. El financiero ignoraba los misterios del hampa y no compartía los temores de los malhechores que temían el poder de La Sombra. Pero adivinó el peligro que anunciaban las palabras de Ricordo.

El terror del gangster era también evidente para el profesor Urlich. El profesar, como Jocelyn, se percató de que Ricordo había visto un peligro.

La Sombra se inclinaba sobre Alfredo Sartain, levantando el cuerpo del millonario hacia las ráfagas reanimadoras de aire que venían de arriba.

La muerte silenciosa había fracasado. No obstante, Urlich veía a La Sombra como un hombre vulgar que por casualidad llegara allí a entorpecer su plan.

No dio ninguna importancia a la impresionante y fantástica indumentaria del intruso. Tan sólo pensaba, encolerizado, en el inesperado fracaso de su plan de suprimir la vida del millonario.

Rugió:

-¡Nuestra víctima se ha salvado! Ahora se reanimará... y vivirá...

-¡Vivirá! - chilló Jocelyn-. ¡Entonces mis esfuerzos habrán sido en vano! A menos que Sartain muera esta noche, los Almacenes Universales realizarán la operación del empréstito. ¡Mis acciones bajarán en lugar de subir!

Larry Ricordo se apoyaba en la ventana. Sus gruesos labios se fruncieron con aire feroz. Empuñaba un revólver de grandes dimensiones, que iba apuntando hacia el estudio de Alfredo Sartain.

-La distancia es muy larga-gruñó con acento feroz-, pero voy a probar de agujerear a los dos. Tenemos que «despachar» a Sartain... y si podemos «liquidar» a La Sombra también...

-¡No dispare! -gritó Urlich, asiendo el brazo del gangster-. Los tiros no conseguirán nada. Y pueden conducir a que nos descubran en esta oficina.

-¿Que no conseguirán nada?-repitió Ricordo-. ¡Observe cómo los «despacho», a través de esa ventana presentan buen blanco!

-El cristal es irrompible, está hecho, a prueba de bala - explicó Urlich-. ¿Ha olvidado eso, Ricordo?

El gangster gruñó al bajar el brazo. Había olvidado este detalle, ¡La característica de la trampa, y la ventana irrompible, que fueron destinadas a asegurar la muerte del millonario, se habían convertido en protección para éste y su misterioso salvador!

El profesor contemplaba iracundo la escena. Tomás Jocelyn gemía. La Sombra se ocupaba en reanimar al millonario. Larry Ricordo, empuñando con frenesí su arma, fue quien de pronto insinuó la manera de entrar en acción.

Bramó:

-¡Todavía podemos atraparlo! Ahora verá usted cómo trabajo yo, profesor. Mis hombres se encargarán de realizar la operación. ¡La Sombra es un «hueso», pero le será difícil escapar de esa casa!

El gangster saltó hacia un rincón de la oficina. Cogió el teléfono y empezó a lanzar juramentos cuando tuvo que encender una linterna sorda, para ver el disco. Mientras seguía lanzando tacos, marcó el número que buscaba.

-¿Eres tú, Slips?-preguntó-. Bien... Sí, soy Larry... Sí, ponte en marcha. Sube al piso de Sartain... Entra a toda costa... Date prisa... Escucha... Hay otro pájaro con él,... Sí, lo conocerás... La Sombra... No... no... No se lo digas a tus hombres... Date prisa, Ahora tenemos la ocasión... Estoy vigilando... ¿Entendidos? ¡Estoy vigilando!

El receptor quedó colgado en el gancho. Ricordo se volvió hacia la ventana donde Urlich y Jocelyn seguían mirando hacia el edificio del otro lado de la calle.

-¿Está aún ahí?-preguntó con ansiedad.

-Sí - respondió el profesor.

-¡Lo mataremos, entonces!-rugió el gangster-. He avisado a Slips Harbeck. Subirá en seguida con sus muchachos. Duster Brooks les ayudará, ¡«Despacharán» a Sartain y a La Sombra!

-El escándalo será tremendo. Armarán mucho ruido-interpeló Jocelyn, nervioso-. Será un asesinato, Ricordo. La policía investigará.

-¿Qué importa?-gruñó el gangster-. Solamente Slips Harbeck y Duster Brooks conocen que yo intervengo en esto. No «cantarán»; lograrán escapar. En cuanto a usted y al profesor, no existe ninguna relación entre ustedes y yo, que pueda probarse. Lo que queremos es ver muerto a Sartain.

-Ricordo tiene razón-declaró el profesar, con voz sosegada-. No se alarme, Jocelyn-. Yo preferiría una muerte silenciosa; pero la violencia es aceptable en este caso. Alfredo Sartain tiene que morir, y su salvador con él.

No se pronunciaron más palabras, mientras el trío observaba lo que sucedía en el estudio.

La Sombra colocaba al millonario en un sillón junto a la mesa de escritorio.

La víctima se movió débilmente. Yacía, tendido con los brazos abiertos y la cara hacia arriba.

El profesor Urlich seguía mirando con los gemelos. Sin embargo, no podía distinguir las facciones del misterioso personaje vestido de negro.

Aun en aquel campo de visión ampliado, la cabeza y los hombros de La Sombra formaban una masa de negrura. El ala del sombrero cubría por entero su rostro.

Anunció Urlich, calmosamente:

-No puedo verle la cara, pero eso no importa. Si sus muchachos son competentes, Ricordo...

El profesor hizo una pausa para bajar los gemelos y mirar al gangster a la luz tenue de la ventana.

Ricordo profirió una carcajada áspera:

-Son los muchachos más eficientes de Nueva York-afirmó-. Pero se enfrentan con La Sombra. ¡No olvide eso, profesor! Avisé a Slips y este muchacho conoce su oficio. ¡La Sombra, profesor! ¡Él es pájaro que todos han intentado «liquidar»! ¡La Sombra es el enemigo de todos nosotros!

-Sus hombres llegan ahora-exclamó Jocelyn, de repente-. ¡Veo algo que se mueve por las ventanas de la otra habitación!

-Así es-¡añadió Ricordo-. Llegarán a la puerta dentro de unos segundos. Sí «despachasen» a La Sombra...

-¡Miren!

El profesor Urlich señalaba desde la ventana. Su largo índice apuntaba hacia la figura vestida de negro de La Sombra.

Satisfecho de que Alfredo Sartain se reanimaba, el salvador vestido de negro se enderezaba. Su figura se convirtió en un hombre alto y amenazador.

De repente, se quedo inmóvil. Hubo una pausa momentánea. Unas manos enguantadas de negro se introdujeron bajo la capa negra.

-Ya han llegado a la puerta-afirmó Jocelyn, con voz tensa.

-Sí -asintió Ricordo, con acento excitado-. ¡Están en la puerta y han atrapado a La Sombra!

Cual si confirmase las palabras del gangster, la elevada figura de negro volvióse de repente hacia la puerta del estudio.

Un grito de júbilo brotó de los labios de Larry Ricordo.

La Sombra, al volverse, no empuñaba ninguna arma, estaba desarmado.

¡El terrible y misterioso personaje, junto con Alfredo Sartain, el millonario, estaba cogido en una trampa, sin esperanza de salvación, y pronto, muy pronto, estaría muerto!

¡La Sombra moriría!

¡El terror del hampa habría desaparecido dentro de unos segundos!

CAPÍTULO V
LA PARTIDA DE LA SOMBRA

Los tres testigos del extraordinario espectáculo, desconocían los métodos del hombre vestido de negro.

Hasta Larry Ricordo, el famoso gangster, individuo endurecido y feroz de los bajos fondos del crimen, conocía poco los procedimientos de La Sombra.

De aquí que el movimiento ascendente de la figura vestida de negro, el movimiento de las manos enguantadas de negro hacia la prenda que le cubría los hombros, y hasta cuando se volvió velozmente, fue tomado por una señal de que el hombre de misterio no estaba preparado.

Mas, dentro del estudio donde la muerte había fracasado, La Sombra actuaba con su manera instintiva habitual. Aunque ignoraba que le espiaban unos ojos invisibles, La Sombra, hombre habituado a dominar las situaciones desesperadas, no había abandonado su acostumbrada calma ni en los momentos en que se ocupaba en reanimar a Alfredo Sartain.

Cuando se apartó de repente del millonario que lentamente iba recobrándose, fue porque sus finos oídos percibieron un ligero ruido en la puerta del estudio. La pausa momentánea le permitió ver que el pomo giraba.

El movimiento de sus manos en dirección de su capa fue el principio de un método rápido con el cual La Sombra, se enfrentaba con los enemigos que trataban de pillarlo desprevenido.

Cuando la figura de negro se volvió de cara a la puerta, aquellas manos enguantadas de negro surgieron de entre los pliegues de la capa. Cuando los ojos de La Sombra miraron hacia la puerta, las manos empuñaban sendas pistolas con las cuales el rey de la noche luchaba contra las hordas del crimen.

La acción fue oportuna. Al tiempo que La Sombra se volvía, la puerta se abrió hacia dentro y un par de pistoleros se presentaron en el estudio. Los sicarios de Slips Harbeck empuñaban un revólver cada uno.

Los pistoleros llevaban ventaja. Penetraron en el cuarto antes de que La Sombra se volviera de cara a ellos. Mas ignoraban el lugar exacto donde debían atacar. Tuvieron que recorrer con la vista la habitación para descubrir a su enemigo.

La Sombra, por el contrario, tenía un objetivo definido: el umbral. Su vuelta rápida terminó al tiempo que apuntaba enteramente. Este factor le favoreció.

Dos revólveres escupieron sendas llamaradas desde el umbral, una bala pasó silbando por el lado del hombre vestido de negro. La otra atravesó un pliegue de la capa.

Hubo una doble respuesta una fracción de segundo después. Cuando los pistoleros trataron de disparar otro tiro, dos pistolas automáticas de La Sombra rugieron al mismo tiempo.

Los pistoleros cayeron al suelo. Uno se desplomó de costado y el otro dio un salto de campana, rodando a los pies de La Sombra.

Un grito de júbilo brotó de los labios invisibles del hombre de la noche. Sin preocuparse más de los enemigos a quienes había fulminado, La Sombra avanzó hacia la puerta.

Avanzaba lentamente, pero con decisión. Desde el primer momento del ataque, utilizó su cuerpo a guisa de escudo de Alfredo Sartain, que se hallaba indefenso e imposibilitado en un sillón, detrás de la mesa de su escritorio.

Ahora, dispuesto a hacer frente a otros enemigos que pudieran irrumpir en el estudio, siguió la misma táctica para proteger al millonario. Interceptando el paso en el umbral,

evitaba que un enemigo invisible terminase la operación que había fracasado: el asesinato de Alfredo Sartain.

Unos fijos agudos centellearon. La pistola automática de la mano derecha de La Sombra rugió de nuevo. Sonó un grito al otro lado del umbral. Un tercer pistolero, más cauto que sus compañeros, había asomado una mano empuñando un revólver.

¡La pronta respuesta de La Sombra se llevó el dedo que iba a oprimir el gatillo!

El pistolero huyó. Tras él cayó otro que estaba cerca de la puerta. Las pistolas del terror del hampa rugieron nuevamente.

Los fugitivos cruzaron el salón familiar. La Sombra les perseguía. No había más que un blanco: un hombre que se hallaba junto al umbral lejano. La Sombra lo vio, el hombre se tambaleó, pero continuó su huída.

Al otro lado de la puerta de entrada al pabellón, los pistoleros fugitivos encontraron a su jefe, Slips Harbeck. Éste los había lanzado al ataque, con el propósito de unirse a ellos después de la primera acometida.

Pues sólo Slips conocía la identidad del enemigo con quien debían encontrarse.

El jefe de los pistoleros fue arrastrado en la huida de sus secuaces. Ahora no podía detenerlos. Se habían topado con La Sombra. Habían visto a sus compañeros caer a los primeros segundos de la batalla.

La huida habría sido fútil, si La Sombra hubiese aprovechada la ventaja que llevaba. Pero el hombre de negra tenía que atender a otro deber.

En el otro lado del salón, Duster Brooks luchaba con Hunnefield, el secretario. El falso mayordomo empuñaba un revólver; Hunnefield le sujetaba la muñeca.

Brooks hizo un esfuerzo desesperado en el momento en que La Sombra aparecía. Logró desasirse y asestó un fuerte golpe en la cabeza del secretario.

Éste se desplomó y habría caído al suelo, de no ser porque el mayordomo lo aprisionó entre sus brazos.

Brooks se encontraba de cara al umbral, hacia el estudio. Vió a La Sombra.

Se dio cuenta del peligro. Usando el cuerpo del secretario a guisa de escudo, avanzó su revólver y disparó. El cuerpo oscilante del secretario estropeó el blanco. La bala del revólver del mayordomo pasó rozando el ala del sombrero de La Sombra y se alojó en la pared lejana.

Manteniéndose aún a cubierto, Brooks metió el cañón de su revólver debajo de la axila de Hunnefield. Intentó de nuevo disparar sobre La Sombra.

Entretanto el luchador vestido de negro cruzaba la habitación, buscando la oportunidad de tocar al mayordomo sin herir a Hunnefield. La mirada alerta de La Sombra vigilaba la puerta exterior.

El cañón de un revólver relucía en aquel lugar. Lo empuñaba Slips Harbeck, que permaneció en la casa, a pesar de la huída de sus secuaces.

Una de las pistolas automáticas de La Sombra habló una... dos... tres veces.

La primera bala levantó astillas en el maderamen; la segunda chocó con el cañón del revólver haciendo saltar el arma de la mano de Slips Harbeck. La tercera fue disparada para herir cualquier parte del cuerpo del gangster que quedase al descubierto.

Mas éste, milagrosamente, había logrado retroceder. Temiendo que La Sombra se dirigiese hacia él, disparó un último tiro, y temblando de espanto echó a correr desesperadamente escaleras abajo.

Sonó otro disparo en el salón familiar. Duster Brooks, el más valiente de la siniestra banda, tenía esperanzas de abatir a La Sombra esta vez. Su segundo tiro, como el primero, erró.

Con la carga del cuerpo protector de Hunnefield, el falso mayordomo no podía apuntar bien a la figura esquiva vestida de negro.

La Sombra daba un rodeo para replicar con otro tiro. Brooks, tirándose al suelo con el cuerpo del secretario, intentó de nuevo disparar por el boquete que formaban el abrazo y el cuerpo de Hunnefield.

El objetivo de La Sombra parecía imposible de alcanzar. Brooks presentaba el cañón del revólver como único blanco.

Disparar sobre aquel diminuto lugar significaría herir al único hombre valeroso, que había intentado hacer frente a los pistoleros. Hunnefield, inconsciente aún, se encontraba bajo la protección de La Sombra.

El cañón del revólver se volvió, escupiendo una llamarada. En el mismo instante, la elevada figura de La Sombra se tiró al suelo.

El mayordomo lanzó un grito de júbilo. En su excitación, no se percató de que su adversario se tiró al suelo una fracción de segundo antes de dispararse el tiro. Fue un ardid y no una señal de buena puntería de Brooks.

Cuando el mayordomo se movió instintivamente, creyendo haber herido a su adversario, la mano derecha de La Sombra disparó desde el suelo. La bala hirió la parte del cuerpo del mayordomo que estaba descubierta: el hombro izquierdo...

Brooks, ansioso por terminar definitivamente con su enemigo, apuntaba su revólver cuando la bala de la pistola automática le hirió en el hombro.

Lanzando un grito frenético, el criminal se desplomó de costado, sobre su hombro derecho. El cuerpo del secretario cayó plano delante de él.

Aunque herido, Brooks no estaba imposibilitado del todo. Si entonces hubiese desistido de continuar la lucha, quizá La Sombra no se habría preocupado más de él. Pero estaba resuelto a luchar hasta el fin.

Echándose encima del cuerpo del secretario, apuntó con el revólver para matar al hombre vestido de negro que le amenazaba desde el suelo.

Poseído de rabia, miraba a los ojos ardientes que brillaban debajo del ala del sombrero. Como La Sombra, se enfrentaba con el cañón de un revólver, pues la amenazadora pistola automática le encañonaba.

Duster Brooks tenía delante el cuerpo entero de su adversario como blanco.

La Sombra, por el contrario, no podía apuntar más que sobre un solo blanco.

El cañón del revólver del mayordomo era el punto central, con la cara humana detrás. Fue una carrera para ver quién disparaba el primer tiro.

Si Brooks ganaba, su adversario estaba perdido.

Para que sucediese al revés, la puntería de La Sombra tendría que ser perfecta, pues si erraba, Brooks dispararía un tiro que heriría, si no le mataba.

Los dedos apretaron los gatillos. Las armas dispararon, simultáneamente.

El proyectil de La Sombra fue disparado una fracción de segundo antes que Brooks tirara. Ningún reloj podría haber marcado la diferencia infinitesimal.

El mensajero de plomo hirió al tiempo que el mayordomo disparaba.

Dándole entre los ojos, el potente impacto echó la cabeza del gangster hacia atrás con gran violencia.

La mano que empuñaba el revólver se movió hacia arriba por los efectos del impacto. La bala de la pistola del mayordomo rozó la copa del sombrero de La Sombra y se aplastó contra la pared lejana.

El terror del hampa se incorporó del suelo. El duelo a muerte había terminado. Con un margen tan escaso, que parecía increíble que el luchador vestido de negro hubiese obtenido la victoria sobre su obstinarlo adversario.

Duster Brooks, endurecido pistolero de los bajos fondos, había disparado su último tiro.

La Sombra cruzó silenciosamente el aposento. Hizo una pausa junto a la puerta que daba a la terraza. Sus ojos sagaces distinguieron a un hombre franqueando el umbral del estudio.

Era Alfredo Sartain. Recobrado, pero un poco aturdido aún el millonario fue atraído por las detonaciones. Empuñaba un revólver que había extraído del cajón de la mesa de escritorio.

La Sombra se fundió en la oscuridad del exterior. Sartain no vio la figura de su salvador que desaparecía. El millonario se aproximó con premura al lugar donde yacían atendidos dos hombres. Encontró Brooks muerto y a Hunnefield recobrando el conocimiento del golpe que recibiera.

Mientras Sartain intentaba reanimar a su secretario, La Sombra reapareció.

Sin ser visto ni oído, deslizóse hacia la puerta que daba a la escalera. Bajo su capa llevaba la cartera conteniendo el sombrero y el gabán que usara antes.

El hombre de la noche hizo una pausa fuera. Permaneció, cual un fantasma protector, observando los esfuerzos del millonario. Un ruido llegó del ascensor. Rápidamente dirigióse hacia la escalera.

La puerta del ascensor abrióse. Tres hombres empuñando revólveres, surgieron. Eran detectives y los ojos sagaces de La Sombra reconocieron al jefe, el inspector José Cardona, as de los sabuesos de Manhattan.

El peligro había pasado. La policía había llegado. Alfredo Sartain recibiría la protección de las autoridades, caso de ser atacado. La elevada figura de negro descendió silenciosamente la escalera, unos segundos antes de que uno de los detectives, obedeciendo órdenes de Cardona, fuese a investigar en aquel lugar.

En el salón familiar del pabellón, Alfredo Sartain levantó la vista hacia el famoso inspector. Los ojos de Hunnefield, ya abiertos, miraban asombrados.

El millonario y su secretario estaban dispuestos a dar una versión de la refriega, pero sus historias serian incompletas.

Sartain, a punto de morir cuando fue salvado, distinguió vagamente al personaje que le salvara la vida. Hunnefield, privado de conocimiento por el golpe que le asestara Brooks, no había visto a La Sombra.

La extraña salvación quedaba envuelta en el misterio. Dos pistoleros muertos en el estudio y el mayordomo muerto, también, en el salón familiar, no podían declarar lo que habían visto.

El plan criminal había fracasado. La Sombra había partido, sin dejar ningún indicio de su identidad.

Pero los tres hombres que observaban desde el despacho del rascacielos Brinton, habían presenciado la singular tragedia. Sus bien trazados planes habían sido frustrados por el misterioso personaje vestido de negro.

El comienzo de la serie de crímenes no les había dado resultado.

¡Probarían de nuevo!

CAPÍTULO VI
EL PROFESOR TRAZA PLANES

Un “sedan” torció una carretera de Long Island y entró en una calzada en dirección a una lúgubre mansión. Pasó delante del caserón y sus faros brillaron sobre un edificio de construcción extraña, semejante a una gigantesca caja de queso.

Una orden gruñida salió del hombre sentado al lado del conductor:

-Para allí, Ricordo.

Hablaba el profesor Folcroft Urlich.

En respuesta, Larry Ricordo paró el automóvil junto a un edificio circular.

Siguió a Urlich cuando éste se apeó del coche.

La gigantesca caja de queso, circular, oculta tras la vieja mansión, intrigó a Ricordo, al acercarse. El famoso gangster estudió las características del simular edificio. Aunque era circular, tenia el estilo de una pagoda, en una escala plana.

Urlich y Ricordo entraron en una especie de pórtico que rodeaba al edificio, un techo bajo y corrido, sostenido por postes de hierro, a guisa de plantas.

El gangster observó que el suelo de este peculiar pórtico estaba compuesto de planchas metálicas.

El profesor Urlich oprimió un botón junto a una doble puerta de la fachada del edificio. Breves instantes después, las dos puertas se abrieron hacia el interior. Se cerraron después que los hombres hubieron entrado.

La pareja se hallaba ahora dentro de un segundo pasillo circular, con paredes a ambos lados. Era un corredor tenebroso que rodeaba al edificio.

Apareció a la vista una puerta. El profesor la dejó a un lado.

Cuando caminaban por el estrecho pasillo, Ricordo observó de nuevo que pisaba planchas de metal. Continuaron andando y finalmente se detuvieron delante de una puerta de la pared anterior.

El profesor apretó otro botón. La puerta metálica se corrió hacia arriba descubriendo una escalera circular.

Urlich condujo al piso superior a su compañero, a través de un enorme cilindro que semejaba una tubería del agua. Al llegar arriba, penetraron en una habitación grande y circular, el segundo piso del extraño edificio.

-Mi laboratorio-observó el profesor Urlich.

Larry Ricordo parpadeó cuando se dirigían hacia otra escalera situada en el centro de la pieza. Vio toda clase de instrumentos extraños: crisoles, grandes tubos, frascos en estantes, máquinas y modelos de todo género. Dos hombres silenciosos, con chaquetas y delantales blancos, trabajaban.

Las paredes de esta habitación circular carecían de ventanas, pero el borde exterior del techo tenia varias claraboyas y Ricordo observó algunos bancos de carpintero cerca de la pared, de forma que pudiesen recibir la luz del exterior durante las horas del día.

La inspección del gangster terminó cuando el profesor Urlich lo condujo arriba por la escalera central. Llegaron a un vestíbulo, donde había puertas a ambos lados. El profesor abrió una y condujo a Ricordo a una habitación pequeña, instalada como despacho.

Tenia una sola ventana.

Mirando por esta abertura, Ricordo distinguió la forma del edificio. El primer piso semejaba un cilindro gigantesco, de gran diámetro pero de escasa altura. El segundo era de diámetro menor pues no tenía pórtico. El tercero, donde se encontraban ahora, era de un diámetro mucho más pequeño.

Esto daba un margen para las claraboyas y al edificio una forma de pagoda.

Cual una pirámide egipcia, el extraño edificio estaba construido por peldaños, pero era circular y no cuadrado.

Ricordo pensó en lo que podría haber en el primer piso, con el pasillo circular que atravesaban. No obstante, no formuló ninguna pregunta.

El profesor Urlich hablaba y el gangster se alejó de la ventana apara acercarse al hombre de ciencia.

-Esta noche-decía el profesor-, hemos sufrido una derrota temporal. Cuando los detectives entraban en el estudio de Alfredo Sartain comprendimos que no había esperanza.

Por eso le dije a Tomás Jocelyn que se marchase a su casa; por el mismo motivo le traje a usted aquí, Ricordo. No era prudente permanecer en aquel despacho.

-Tiene usted razón-asintió el gangster.

-Tratándose de La Sombra. Estoy preocupado, profesor.

Urlich indicó un teléfono.

-Llame a Slips Harbeck-ordenó-. Marque el número como de costumbre. Este teléfono, Ricordo, tiene un alambre especial. No pueden localizarlo. Tiene el número de un teléfono de una casa desocupada que hay a una milla, de aquí.

Ricordo sonrió y descolgó el receptor. Marcó un número de Manhattan, el lugar donde Slips Harbeck tenía su cuartel general.

El profesor Urlich salió de la habitación, mientras el gangster hablaba con su lugarteniente. Al volver, dirigió una mirada interrogante a Ricordo.

-La Sombra estropeó la operación-manifestó el gangster-. Mató a dos muchachos en el estudio de Sartain. También "despachó" al otro par y por poco se «cargó» a Slips. Lograron escapar solamente porque Brooks presentó batalla. Slips tenía un muchacho vigilando la casa. Dice que La Sombra mató a Brooks al final. La «poli» sacó el cadáver.

En la frente del profesor Urlich apareció una expresión de perplejidad.

El profesor del rostro siniestro formuló una pregunta que sobresaltó a Larry Ricordo.

-Dígame-preguntó -, ¿quién es ese hombre que usted llama La Sombra? El hombre a quien hemos visto esta noche. Cuénteme toda cuanto sepa de ese individuo.

-¿La Sombra?-preguntó Ricordo, con acento temeroso-. Escuche, profesor, ya le hablé de él en el despacho, hasta que usted me dijo que dejase el asunto por el momento.

-Usted estaba excitado entonces-explicó Urlich-. Ahora estamos tranquilos. Puede usted hablar con calma. ¿Quién es La Sombra? ¿Un jefe de banda como usted o un detective?

-Nadie sabe lo que es-confesó Ricordo-. Ese pájaro debe tener un negocio propio. Se entromete en cualquier operación buena de que se entera y arrebata el botín. No está relacionado con los policías ni es un verdadero malhechor.

-¿Quiere usted decir-observó Urlich-, que es un francotirador; Un personaje independiente del hampa, que busca aventuras en los encuentros que sostiene con los criminales peligrosos?

-Algo por el estilo-reconoció Ricordo-. Hay muchos buenos tiradores que han errado el tiro cuando han topado con La Sombra. Muchos de ellos se han ido al «otro barrio». Opera con mucha cautela. Deja que los otros preparen el golpe y cuando están a punto de ejecutar la operación, aparece él y se lleva el botín.

-Es extraordinario-musitó el hombre de ciencia-. He oído hablar de este individuo, pero siempre he creído que se trataba de un mito. No obstante, después de lo acaecido esta noche...

-¿Esta noche?-exclamó el gangster-. Profesor, usted no se da perfecta cuenta de lo ocurrido esta noche. ¡Hemos visto a La Sombra trabajando! ¿Comprende usted? ¡Lo hemos visto y triunfó ante nuestros propios ojos!

-¿Es eso algo extraordinario?

-¿Extraordinario? Escuche, profesor: tuvimos suerte de que La Sombra no nos viese. Usted fue testigo de lo que hizo a aquellos dos pistoleros, ¿no es verdad? ¡Pues también nos habría «liquidado», si llega a vernos!

-¿Cree usted eso?-preguntó Urlich, en tono irónico-. Creo que se equivoca, Ricordo. La Sombra, como usted la llama, es sin duda un enemigo peligroso. He observado ese hecho esta noche. Al propio tiempo, es evidente que usa los métodos inferiores que usted emplea: ataca abiertamente, con violencia.

»Esos procedimientos no pueden compararse con los míos. La muerte silenciosa, sutil, es mucho más peligrosa que el empleo de armas ordinarias. Usted presenció mi método esta

noche. Fracasó, pero no fue obra de Alfredo Sartain. La intervención de La Sombra fue el factor desconocido que yo no había calculado ni esperaba.

-Tal vez no-objetó Ricordo, en tono amargo-, pero, de todos modos, La Sombra estropeó la operación. ¿Qué haremos ahora? Jocelyn ha perdido en su operación financiera, ¿no es verdad?

-Jocelyn no sufrirá-repuso Urlich, calmosamente-. Quizá sus acciones pierdan algo, pero esto no tiene importancia. Recuperará más adelante las pérdidas. Alfredo Sartain no era más que uno de los que figuran en nuestra lista.

-Magnífico-sonrió Ricordo-. En consecuencia, seguimos adelante, ¿no es cierto? Perfectamente, triunfaremos, con tal de que La Sombra no vuelva a entrometerse.

-Me alegro de que tenga en cuenta esa probabilidad-cloqueó Urlich-. Tiene mucha relación con los planes que pienso desarrollar. Olvidaremos a Jocelyn, por el momento. Le daremos tiempo para que se recupere de sus nervios y financieramente. Entretanto, aseguraremos el futuro.

-¿Cómo?

-¡Eliminando a La Sombra!

Larry Ricordo abrió la boca asombrado. Luego sus labios formaron una sonrisa de duda.

-No podrá usted hacerlo, profesor-declaró en tono de lamentación-. ¿Cómo puede luchar con un hombre imposible de localizar? Ya otros han probado hacerlo. Ha eliminado a todos cuantos lo han intentado. Cuando los gangsters más famosos averiguaron que La Sombra era una realidad, pensaron en todos los planes imaginables. Hasta llegaron a apostar una banda de pistoleros escogidos, alrededor de la emisora que suele radiar. No lograron encontrarle. Cuando aparece en algún lugar, lo hace como esta noche: a través de una claraboya, surge del aire, de la oscuridad o de en medio de la banda misma...

-Carecían de técnica -interrumpió Urlich, con impaciencia-. Yo soy diferente de los individuos de quienes usted habla. No sólo poseo unos medios increíbles para terminar con mis enemigos; soy, además, un hombre de espíritu analítico. No es necesario encontrar a La Sombra. Existe un medio más sencillo.

-¿Cuál?

-Que trate de encontrarnos a nosotros.

-¿Cómo?

El profesor Urlich sonrió. Meneó la cabeza mientras contemplaba a Ricordo.

La perplejidad del gangster era prueba de que su habilidad consistía en el empleo de pistolas y no de la estrategia.

-Existe una causa para todo-observó Urlich-. Por consiguiente, debemos buscar la causa de la aparición de La Sombra, esta noche. De algún modo, La Sombra averiguó que la vida de Alfredo Sartain corría peligro. ¿Cómo se enteró de esto?

-Lo ignoro- respondió Ricordo-. No lo sabe nadie más que La Sombra.

-Él no lo averiguó observando a usted, a Jocelyn o a mí-continuó Urlich-. Si hubiese sospechado de alguno de nosotros, habría atacado en nuestra dirección esta noche.

Larry Ricordo crispó los puños al oír esta hipótesis. No le gustaba pensar que La Sombra le hubiese seguido el rastro.

-Si hubiese sospechado de Duster Brooks-prosiguió Urlich-, La Sombra habría contrarrestado las actividades de Duster como mayordomo de Sartain. Por lo tanto, esto elimina todas las posibilidades menos una.

-¿Slips Harbeck?

-Exacto. Sus esfuerzos injustificados para asegurarse de la muerte de Sartain, fueron el elemento que condujo al fracaso mi plan.

Objetó Ricordo:

-Slips no ha hablado ni puede haberlo hecho. Yo no le hablo más que por teléfono y es un pájaro muy prudente. No creo en esa posibilidad, profesor.

-Usted no posee un espíritu analítico, Ricordo. Slips Harbeck reunió, de acuerdo con sus órdenes, una banda de pistoleros. Supongo que todos eran sujetos de confianza. No obstante, su lugarteniente debe haber hablado algo para contratar a esos individuos.

El profesor hizo una breve pausa y luego continuó:

-Usted habla de La Sombra como un factor que está siempre alerta en los bajos fondos. Es evidente que averiguó las actividades de Slips Harbeck y luego le siguió los pasos.

-¡Eso sería propio de La Sombra!-exclamó Ricordo-. !Ha acertado usted, profesor! Quizá no vió a Slips al principio; tal vez sorprendió a uno de los muchachos cuando se preparaban para dar un golpe.

-Dos hombres-afirmó Urlich-, conocían que Slips trabajaba bajo sus órdenes. Uno era Duster Brooks, que ahora está muerto. El otro es Slips Harbeck, que aun está vivo. Lo necesito a Usted, Ricordo, y necesito los servicios de sus hombres. Abrigo la intención de usarlos para coger en una trampa a este personaje que usted llama La Sombra.

"Existe un límite para lo que un hombre pueda saber. Actualmente, La Sombra conoce que Slips Harbeck esta ocupado en unas operaciones extraordinarias. Si utilizamos a alguien en lugar de Slips Harbeck, La Sombra puede ser lo bastante hábil para espiar a su nuevo lugarteniente. Slips es listo; No necesitamos otro.

-No comprendo- murmuró Ricordo.

-Espere hasta que haya acabado-repuso el profesor-. Tenemos un objetivo ahora: terminar la carrera de La Sombra. Tenemos, pues, el camino libre. La Sombra, por el contrario, trata de impedir que se realicen crímenes. Esta vez lo ha logrado, siguiendo los pasos de Slips Harbeck; por consiguiente, seguirá vigilándole.

-Y luego...

-Intentará frustrar cualquier plan en que su lugarteniente esté mezclado. Por tanto, idearé una trampa-como la que tendí a Alfredo Sartain-, que La Sombra investigará.

-¿Lo averiguará vigilando a Slips?

-Exacto. ¡Pero en esta ocasión tenderemos el lazo a La Sombra!

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro siniestro de Larry Ricordo.

Vió la jugada. Llamaría de nuevo a Slips. Pero esta vez su lugarteniente serviría de cebo para atraer a una trampa a La Sombra. Expresando una duda momentánea, observó:

-Pero si La Sombra lo espía, es probable que lo «despache»...

-De ninguna manera-repuso el profesor-. La Sombra conoce ahora que su lugarteniente no es más que un peón del juego. ¿Por qué va a suprimir el eslabón, que puede conducirle al descubrimiento de otras personas que están más, alto, de sus jefes?

-Usted y yo - gruñó Ricordo, turbado.

-Usted, primero-replicó Urlich-. Pero no tenga miedo a este respecto. Se ha mantenido usted muy acertadamente fuera del escenario, Ricordo. Continuará haciendo lo mismo, mejor aun ahora. Permanecerá usted conmigo. Estará usted a salvo aquí.

»Aunque Slips Harbeck revelase su nombre, redundaría en beneficio nuestro. No me gustaría nada mejor que La Sombra me visitase aquí. No obstante, esto será innecesario.

»Lo primero que debe hacer es telefonear a su lugarteniente dándole instrucciones, Dígale que espere con frecuencia en el lugar donde recibe noticias de usted. Dentro de unos días el plan estará maduro. Tendrá usted que salir a preparar la trampa; pero nadie se enterará porque usted hará el trabajo solo.

»Slips Harbeck no sabe nada de Jocelyn. Ni debemos temer nada por ese lado. Además, Grewson, el criado de Jocelyn, está a nuestro servicio; y podemos estar bien informados de sus movimientos.

-Si La Sombra vigila a Slips -declaró Ricordo-, podemos aventurarnos a que Slips lo «despache» con la banda.

-No-manifestó Urlich-. Está usted equivocado, Larry. Carece usted de experiencia táctica. Semejante acción descubriría nuestro objetivo, y además sería fútil. Podemos estar seguros de que cuando La Sombra sigue los pasos de Slips Harbeck, está preparado para esa contingencia. Además, no poseemos pruebas de que La Sombra vigila personalmente a su lugarteniente.

-Tiene usted razón-reconoció el gangster-. He oído decir que La Sombra tiene algunos agentes muy hábiles. Si uno de sus ayudantes está observando a Slips, estaremos perdiendo el tiempo. Creo que su plan es acertado. Tenemos que engañar a La Sombra, usando a Slips.

El profesor Urlich sonrió al observar que su compinche aprobaba el plan.

Observó su rostro. Vió aparecer una expresión de perplejidad en su semblante.

-Está usted pensando-dijo calmosamente-, en qué método voy a emplear para eliminar a La Sombra.

-En efecto, pensaba en eso-reconoció el gangster.

-Voy a mostrárselo-sonrió el profesor-.Venga conmigo al laboratorio. Después puede telefonear a Slips.

El profesor empezó a descender la escalera de caracol, seguido de Larry Ricordo. El gangster estaba perplejo. Esa noche había visto actuar a La Sombra. !Ahora iba a ver los planes preparados para suprimir al mortal enemigo de la horda siniestra del crimen!

¡Muerte silenciosa! ¡Una muerte sin dejar el menor rastro!

¿Cómo se proponía realizarla ahora el profesor Urlich? ¿Qué procedimientos emplearía?

¡El siniestro gangster pensó que, al fin, La Sombra se encontraría con un Superhombre capaz de darle la réplica!

CAPÍTULO VII
LA SOMBRA AVERIGUA

El lugar favorito de Slips Harbeck, era un tugurio notorio conocido por el nombre de Red Mike. Este establecimiento, que llevaba el nombre de su propietario, era un lugar de reunión de gangsters.

Era un bar clandestino, subterráneo, frecuentado por la gente del hampa que temporalmente se veía libre de la persecución de la policía.

Red Mike, el propietario del antro, no era un gangster. Por otra parte, tampoco estaba de parte de la policía. Conocía a sus clientes y les dejaba entrar y salir, siempre que observasen una conducta prudente dentro del establecimiento.

En consecuencia, la autoridad prefería que Red Mike tuviese abierto el local, pues servía de atracción para los malhechores que buscaba la policía; y en más de una ocasión habían detenido a algunos criminales en aquella vecindad.

Slips Harbeck había elegido el establecimiento de Red Mike, como lugar de reunión porque era un sitio ideal para el trabajo que tenía entre manos.

El gangster conocía a Red Mike y tenía acceso al teléfono que estaba instalado en un cuarto reservado. Esto le permitía recibir mensajes frecuentes de Larry Ricordo, el jefe de la banda.

Además, Slips había elegido sus pistoleros en el establecimiento de Red Mike; y ahora que su antigua banda había quedado aniquilada, estaba en posición de reunir un nuevo equipo de bandidos.

Inmediatamente después del encuentro en la residencia de Alfredo Sartain, huyó al establecimiento de Red Mike, donde se creía seguro. Conocía perfectamente que se salvó por milagro.

Aunque se felicitaba de haber escapado de las garras de La Sombra, estaba profundamente alarmado por haber incurrido en la enemistad del misterioso personaje, que era el terror de los bajos fondos del crimen.

La llamada telefónica que recibiera de Larry Ricordo le había tranquilizado un poco.

Otro mensaje, aquella misma noche, produjo el mismo efecto calmante.

Aunque La Sombra fuese un hombre que no conocía el miedo, Slips sabía que no iniciaría una batalla en el corazón de los bajos fondos. El maleante comprendió que Larry Ricordo tenía razón, al sugerir que no tenía nada que temer de La Sombra, pues éste no sabía nada de él, excepto que era un simple peón en la tragedia ocurrida en la casa de Alfredo Sartain.

En realidad, Slips tenía otra prevención que le preocupaba tanto como el terror que le inspiraba La Sombra. Había leído las reseñas de los periódicos, de la refriega ocurrida en casa de Sartain, y había visto que Duster Brooks había sido identificado.

Era probable que el detective José Cardona, averiguase que él era un antiguo compañero de Duster. De ser así, cabía la posibilidad de que lo detuviesen.

Ordinariamente, Slips se habría metido en algún escondrijo. Pero dadas las circunstancias, vivía en una habitación encima del establecimiento, alojado con Red Mike. El hecho de que no había abandonado el local ni una sola vez, dábale una sensación de seguridad de que La Sombra no le atacaría.

Además como ni Alfredo Sartain ni Hunnefield, el secretario, habían sido asesinados en el domicilio del millonario, se inclinaba a burlarse de los detectives. No murieron más que unos cuantos gangsters aquella noche. La policía no buscaba a ningún asesino.

Además de estas tres razones, Slips tenía otro motivo para permanecer en el establecimiento de Red Mike. Todavía estaba al servicio de Larry Ricordo y éste le pagaba bien. Si mostraba cobardía y se escondiese perdería, automáticamente su fuente de ingresos.

El pistolero, no obstante, habría preferido deshacer el acuerdo. Pero se abstenía sabiamente de comunicar sus temores a Larry Ricordo, especialmente los relacionados con la policía.

Larry conocía que Slips había sido compañero de Duster Brooks, pero ignoraba cuán estrecha había sido la amistad. Su lugarteniente no creyó necesario informarle al respecto.

Esa noche, agazapado en una mesa de un rincón del establecimiento, el pistolero desempeñaba el papel que le había sido asignado.

Larry Ricordo le había asegurado que no tenía nada que temer de La Sombra, si obedecía sus instrucciones. Al mismo tiempo, el gangster había advertido a su lugarteniente que tal vez le espiara algún agente de La Sombra.

Slips tenía dos trabajos: Despistar al agente del enemigo común y averiguar su identidad.

Era una tarea que se impuso a sí mismo.

Había, logrado desechar la alarmante idea de que La Sombra en persona y no un agente suyo, le vigilaba. Había meditado sobre su posición y se había convencido poco a poco, de que estaba razonablemente a salvo de las temibles garras del misterioso vengador del crimen.

¿Dónde estaba Larry Ricordo? Slips lo ignoraba; además, no le importaba saberlo. La ignorancia a veces resulta una protección.

¿Qué plan había fraguado el jefe? El pistolero tenia gran interés por saberlo.

Esperaba que Larry le diera algunos detalles esa noche.

Los clientes del establecimiento de Red Mike estaban constantemente bajo la observación de Slips Harbeck. No obstante, no era prudente prestar demasiada atención a los negocios de ostras personas. Por consiguiente sus observaciones debían ser superficiales.

Entre los clientes del establecimiento, había más de una persona que podía encontrarse allí con el único objeto de vigilar a alguien. Slips sabía que podría recordar la mayoría de-aquellas caras; Y probablemente Red Mitre le facilitada los nombres, si era necesario.

Terminando una copa, el pistolero se reclinó en su asiento y encendió un pitillo. Expelió el humo por un lado de la boca y miró de soslayo a través de la nube blanca al ver a Red Mike, salir por la puerta del cuarto de al lado. El propietario se dirigía hacia el lugar donde Slips estaba sentado.

Red Mike se detuvo junto ala mesa, e inclinándose cuchicheó algo en el oído del gangster. Este movió la cabeza en señal afirmativa. Luego, encogiéndose de hombros, se levantó de la silla.

Preguntó en voz alta:

-¿Me llaman al teléfono? Bien, Mike, voy a ver quién es.

Empezó a dirigirse hacia el fondo del establecimiento; de pronto se detuvo, y volviendo sobre sus pasos, apuró las últimas gotas imaginarias de su copa.

Volvió a echar a andar en la misma dirección. Estaba habituado a disimular sus impresiones; por consiguiente, su rostro no descubrió el hecho de que había observado una cosa anormal.

Mientras estuvo vuelto de espalda, un hombre que estaba sentado en una mesa cercana se había incorporado. El hombre se había detenido a hablar a Red Mike. Evidentemente tenía el propósito de pedir otra copa.

Slips le vió la espalda cuando el individuo tomó asiento cerca de la puerta de la habitación interior. También observó, al pasar, su rostro.

Estaba seguro de que recordaría aquellas facciones. El individuo, aunque tenía un rostro duro y enérgico, parecía ser de un tipo superior al gangster corriente. Su cara parecía más bien la de un atleta que la de un pistolero.

Slips entró en el cuarto del teléfono y cerró la puerta tras sí, teniendo cuidado de no echar el pestillo. El teléfono estaba en la pared junto a una mesa de escritorio.

El pistolero descolgó el receptor y habló. Reconoció la voz de Ricordo.

-Estamos preparados, Slips -fueron las palabras del jefe de la banda.

-Bien-respondió su lugarteniente.

-¿Te espía alguien? - preguntó Ricordo.

-Creo que sí. Un individuo que se ha puesto junto a la puerta...

-Magnífico. Repite las palabras que yo te diga. Que él te oiga. Procura hablar con inteligencia y no menciones mi nombre.

-Está bien. Habla.

Acercándose a la puerta, Slips tiró ligeramente del pomo. La puerta abrióse un poco hacia adentro, al parecer casualmente. El rufián volvió al teléfono, como si no se hubiese dado cuenta de lo ocurrido.

Su voz llegaba hasta la puerta:

-¿Esta noche?... Seguramente... Todo está preparado para actuar al primer aviso... Sí... Seguro... Dime lo que debo hacer y estaré allí... Sí, puede disponer de tres muchachos que me acompañarán... Aguarda un momento... Espera, que voy a repetir el nombre... J. Wesley Barnsworth... Departamento seiscientos treinta y seis... Langley Court... Sí... De acuerdo... Calle Setenta, ¿eh?... Entendido.

Hubo una pausa. Luego el pistolero lanzó una risita. Empezó a hablar de nuevo, repitiendo palabras que su jefe le decía.

-Al teatro, ¿eh? ¿No volverás tarde? Mejor para mí... Tengo tres horas de tiempo... Seguramente... Ya sabes que soy un artista en cuestión de cerraduras... Insertaré una llave antes de que él llegue... Sí... Lo "despacharé" en seguida... Sí... tienes razón... es mejor hacerlo dentro... No te preocupes del ruido en el recibidor. Esperaremos un cuarto de hora antes de "liquidarlo"... Sí, lo tendré en cuenta... Recogeré los papeles que vea... Bien. Esperaremos hasta cerca de las doce... Entraremos entonces...

El bandido colgó el receptor. Esperó unos minutos; luego salió a la sala. Se detuvo a contemplar, ceñudo, la puerta. Dirigió una mirada a su alrededor para ver si había alguien cerca. No había nadie, ahora.

El individuo de rostro duro y enérgico que se aproximara a la puerta había terminado con su copa y estaba despidiéndose de Red Mike.

Slips se paseó por el establecimiento y observó a los parroquianos que había allí. Finalmente se detuvo en el fondo del salón y habló al propietario. Le dijo:

-Escucha Mike, ¿quién era el pájaro que te hablaba hace un momento?

-¿Te refieres a ese individuo de rostro enigmático?-respondió Red Mike-. Tú debes conocerle, Slips. Es Cliff Marsland. Ha estado a la sombra un par de años. Estuvo complicado en un sensacional atraco a un Banco. Suele venir aquí a menudo.

-Ya me parecía recordarle-murmuró Slips-. Marsland. Sí. Lo recuerdo.

El lugarteniente de Ricardo se dirigió pausadamente a una mesa. Su semblante tenía una sonrisa más astuta que antes. Estaba seguro de que ahora podría comunicarle alguna información interesante a su jefe, con tal de que se actuase esa misma noche.

Sospechaba que Cliff Marsland podría ser un agente de La Sombra.

El pistolero permaneció unos cuantos minutos sentado a la mesa. Luego salió del establecimiento. No se alejó mucho. Penetró en una callejuela y regresó por una puerta excusada que conducía a sus habitaciones, encima del establecimiento.

Permaneció en sus habitaciones. No tenía el propósito de salir esa noche. Su trabajo estaba hecho. Estaba de acuerdo con las órdenes recibidas de su jefe, Larry Ricordo.

Al suponer que Cliff Marsland servía a La Sombra, Slips Harbeck había acertado.

La partida de Cliff obedeció a que oyó la conversación telefónica, tal como era la intención de Slips. Cuando éste llegó a sus habitaciones, Cliff Marsland se encontraba ya a tres manzanas de distancia, y se dirigía a un lugar desde donde podría telefonear la información sin que nadie le observara.

Cliff Marsland había servido, hasta ahora, en calidad de útil informador de La Sombra. Red Mike había dicho la verdad al manifestar que Cliff había estado dos años en presidio. Lo que Red Mike ignoraba es que Marsland, fue a presidio por un crimen cometido por otro hombre.

Aparte del mismo interesado, únicamente La Sombra conocía ese hecho y le había tomado a su servicio.

Teniendo la reputación de asesino, Cliff Marsland era un agente ideal en los bajos fondos del crimen. Varios famosos gangsters habían utilizado sus servicios, pero todos terminaron mal.

Ningún gangster ni jefe de banda había llegado a conocer el secreto de Marsland. Con carácter de franco tirador y hombre independiente, Cliff era un as en las manos de La Sombra. Había sido preciso el cerebro prodigioso del profesor Folcroft Urlich para descubrir al agente de La Sombra.

Sin percatarse de que Slips Harbeck le había descubierto, Cliff llegó a su destino y fue al teléfono. Marcó un número y esperó hasta oír el sonido de una voz reposada. Conoció la identidad del hombre que se hallaba en el otro extremo del hilo. Era Burbank, el agente de enlace de La Sombra.

-Burbank al aparato-fue la respuesta-. Informe.

Brevemente Cliff comunicó lo que había averiguado. Slips Harbeck, al que Marsland conocía de nombre y a quien había vigilado, tenía el propósito de ejecutar un nuevo asalto como el llevado a cabo en la casa de Alfredo Sartain.

Esta noche, la víctima sería un hombre llamado J. Wesley Barnsworth.

Cliff dio las señas, los detalles del plan y finalmente explicó la manera cómo averiguó la noticia.

Burbank respondió formulando unas cuantas preguntas y finalmente dijo a Marsland que esperase instrucciones. Éstas llegaron al cabo de unos diez minutos.

-Está usted libre de servicio-fue la orden de Burbank.

Cliff sonrió al colgar el teléfono, Conocía lo que esto significaba. Burbank había retransmitido la información a La Sombra. Era el deber de Burbank.

Alojado en algún lugar aislado de Nueva York, cambiando a menudo de domicilio, este hombre de voz tranquila estaba constantemente en contacto con La Sombra y sus agentes.

Cliff no había visto nunca a Burbank. Le conocía por la voz únicamente.

Pero Burbank, a pesar de su papel pasivo, era una pieza importante de la organización del terror del hampa que aniquilaba los brotes criminales.

En la ocasión del asalto a la casa de Alfredo Sartain, Cliff Marsland siguió al lugarteniente de Larry Ricordo y luego informó de ello a La Sombra. Esta noche su labor había sido más sencilla. Tuvo suerte de escuchar los planes.

No era necesario nada más.

En el domicilio de Barnsworth sucedería lo mismo que en el de Alfredo Sartain. El destino estaba en manos de La Sombra. Cliff tenía la seguridad de que los siniestros criminales serían derrotados. El asesinato quedaría frustrado al intervenir su misterioso jefe.

El rey de la noche no necesitaría ninguna ayuda. Su agente conocía perfectamente que La Sombra, solo, era capaz de luchar victoriosamente contra una banda de gangsters, más fácilmente que con la ayuda de otros.

La víctima quedaría, sin duda, en manos de su jefe. La aventura de esta noche resultaría sencilla para el luchador vestido de negro. Ni pasó por su mente que se trataba de una trampa mortífera tendida a su jefe.

Pues Cliff Marsland nada sabía del profesor Folcroft Urlich, el diabólico hombre de ciencia que había dedicado su prodigioso cerebro a la ejecución de unos crímenes monstruosos.

¡La muerte silenciosa acechaba esta noche!

¡La Sombra, sin ser advertido del peligro, se enfrentaba con ella!

CAPÍTULO VIII
EN LA TRAMPA MORTÍFERA

El corredor donde estaba situado el departamento número seiscientos treinta y seis en Langley Court, aparecía profusamente iluminado por unas luces pendientes del techo.

Sin embargo, el resplandor no era suficiente para revelar la figura viviente que en aquel momento cruzaba el corredor.

La única señal de la existencia de un visitante extraño, fue una masa de negrura que movíase silenciosamente junto a la pared del pasillo. De este modo aproximábase misteriosamente La Sombra, al avanzar hacia el teatro del proyectado crimen.

Justamente cuando la oscuridad moviente hizo una pausa, revelóse la figura de un hombre. Una persona de elevada estatura, los hombros cubiertos por una capa flotante, la

cabeza oculta bajo un sombrero negro, permanecía un instante inmóvil delante de la puerta del departamento número seiscientos treinta y seis.

Unos ojos fulgurantes se enfocaron sobre la cerradura. Unas manos enguantadas de negro, sacaron una herramienta diminuta de acero.

Suavemente, unos dedos ágiles y diestros empezaron a trabajar. La cerradura cedió. La puerta abrióse hacia dentro.

Envuelto en las tinieblas del cuarto, el fantasma de la noche hizo una pausa antes de cerrar la puerta.

Un puntito luminoso se enfocó sobre la cerradura. Los ojos sagaces de la figura espectral observaron unos arañazos diminutos. Una risa suave y sorda resonó en la lobreguez del piso. La puerta cerróse.

El misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra encontrábase dentro del departamento de Wesley Barnsworth.

Todavía no eran las diez. Aun había una hora de tiempo antes de que Slips Harbeck y su banda llegasen. Barnsworth no regresaría hasta las doce.

Sonó el chasquido de un interruptor y el salón del departamento quedó iluminado por una lámpara que había en un rincón.

La figura fantasmal empezó a examinar minuciosamente el lugar. Su objetivo era evidente. Esa noche, según la información precisada por Cliff Marsland, Wesley Barnsworth entraría en su piso sin que nadie se lo impidiese. Más tarde, una banda de pistoleros irrumpiría para asesinarle.

El salón ofrecía algunos lugares propicios para ocultarse. Uno de éstos serviría a La Sombra. Desde allí, podría salir para aniquilar a los criminales.

Si entrasen antes de llegar Barnsworth, asestaría el golpe entonces. Si llegasen más tarde, podría enfrentarse con ellos, antes de que pudiesen realizar el asesinato proyectado.

Mas el asesinato no era el único objetivo mencionado. El jefe de la banda de asesinos, Slips Harbeck, tenía órdenes de recoger todas los documentos que viese. ¿Por qué razón había recibido tales instrucciones? Esto es lo que La Sombra se proponía averiguar.

La figura vestida de negro se agachó junto a una mesa cercana a la lámpara.

Un dedo tocó la pulimentada superficie. Dejó una línea en una capa fina y delgada de polvo. Este hecho no escapó a los ojos de La Sombra.

La capa crujió levemente cuando el rey de la noche cruzó el aposento. Abrió una puerta. La luz mostró un cuarto pequeño, evidentemente un dormitorio, pero provisto de un escritorio, una mesa y unas cuantas sillas.

Veíase una lámpara suspendida encima de la mesa de escritorio situada en un rincón. La Sombra oprimió el interruptor.

La luz se proyectó sobre el escritorio. Allí, bajo la lámpara, veíase un sobre.

La mano de La Sombra se alargó. Los dedos enguantados de negro se aproximaron al sobre para cogerlo.

Se detuvieron de repente y un dedo tocó la superficie del escritorio. Esta vez no encontró ningún vestigio de polvo.

Girando sobre sus talanes, acercóse a la mesa del rincón. Su linterna sorda arrojó sus destellos sobre la madera. Un dedo tocó la mesa, trazando una línea.

La lámpara de bolsillo desapareció. Los guantes negros fueron sacados de las manos. Unas manos largas y blancas, de puntiagudos dedos, aparecieron a la vista. En un dedo de la mano izquierda fulguró una extraña gema, que lanzó sus destellos cuando las manos aparecieron bajo la luz del escritorio.

La Sombra se sentó delante del escritorio. Sacó una pluma y un papel de debajo de la capa. Depositó el pliego encima de la mesa, lejos del sobre que había debajo de la lámpara. La mano izquierda permaneció inmóvil. La piedra preciosa arrojaba sus calores místicos.

Un carmesí profundo, luego un púrpura resplandeciente; Finalmente un azul tornadizo; éstos eran los colores de la extraña piedra. Esta gema era el girasol de La Sombra, una variedad del ópalo de fuego.

Parecía fulgurar lleno de vida arrojando destellos de luz. Cual los ojos que lo observaban este talismán simbolizaba el misterio.

Los ojos del rey de la noche recorrieron escudriñadores el escritorio. Luego se posaron en la mesa. Finalmente miraron hacia la habitación exterior. Unos labios invisibles rieron suavemente.

El sonido, a pesar de su suavidad, era siniestro. Semejaba el júbilo de un ser del otro mundo, un tono sobrenatural que ningún labio humano habría podido emitir.

Unos ecos sibilantes prolongaron la vida de la risa, al repercutir por todo el cuarto. Parecía ser que una borda de demonios invisibles hubiesen respondido a su dueño.

La mano derecha del fantasma de la noche movióse escribiendo unas palabras que correspondían a sus pensamientos.

«Arañazos en la cerradura. Alguien ha entrado. Polvo en las mesas. El propietario ha estado ausente. No hay polvo en el escritorio. Ha sido depositado, después de la partida del dueño.»

Las palabras fueron escritas en una tinta azul brillante. Permanecieran visibles unas segundos; luego letra tras letra y palabra tras palabra desaparecieron.

No quedó el menor vestigio en el pliego blanco. La pluma y el papel desaparecieron. De nuevo el fantasma de la noche lanzó una carcajada.

Había un teléfono junta al escritorio. Descansaba sobre un libro. La Sombra cogió el listín y buscó el nombre de J. Wesley Barnsworth.

El nombre estaba anotado dos veces: las señas de un negocio en la calle Wall y la residencia en la calle Langley. El última número correspondía al del teléfono.

Delante del libro, La Sombra encontró una lista de nombres y números de teléfonos, evidentemente de personas conocidas de Barnsworth. Tomó dos nombres, uno de los primeros de la lista y el otro del final. El de arriba era José Harrison; el de abajo, el de Graham Gorson.

Depositando al teléfono en un ángulo del escritorio, La Sombra marcó el número de José Harrison. Una voz respondió. Los labios invisibles del rey de la noche hablaron en tono natural, con premura y algo apartado de la bocina.

-Oiga... ¿Es casa del señor Harrison? ¿El señor José Harrison?... Soy Graham Gorson... amigo de Wesley Barnsworth...

El hombre del otro extremo del hilo respondió:

-Hola, señor Gorson... Sí, le recuerda a usted. Wesley nos presentó en el Club Raffle... Ciertamente. ¿En qué puedo servirle?

-Tengo mucho interés por ponerme en contacto con el señor Barnsworth-fue la respuesta de La Sombra-. No he podido dar con él...

-¿No sabe usted que se marchó a Florida?-inquirió Harrison-. Se fue hace diez días.

-Conocía que tenía intención de marchar-repuso el rey de la noche-, pero yo no estaba seguro de cuándo partiría. Tendré que esperar a que regrese...

-Tardará un mes en volver-informó Harrison-. Siento no poder darle las señas, señor Gorson. Pero si telefonea a su oficina...

Terminada ya la conversación y vueltos a colocar el listín y el receptor en sus sitios, La Sombra se incorporó y permaneció parado junto al escritorio.

Sus ojos sagaces no habían descubierto ningún indicio de peligro. La llamada telefónica le aseguraba de que no ocupaba nadie aquel departamento.

Allí se encerraba algún misterio. Y La Sombra conocía que dicho misterio se centraba en torno del sobre del escritorio y que no pertenecía a esta habitación.

Entrando en el salón, cogió un libro delgado de una mesita pequeña que había al lado. Lo llevó al cuarto y lo depositó encima del sobre.

Con una mano levantó imperceptiblemente el libro; con la otra sacó el sobre de debajo del libro, que dejó encima de la mesa.

Los dedos hábiles abrieron cuidadosamente el sobre, quedando éste intacto.

Del interior extrajeron un papel doblado. Al ser desdoblado, el pliego no reveló nada: estaba en blanco.

La Sombra metió de nuevo el papel en el sobre. Insertó el sobre debajo del libro, dejándolo en el mismo sitio que anteriormente estuviera. Luego llevó el libro al lugar donde pertenecía.

La Sombra regresó a la mesa de escritorio. Los guantes negros cubrieron las manos blancas. Un diminuto carrete salió de debajo de la capa de La Sombra.

Las manos enguantadas desenrollaron un cabo de bramante del carrete. Los dedos depositaron el cabo de bramante encima del sobre, al cual quedó adherido gracias a un botón untado de cera pegajosa.

La Sombra cruzó la habitación, desenrollando el hilo, al mismo tiempo.

Llegó al salón y cerró la puerta tras sí. El carrete estaba junto al suelo; el bramante pasó bajo la puerta. Al tirar del hilo, arrastraría el sobre.

Sujetando el carrete y estando de pie arrimado a la pared, La Sombra oprimió un botón en el centro. El hilo respondió enrollándose rápidamente al soltarse un resorte que tenía el carrete. Esta acción produjo unos efectos sorprendentes en la habitación que había quedado cerrada.

Al mismo tiempo que el sobre se retiraba de la mesa, sonó una explosión sorda al otro lado de la barrera. La puerta tembló y osciló de un lado a otro. A continuación se oyó el ruido de cristales rompiéndose.

Esa fue todo.

La Sombra abrió la puerta. La habitación ya no estaba iluminada, pero veíase vagamente su interior a la luz del salón.

El lugar era un montón de ruinas. El escritorio se había derrumbado. La mesa y las sillas estaban destrozadas. La luz de encima de la mesa quedó hecha añicos. Tan sólo el teléfono descansaba en el suelo; el sobre que procedía del escritorio ardía cerca de la puerta.

La retirada del sobre provocó una explosión extraña y silenciosa. Por el suelo de la habitación cerníase una película de humo. Al disiparse éste, La Sombra entró y su lámpara de bolsillo proyectó sus destellos en torno del cuarto. Enfocóse al fin sobre un objeto metálico roto que yacía en el suelo.

La Sombra lanzó una carcajada. Aquel objeto era una pila fotoeléctrica. Al lado había un fragmento de cristal plano. No provenía de la ventana, aunque los cristales de ella se habían roto, aumentando el tintineo que La Sombra oyera. Este trozo de vidrio procedía del escritorio.

La Sombra conocía la respuesta. Aquella mesa de escritorio había sido un instrumento de muerte. Ocultaba una bomba que esperaba la acción que hiciera funcionar el detonador.

Éste dependía de la pila fotoeléctrica que estaba colocada encima del escritorio. Cubierta con una capa de cristal y descansando encima el sobre, no necesitaba más que un eje de luz para que la pila respondiese.

La luz colgante y el sobre tentador. Retirar el sobre significaba, que la luz haría funcionar la pila colocada en el escritorio. La Sombra adivinó el peligro.

Se puso en lugar seguro antes de hacer funcionar la trampa mortífera.

El libro depositado encima del sobre le permitió retirar éste impunemente y confirmar sus sospechas de que el sobre fue colocado allí para matar a quien intentase cogerlo.

Este no era un plan ideado por un vulgar jefe de una banda de gangsters. El intento de asesinar a Alfredo Sartain demostró la existencia de un cerebro científico. Esta trampa mortal era otra prueba concluyente.

La pila fotoeléctrica era muy ingeniosa. El empleo de un explosivo nuevo y extraordinario era una prueba mayor aun de ciencia. Una muerte silenciosa, mediante un combustible. Casi silencioso, había esperado a La Sombra esa noche.

Las instrucciones que Cliff Marsland oyera repetir a Slips Harbeck habían sido premeditadas. Lo más sutil fue la mención de los documentos. El sobre fue puesto para servir de tentación que provocaría, la muerte de un investigador.

La Sombra adivinó el peligro. Abrió el sobre y descubrió que no había ningún mensaje. Evitó el peligro y dejó que el silencioso explosivo redujese a ruinas los muebles solamente.

La trampa tendida por el profesor Urlich había fallado. La Sombra, el hombre que frustró el plan labrado para matar a Alfredo Sartain, había evitado el lazo que le tendieron esa noche.

Había, sido un acto de defensa. No obstante, no se había descubierto la identidad del enemigo. Pero ponía a La Sombra más cerca de su objetivo: localizar al autor del crimen que la mano del hombre de misterio descubriera anteriormente.

Unos momentos después, el piso de la calle Langley quedaba desierto. El visitante secreto se había marchado. ¡La Sombra había hecho frente al reto de la muerte silenciosa!

CAPÍTULO IX
NUEVOS PROYECTOS

Al día siguiente el profesor Folcroft Urlich hallábase sentado, delante de una mesa en el despacho situado encima de su laboratorio.

El astuto hombre de ciencia leía un periódico.

Larry Ricordo, con aire de malhumor, estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la desierta mansión que tapaba la vista del edificio de forma cilíndrica, donde los dos hombres se encontraban.

Observó Urlich:

-Parece que alguna cosa hizo fracasar nuestra trampa. Esta reseña habla de los daños causados por una explosión misteriosa en el piso de Barnsworth. No habla de ninguna desgracia personal.

Gruñó el gangster:

-La Sombra es demasiado hábil, profesor. Estoy seguro de que entró en el piso. Quizá se produjo la explosión antes de su llegada.

-Es imposible-repuso Urlich-. Si usted siguió mis instrucciones, Ricordo, es completamente imposible que se hayan producido resultados prematuros. Tiene usted razón al declarar que La Sombra es un individuo hábil. No cabe duda de que alguna cosa le hizo sospechar del sobre.

Afirmó el gangster:

-Yo preparé la trampa tal como usted me dijo. La Sombra es un zorro, eso es todo. No veo posibilidad de que se le pueda suprimir, si no es mediante un ataque de la banda.

El profesor Urlich soltó una risita. Dejó el periódico a un lado y dijo:

-A lo menos mi explosión demostró poseer la fuerza que yo esperaba. Fue el ruido de los cristales de la ventana, lo que atrajo a la gente paco después de la explosión. La policía, como de costumbre, está perpleja. Probablemente no vieron ningún significado en los fragmentos de la pila fotoeléctrica.

-Fue una gran idea, profesor-confesó Ricardo-. Yo quedé convencido cuando presencié la demostración en el laboratorio. Me imaginé que si alguna cosa podía suprimir a La Sombra seria eso. Pero ha resultado fallido. ¿Cuál es nuestra situación ahora?

-Exactamente la misma que antes- repuso Urlich -, pero ahora sabemos más. Hemos visto confirmada mi hipótesis de cómo averiguó La Sombra, el plan de atentar contra la vida de Alfredo Sartain. Hemos averiguado de una manera concluyente que alguien vigila a Slips Harbeck.

-Sí-barbotó Ricardo, de repente-, y me parece conocer al sujeto que le espiaba. Telefoneé a Slips esta mañana, profesor.

-¡Ah!-exclamó Urlich.-¿Qué ha dicho?

-Me dijo que un individuo llamado Cliff Marsland, estaba cerca de la habitación escuchando mientras él me telefoneaba.

-¿Quién es Cliff Marsland?

-Un gangster de cuidado, un franco tirador que trabaja por su cuenta. Ha pasado una temporada a la sombra, en Sing Sing, sufriendo una condena de varios años, y desde entonces ha estado paqueando sobre seguro. Conozco al individuo y a veces he extrañado verle tan próspero. Ahora tengo la respuesta.

-¿Usted cree que puede ser La Sombra?

-No. Es imposible. La Sombra «operaba» igual cuando Marsland estaba en presidio. Pero me figuro que trabaja para La Sombra. Si tenemos que «despachar» a La Sombra, tendremos que pensar en Cliff Marsland también. Opino que seria un buen plan suprimir a su agente ahora.

-Se equivoca de nuevo- repuso Urlich-. Este descubrimiento nos favorece. La Sombra vigila a Slips Harbeck, nuestro agente. Perfectamente, nosotros podemos vigilar a Cliff Marsland también. La Sombra espera localizarnos por mediación de Slips. Nosotros podemos localizarle por medio de Marsland.

-Encuentro que la idea es excelente, profesor. Pero me encuentro a oscuras. ¿Qué plan vamos a seguir ahora?

-Vamos a tender otra trampa a La Sombra, Fíjese bien, Ricordo. Quizá La Sombra, cree que ignorábamos que Wesley Barnsworth no se encontraba en Nueva York. Tal vez se imagine que él descubrió la trampa preparada para Barnsworth. Evidentemente La Sombra se marchó después de la explosión. Sabía perfectamente que Slips Harbeck y sus muchachos no se aproximarían mientras la policía estaba allí. Por tanto, me propongo repetir mi experimento.

-¿Quiere decir con la misma clase de trampa?

-No. Con otra diferente. Yo no empleo la misma dos veces. Tendrá usted trabajo, Ricordo; pero será muy sencillo. Desde que observé a Alfredo Sartain en su estudio, he estado perfeccionando otro invento. Se lo mostraré después y le explicaré su finalidad.

-Pero si falla de nuevo...

-No espero tal cosa. No obstante, estoy preparado para semejante contingencia. Usted comprende la sutileza de mis métodos, Ricordo. Va usted conociendo gradualmente su diversidad. Mis procedimientos forman legión. Estamos aproximándonos cada vez más a La Sombra. Ya lo estamos cercando. Su muerte será el resultado final. Venga.

El hombre de ciencia abrió la marcha descendiendo por la escalera de caracol. Los dos hombres entraron en el laboratorio. La habitación redonda estaba iluminada por la luz solar que penetraba por las amplias claraboyas que rodeaban la parte exterior. Dos hombres trabajaban en unos bancos de carpintero.

-Mis experimentos continúan siempre -observó Urlich-. Estos hombres obedecen todas mis instrucciones.

-¿Tiene usted confianza en ellos?-inquirió Ricordo.

-¿Por qué no?-repuso el profesor-. Son extranjeros. No hablan inglés. Ambos (se llaman Sanjo y Rach) son criminales. Los traje a América en uno de mis viajes. La policía los busca en Europa. Tienen que depender de mí.

Urlich se aproximó al individuo que él llamaba Sanjo. Le habló en una lengua extranjera y el hombre le contestó. Luego el profesor volvióse hacia Ricordo.

-Sanjo no ha terminado aún el dispositivo que he inventado-dijo-. Tendremos que esperar un poco. Entretanto, vayamos abajo. No le he enseñado todavía lo que tengo preparado. Es algo verdaderamente original.

Larry Ricordo reprimió su curiosidad. Conocía que debía existir una habitación grande debajo de ésta, una pieza redonda dentro del pasillo circular por donde pasaron al llegar a los dominios del profesor. Pensó si acaso sería otro laboratorio.

Esta habitación, con su colección de crisoles, calderas y gigantescos tubos de ensayo era en realidad asombrosa. El gangster no podía imaginarse lo que había debajo. Ahora lo vería.

Descendieron por la escalera de caracol situada, en el fondo de la habitación.

No se detuvieron al llegar a la planta baja. Continuando el descenso por el cilindro metálico, llegaron a una puerta situada cuatro metros más abajo.

El profesor Urlich empujo la barrera y condujo a Ricordo a una habitación tenuemente iluminada.

Larry Ricordo parpadeó y miró en torno suyo. La iluminación provenía de unas luces indirectas. Encontrábanse dentro de un pozo grande y redondo, semejante al centro de un coliseo.

La similitud era más pronunciada, debida a la presencia de una especie de balcón que rodeaba a todo el cuarto.

Una baranda, soportada por unos postes metálicos, convertía el balcón en una especie de galería. Desde allí podía contemplarse aquella especie de pozo. El profesor Urlich señaló hacia el otro lado de la sala, del lado de la fachada del edificio.

-Por allí se entra al balcón –explicó-. Al pasar por las puertas exteriores, se encuentra una puerta. Ésta conduce al balcón. Resulta muy natural seguir ese camino.

Urlich soltó una risita. Larry Ricordo, estaba intranquilo. Pisaba unas planchas metálicas, peculiaridad que ya observara en el primer piso. Mas no era esto ni la presencia del balcón lo que le intranquilizaba más. Los ojos del gangster se posaban en el centro de la habitación.

Allí observó el aparato más extraño que viera jamás. Era una máquina enorme, diferente a todo cuanto Larry creía que podía existir. El extraño aparato, de unos cuatro metros de diámetro, estaba montado sobre una base pesada y se apoyaba en unos postes dotados de aisladores de caucho.

De la máquina salían unos alambres aislados que desaparecían en el suelo metálico.

Unas ruedas relucientes y unos discos planos de metal brillante, junto con unos grandes tubos de cristal, llamaron la atención del gangster. Recordó haber visto una caja de «control» en el costado de la máquina.

-¿Qué es esto?-preguntó con acento de miedo.

-Un dispositivo eléctrico-sonrió Urlich-. Destinado para producir la muerte.

¿Quiere decir que es parecido a una silla eléctrica?

-Casi igual. No obstante, la silla eléctrica mata solamente al hombre sentado en ella. Este invento mío mata a distancia.

-¿A qué distancia?

-Dentro del radio de sus círculos eléctricos. Actualmente, mata únicamente a los que se encuentren dentro de los pasillos circulares o estén cerca de este edificio. Las planchas metálicas reciben la corriente. Fíjese.

El profesor se aproximó a la caja de mandos. Giró un interruptor. La gigantesca máquina empezó a chisporrotear. Largas y brillantes chispas empezaron a saltar de un lado para otro por encima del complicado aparato.

El gangster, aunque era un hombre fuerte y vigoroso, se apartó y miró asustado los millares de chispas que empezaron a brotar a lo largo de la baranda del balcón.

El profesor Urlich volvió a girar el interruptor. Su risa substituyó al zumbido de la máquina Larry Ricordo olisqueó el ozono de que estaba cargada la atmósfera.

-Cuando inventé esta máquina-explicó Urlich-, tenía al principio una plataforma montada al lado. La única esfera de influencia era el suelo que ahora pisamos. Coloqué unos gatos y unos perros en el suelo. Murieron instantáneamente.

»Luego extendí las zonas; cubriendo el balcón, el pasillo exterior y finalmente el pórtico. Estas luces de colores-el profesor señaló hacia una hilera de bombillas-pertenecen a zonas distintas. Indican qué partes de la planta baja están ocupadas.

-Mas ahora estamos pisando metal -objetó Ricordo-. Usted dice que usó este piso. ¿Por qué razón estamos inmunes a los efectos de esa fuerza eléctrica?

-Las zonas están separadas-explicó Urlich-. He colocado unos trozos de cinta aisladora entre ellas. Cuando extendí los experimentos a los círculos exteriores, simplemente desconecté éste.

-Tiene usted tres círculos ahora...

-Sí, y le explicaré el motivo. Descubrí que cada círculo arrojaba una corriente mortífera fuera de sus límites. Cuanto mayor es el círculo, tanto mayor es su efecto. Antes extendíase a cosa de un metro y ahora la esfera de influencia alcanza a unos cinco metros fuera del edificio.

»Con una máquina mucho mayor y un circulo de trescientos cincuenta metros de diámetro, calculo que podría fulminar a toda persona que se encontrase dentro del radio de una milla.

-Sería un trabajo demasiado grande hacer una instalación de esa envergadura.

-Desde luego. Mas, entretanto-los ojos del profesor fulguraron llenos de malignidad-, este edificio está completamente protegido por la muerte silenciosa. Si algún enemigo se aventurase a penetrar aquí...

-¿Quiere decir si La Sombra le atacase aquí?

-Sí. Encontraría la muerte, indefectiblemente. Tengo otras luces arriba. Las vigilamos constantemente. Por esta razón he dicho que recibiría con agrado una visita de La Sombra. Pero no espero tal cosa, Ricordo.

»Sanjo nos espera ya. Examinaré el dispositivo que ha estado construyendo. Si se ajusta a sus planos, estaremos dispuestos a atraer a La Sombra a otra trampa mortal.

El profesor giró sobre sus talones y se dirigió hacia el cilindro dentro del cual se hallaba la escalera de caracol.

Larry Ricordo se estremeció. Aunque era un criminal endurecido, los planes siniestros del profesor Folcroft Urlich le asustaban. Después de arrojar una última mirada a la máquina de los rayos eléctricos, ascendió en pos del profesor. Hasta ahora, el gangster no se había percatado del estupendo método para producir la muerte que el profesor poseía.

¡Muerte a La Sombra! Sería una cosa cierta si el visitante vestido de negro intentase penetrar en los dominios de Urlich. Sin embargo, Larry Ricordo meditaba aún las palabras finales del hombre de ciencia.

Una nueva trampa para La Sombra. Otro plan sutil en preparación. De nuevo Ricordo sería el encargado de tender el lazo que el profesor había ideado.

El gangster sonrió. Ahora tenía confianza. Estaba casi seguro de que La Sombra, jamás averiguaría el extraño lugar donde el profesor vivía.

Un invento útil e ingenioso daría pronto magníficos resultados contra el hombre de misterio, que se proponía desbaratar los planes de desencadenar una serie de crímenes.

CAPÍTULO X
CARDONA INTERVIENE

Había cerrado la noche. El detective José Cardona hallábase sentado delante de su mesa de escritorio. Estudiaba los informes relativos a la explosión ocurrida en la residencia de J. Wesley Barnsworth.

También tenía una serie de datos referentes al episodio acaecido en la casa de Alfredo Sartain.

Terminado el examen de los documentos, el famoso detective se levantó con una sonrisa de satisfacción. Salió de la oficina y entró en otra habitación donde habló a un hombre que estaba sentado delante de una mesa. Éste era el inspector Timoteo Klein. Saludó el detective:

-Hola, señor inspector. Quería avisarle que voy a salir con el objeto de investigar este caso de la explosión. Quizá averigüe algo esta noche.

-Será mejor que lo haga, Cardona-respondió Klein-. Usted sabe lo enojado que está el jefe.

-Tengo el presentimiento de que está relacionado con lo ocurrido en casa de Alfredo Sartain.

-¿Un presentimiento?-resopló el inspector-. Eso no es un presentimiento, Cardona. El comisario opina lo mismo. Por esto está encolerizado. Conoce personalmente a ambos señores.

-Lo sé-dijo Cardona-. También sé que el comisario no ha dicho nada, porque ninguno de sus amigos ha resultado muerto. Él tiene el presentimiento, como yo, de que va a ocurrir un tercer accidente.

-Si ocurre tal cosa-advirtió Klein-, lo pasará usted mal. Si la misma banda ha intentado asesinar a un millonario y a un banquero, es grave. Ahora es cosa de usted evitar que asesinen a alguien.

José Cardona sonrió. Comprendía las aprensiones de Klein. Sabía que el inspector había hablado con el comisario señor Ralph Weston. Conocía que el comisario le tenía en gran consideración, excepto cuando sufría un fracaso.

Este era el secreto de la sonrisa de Cardona. Esperaba conseguir buenos resultados esta noche.

-Dice que el comisario piensa lo mismo que yo-observó-. Es probable. Pero él no conoce lo que yo. Voy a echar el guante a un pájaro que tal vez “cante” cuando le atrape. He estado buscándole y ya sé dónde está.

-¿Quiere decir que sabe quién es el culpable?

-No digo tal cosa. Simplemente creo poder encontrar a un sujeto, que está mezclado en esos dos casos.

-¿Por qué no lo ha detenido? ¿Quién es?

-Escuche, inspector-dijo Cardona, tranquilamente-. Cuando entramos en casa de Sartain, encontramos un muerto que identificamos. Duster Brooks, un malhechor muy hábil. Había estado trabajando de mayordomo de Sartain. Intentó matar a Hunnefield, el secretario del millonario.

»¿Cuál era la respuesta lógica? Se lo diré. Parecía ser que el asalto era obra de Duster. Fracasó. Dos de sus hombres fueron muertos. Hunnefield declaró que habían otros. Naturalmente, debíamos capturarlos, pero no se trataba de un delito de asesinato.

»Revisé los archivos. Descubrí que Duster Brooks era muy amigo de otro pistolero llamado Slips Harbeck. Era posible que éste estuviese complicado. Ordené a un agente que lo buscase. Ayer lo encontró. Slips frecuenta un bar clandestino llamado casa Red Mike.

-¿No lo estuvo?

-Naturalmente que no. No podemos acusarle de nada. Quiero poseer otras pruebas antes de detenerle. Por ahora no quería más que saber dónde estaba. No se me ocurrió que podría suceder alguna otra cosa que guardase relación con el asalto a la casa de Sartain. No podía acusar de nada a Slips Harbeck.

»Mas de pronto viene la explosión en casa de Barnsworth. Esto me demostró que Duster Brooks, no era el sujeto que planeó el ataque a Sartain. Comprendí claramente que trabajaba para alguien. ¿Quién provocó la explosión en casa de Barnsworth? ¿Cómo se realizó? Lo ignoro. Pero me parece que nuestro hombre debe saber algo.

-Muy bien, Cardona -elogió el inspector-. Es una lástima que carezca usted de pruebas. Podría, entonces detener a ese Harbeck y hacerle «cantar».

-Encontraré pruebas-afirmó el detective, ceñudo-. El agente vigila a Slips Harbeck. Y esta noche visitaré el establecimiento de Red Mike. Tengo el presentimiento de que se fragua algún otro golpe. Por eso hago que vigilen a Slips. Si sale a dar algún golpe, le seguiré de cerca.

-Encuentro su plan muy acertado, Cardona-comentó Klein-. Consiga alguna prueba de que ese truhán está complicado. Entonces tendrá que confesar.

-Haré más aún-repuso el detective. No creo que el individuo sea el cerebro que dirige estos atentados. Estoy seguro de que no es más que un instrumento, como Duster Brooks, de alguien más peligroso, Voy a capturar al jefazo.

Con esta promesa final, José Cardona salió de la oficina, dejando al inspector Klein tamborileando en la mesa de escritorio con evidente satisfacción.

José Cardona había sido bien informado, cuando le dijeron que Slips Harbeck frecuentaba el establecimiento de Red Mike. Una hora después de que el detective estuvo hablando con el inspector Klein, el pistolero hallábase sentado delante de su mesa habitual. Vigilaba con cautela a un hombre sentado cerca del fondo del establecimiento. Cliff Marsland se encontraba allí esa noche también.

Slips no pensó ni por asomo que había un tercer personaje interesado en su persona. Un maleante de cara de rata se encontraba allí. Este era Gawky Tyson, un individuo atontado de poca importancia en el mundo del hampa.

Nadie se preocupaba del pobre diablo, que ahora se hallaba sentado cerca de la puerta del establecimiento de Red Mike. Pero la vida de Gawky Tyson habría corrido gran peligro, si algún pistolero hubiese adivinado el papel que desempeñaba. Pues el individuo era un confidente del detective Cardona.

Esta noche el confidente vigilaba atentamente a Slips Harbeck y con mucha confianza. Pues había recibido seguridades de su jefe Cardona, de que por allí cerca rondarían algunos detectives. Gawky debía averiguar lo que Slips se proponía hacer y avisar en caso de que se tramase algún golpe.

Red Mike cruzó el establecimiento para hablar con Slips Harbeck. Su mensaje era el habitual. Lo llamaban al teléfono.

Sonriendo, el pistolero entró en el cuarto del teléfono. Oyó la voz que le hablaba desde el otro extremo del alambre. Repitió su anterior ardid, es decir, dejó la puerta entornada.

De nuevo recibió unas instrucciones que no debía ocultar. Mas esa noche había dos oyentes en el otro lado de la puerta, dos hombres que no se preocupaban el uno del otro. Uno era Cliff Marsland; el segundo, Gawky Tyson.

-Seguramente- Slips hablaba con voz fuerte-. Sí... Sí... no fracasaré esa noche... Una operación para un solo hombre, ¿eh?... ¿Un poco más tarde? Bien... Oficina de Gardner Joyce... veinte Edificio Sharon... Espera, que lo voy a anotar. Contrato firmado que está en el cajón de la mesa... Oficina interior... Que lo coja y espere allí una llamada telefónica... ¿Llamarás tú?... ¿No? ¿Cómo es eso?... Yo diré: No hay nada que hacer... Comprendo... Tienes a alguno que telefoneará a ese número. ¿Sí?... Entonces le diré O. K.; si he encontrado el contrato, será porque debe estar en la caja de caudales. Esperaré allí entonces... Sí, hasta que tú llegues para fracturar esa caja... De acuerdo... Estaré junto al teléfono para contestar en seguida que llames... Te llamaré si me haces falta.

En el mismo instante en que el gangster salía del cuarto, Cliff Marsland llegaba a la puerta del establecimiento Slips le vió desaparecer y sonrió.

No cabía duda ahora. Cliff era un agente de La Sombra. Probablemente se había marchado, para comunicar a su misterioso jefe lo que había oído.

De nuevo Slips había engañado al espía. Él no iría a aquella oficina esta noche. Se trataba de una trampa. Ignoraba la operación que iba a realizarse, mas esto no le preocupaba. Decidió hacer lo mismo que en la anterior ocasión: esperar unos minutos, luego salir del establecimiento, doblar la esquina y subir a sus habitaciones. Se encontraría lejos del lugar mencionado.

Mientras Slips Harbeck trazaba sus planes, Gawky Tyson se incorporó y salió del establecimiento. El furtivo confidente fue detenido en la oscuridad, antes de haber andado una docena de metros. Tres hombres surgieron delante de él. Uno era José Cardona.

-¿Qué has averiguado?-preguntó el sabueso, a media voz.

En tono cuchicheado, el confidente dio la información. José Cardona gruñó y habló a sus agentes.

-¡Apostaos allí, muchachos!- ordenó-. Capturad a ese pájaro, de Harbeck en cuanto salga. Tú ponte al otro lado de la calle, Gawky. Silba cuando Slips asome las narices. Y luego te “largas”. No quiero que andes por aquí.

-Yo tampoco quiero estar aquí-repuso el confidente-.Me largaré a todo gas. Me agujerearían la piel, si supiesen que yo le he dado la información.

Cardona se alejó un poco mientras sus subordinados se aproximaban a la puerta. El famoso detective reflexionaba. Tenía dos objetos esa noche. Uno era la captura del pistolero; el otro, frustrar una operación, quizá un crimen.

Deteniendo a Slips Harbeck, impedía la visita del gangster a la oficina de Gardner Joyce.

Mientras José Cardona rumiaba la situación, empezó a reaccionar ante los datos que Gawky Tyson había averiguado. Slips Harbeck tenía una misión esa noche. Debía entrar en el despacho de Joyce y esperar allí una llamada telefónica.

Si no contestasen, probablemente repetirían la llamada. Mas esto no se prolongaría indefinidamente. Al fin avisarían al jefe de Slips Harbeck, que éste no se encontraba allí.

El detective recordó específicamente que Gawky, había dicho que la llamada provendría de alguien a quien Slips no conocía. «O.K.» sería la respuesta, dando a entender que la operación había sido ejecutada: «No hay nada que hacer» significaría que no había encontrado el contrato.

¿Qué sucedería entonces? ¡El jefe de Harbeck llegaría en ese caso! ¡Si la policía estuviese allí cuando se presentase, podrían capturarlo sobre el terreno! Esta era una ocasión excelente. Una ocasión que debía aprovechar.

José Cardona formuló con rapidez su plan. No necesitaba ninguna ayuda inmediatamente. Sus dos subordinados debían permanecer allí para detener a Slips Harbeck. Esto era esencial para el plan del detective. Evitaría la posibilidad, de que el gangster se pusiese en comunicación con su jefe.

El detective volvióse y echó a andar rápidamente a lo largo de la calle.

Estaba decidido sobre lo que debía hacer. Visitaría la oficina de Gardner Joyce, en el Edificio Sharon. Recibiría el mensaje y llamaría al jefe de Harbeck. Tendría tiempo de telefonear a otros detectives y los apostaría delante del edificio. Podrían seguir al visitante cuando entrase. Entonces lo capturarían.

Cardona llegó a una calle transversal donde estaba estacionado su coche.

Subió y puso el vehículo en marcha. Estaba seguro de que sus agentes detendrían a Slips Harbeck. En este respecto, acertaba.

En aquel mismo instante, Slips salía tranquilamente del establecimiento de Red Mike. El gangster no llegó a la callejuela adonde proponíase ir. Los detectives se lanzaron sobre él al oír el silbido de Gawky Tyson.

El pistolero sucumbió al ataque. Al intentar defenderse, recibió un golpe formidable en la nuca. Los detectives se lo llevaron a rastras.

Slips estaba en poder de la policía. Nadie se había enterado. Fue conducido a jefatura. Era allí donde José Cardona esperaba encontrarlo más tarde. El famoso detective, había calculado con astucia el desarrollo de los acontecimientos.

Cardona se dirigía a su objetivo, satisfecho de que todo resultaría bien esta noche. Se imaginó conocer todos los planes de los criminales. Tan sólo le faltaba conocer la situación.

Poco sospechaba que los planes de Slips Harbeck, habían sido expresados en voz alta para que los oyeran; y que fueron oídos por, otra persona, aparte de Gawky Tyson. ¡Ni por asomo sospechó que un individuo que saliera del bar clandestino, antes que Gawky Tyson era un agente de La Sombra!

Cliff Marsland cumplía una misión esa noche y no había encontrado obstáculos. La situación con que se enfrentaba era, en realidad, una batalla de cerebros entre dos hombres geniales: el profesor Folcroft Urlich y La Sombra.

El famoso detective, seguro de su astucia, no era más que un factor inesperado que había surgido en el campo de batalla. Sin sospechar lo más mínimo, entraba en el terreno de la lucha. ¿Cuál podía ser el resultado?

La respuesta a esa pregunta iba a llegar pronto. ¡Ocurriría después de que el famoso detective llegase a la oficina del edificio Sharon!

CAPÍTULO XI
LA OFICINA

El diminuto destello de una lámpara eléctrica, apareció en la superficie de una puerta de cristales. Reveló el número dos mil veinte. La luz osciló hacia el interior. Un círculo concentrado luminoso se proyectó sobre la cerradura.

Una mano enguantada de negro apareció con una pequeña herramienta de acero.

Unos dedos hábiles usaron la herramienta para sondear la cerradura. Al toque de esta figura fantasmal, la puerta del despacho de Gardner Joyce se abrió. Una risa sorda resonó en las tinieblas.

Alumbrando su camino con los destellos de la luz de la linterna sorda, el hombre de la noche llegó a la puerta de la oficina interior. Se detuvo a practicar un minucioso examen.

Todo estaba en orden. La Sombra entró y la luz de su lámpara de bolsillo recorrió escudriñadora el escritorio. El destello mostró un tintero, una carpeta, un calendario y un teléfono.

No había ninguna señal de una trampa esa noche. ¿Por qué razón debía haber una? En casa de Barnsworth el propósito fue, sin duda, cometer un asesinato. Slips Harbeck y sus pistoleros no podrían acudir allí en caso de que una trampa fallase.

Allí, en la oficina de Joyce, el objetivo era realizar un robo. Slips Harbeck llegaría allí solo. A menos que La Sombra supiese que el escritorio explosivo, de la casa de Barnsworth había sido preparado para él, y no para el banquero, no podía sospechar nada. Estas fueron las reflexiones del profesor Folcroft Urlich.

La inspección de la luz escudriñadora indicó que no había novedad. No obstante, La Sombra examinó minuciosamente los cajones del escritorio.

Su herramienta le permitió abrirlos y utilizó su luz para mirar a través de los papeles que descubrió. Todo estaba puesto allí de una manera ordenada. No había ningún contrato ni nada que se le pareciese.

Sin embargo, La Sombra esperó. Era evidente que él, como Cardona, había trazado el plan de atraer al jefe de Slips Harbeck hacia este lugar. Todavía no se había recibido ninguna llamada telefónica. La luz se enfocó sobre el teléfono, recorriendo cuidadosamente el aparato. De repente extinguióse.

Los oídos finísimos del rey de la noche y percibieron un sonido en el despacho exterior, a pesar de que él entornara la puerta interior tras sí. La Sombra deslizóse silenciosamente hacia la oficina exterior, deteniéndose allí.

Alguien realizaba alguna operación en la puerta exterior. Un hombre trataba de sacar un cuadro de cristal, que estaba sujeto tan sólo por una moldura.

La Sombra esperó. No podía ver a través de los cristales esmerilados.

Supuso que Slips Harbeck intentaba entrar de esa manera.

La operación de quitar el cristal continuó. El cuadro empezó a moverse cuando el intruso desprendió un lado. Luego, evidentemente temiendo romper el cristal, el individuo se puso a trabajar sobre el molde. Al fin el cristal fue sacado y puesto en el suelo. Una mano se introdujo, y giró el pomo de la puerta.

Cuando ésta se abrió, La Sombra se retiró, fundiéndose en la oscuridad. Su elevada figura quedó invisible en un rincón del despacho.

El hombre que acababa de entrar volvió a colocar el cristal en su sitio.

Terminado su trabajo, cruzó la oficina.

De haber encendido la luz, probablemente no habría visto a La Sombra, pues el misterioso personaje hallábase envuelto en una completa oscuridad.

Mas el objetivo del recién llegado era la oficina interior. Al llegar allí, medio cerró la puerta tras sí y encendió la luz.

Fue entonces cuando La Sombra movióse, avanzando hacia un lugar desde donde podía observar el interior, quedando al mismo tiempo dentro de la oscuridad formada por la habitación exterior. A través de la abertura de la puerta, unos ojos fulgurantes espiaron al hombre que acababa de entrar.

No era Slips Harbeck.

¡El detective José Cardona estaba delante del escritorio de Gardner Joyce!

El famoso detective examinaba los mismos lugares que La Sombra anteriormente, registrando todos los cajones con la esperanza de encontrar el contrato.

No consiguiendo dar con su objetivo, Cardona permaneció en pie pensativo delante de la mesa. Se preguntaba si habría ido alguien en el lugar de Slips Harbeck. Mas al repasar lo ocurrido, quedó satisfecho de que no podía haber nadie en el cuarto.

Había una distancia considerable, desde el establecimiento de Red Mike al edificio Sharon y estaba seguro de haber hecho el viaje en menos tiempo de lo que habría tardado Slips Harbeck. La ausencia del contrato alegraba al detective. Esto le recordó la señal, que haría que el jefe de Slips acudiese con toda rapidez al lugar.

El detective alargó la mano para descolgar el receptor. Tenía la intención de telefonear a jefatura y llamar a algunos agentes.

Detúvose antes de coger el instrumento. Esto sería, desde luego, inconveniente, ¿Y si llamasen mientras él telefoneaba? La señal de «ocupado» podría ahuyentar al sujeto que intentase telefonear a la oficina.

No; la llamada a jefatura podía esperar. Murmurando a media voz, repitió la respuesta que pensaba dar al desconocido comunicante:

-«No hay nada que hacer.»

El detective sonrió. Estas palabras harían venir al jefazo. La puerta estaba abierta, dispuesta para su llegada. El sujeto entraría y se encontraría con José Cardona en lugar de Slips Harbeck. El individuo sería detenido y la serie de crímenes terminaría. Felicitaciones para José Cardona, de parte del comisario.

La situación parecía segura, a juicio del detective, mientras permanecía de pie en la oficina sumida en completo silencio.

Transcurrieron lentamente varios minutos y Cardona empezó a sentirse intranquilo. Tenía la sensación de que unos ojos le espiaban. Volvióse y escudriñó, a través de la puerta, la oficina exterior. No vió más que una negrura.

Rápidamente aproximóse a la puerta. Tenía en una mano su lámpara de bolsillo; con la otra empuñaba un revólver. Encendió la lámpara, abrió la puerta de un empujón y proyectó la luz sobre las paredes.

No vió ninguna señal de figura humana. Unas sombras largas aparecieron cuando la luz recorrió escudriñadora el cuarto. No revelaron a ningún ser humano.

Cardona profirió una carcajada y regreso a la oficina interior. Una vez más dejó la puerta entornada, con el objeto de escuchar mientras esperaba.

Seguro de que nadie acechaba en la otra habitación, el detective recobró la confianza. No había visto más que sombras.

¡Mas algunas veces las sombras vivían!

José Cardona era un hombre que actuaba bajo el impulso de su intuición, mas esa noche se encontraba en un terreno donde los presentimientos y la intuición fallaban.

Habíase imaginado que existía un peligro en la otra oficina y en cambio le pareció hallarse muy seguro donde ahora estaba. En ambos casos, sufrió un error.

El personaje oculto que la linterna de Cardona no puso al descubierto, no se encontraba allí para burlarse de la ley. Los únicos enemigos de La Sombra eran los criminales.

-¿Por qué esperaba La Sombra? ¿Acaso se había trazado el mismo plan de acción que el detective? ¿Conocía los pensamientos de Cardona? ¿Esperaba aún la llegada de Slips Harbeck? ¿Qué pensaba el hombre de la noche?

¡Tan sólo La Sombra lo sabía!

Llegó, al fin, la señal que José Cardona esperaba.

La caja del timbre del teléfono, instalada en la pared, empezó a sonar. José Cardona alargó la mano y asió el receptor. Repitió las palabras que debía pronunciar:

-<No hay nada que hacer.>

El teléfono volvió a sonar. Cardona descolgó el receptor. Al arrimárselo al oído, se sentó en la mesa. Cardona quedó así de espalda a la puerta.

Fue entonces cuando ocurrió un movimiento en la oscuridad. La puerta se abrió un poco más. Una masa de negrura penetró lentamente en la oficina interior. José Cardona

escuchaba esperando oír una voz procedente del otro extremo del hilo. Luego se le ocurrió que él debía llamar primero. Habló en tono bajo y cauteloso.

-Diga, diga...

No hubo respuesta. Una expresión de contrariedad pasó por el rostro del detective. Al asir el teléfono con la mano derecha y coger el receptor con la izquierda, se percató de que su propia estupidez pudo hacer que el comunicante, del otro extremo del alambre hubiese colgado el teléfono.

Tan ansioso estuvo de dar el mensaje, que descuidó este detalle. Ahora, con el receptor pegado al oído, todavía abrigaba la esperanza de que la comunicación no se había cortado.

Mientras Cardona hablaba de nuevo, La Sombra se aproximaba. El fantasma vestido de negro se había acercado al detective.

Permaneció de pie detrás de Cardona, tan cerca que podría habérsele tomado por la propia sombra del detective. Sin embargo, el sabueso, absorto en el teléfono, no se percató de la presencia de la figura espectral que se había colocado detrás de él.

Las manos de La Sombra se movían. Se cernieron sobre los hombros de Cardona. Unos dedos siniestros casi tocaron los brazos del detective.

¿Había cambiado de idea La Sombra? ¿Proponíase someter al detective y luego recibir él mismo la llamada?

-Diga, diga...

Cardona habló de nuevo en vano. Una expresión de impaciencia se reflejó en el rostro del detective. Levantó el pulgar derecho y apretó el gancho para repiquetearlo y, posiblemente, restablecer la conexión. El gancho descendió; el pulgar lo liberó...

En ese instante La Sombra actuó. Su mano, avanzando, asestó un golpe rápido. El golpe descargó sobre el brazo izquierdo de Cardona, echando la mano del detective hacía adelante con el receptor, al mismo tiempo que el sabueso soltaba el gancho.

Un silbido surgió simultáneamente del receptor del teléfono. Fue acompañado de una terrible bocanada de humo. Una bala silbó casi rozando la cara de Cardona y destrozó una botella de agua que había en una mesita junto a la pared.

José Cardona cayó del escritorio, asiendo aún el teléfono y el receptor.

Logró recobrar el equilibrio cuando retrocedía tambaleándose.

Al volver la cabeza con el propósito de ver a su misterioso asaltante, distinguió una figura elevada que se había acercado a la puerta que estaba entornada. Unos ojos fulgurantes se clavaron en los del detective. Una capa crujió y la misteriosa figura desapareció.

-¡La Sombra!

El grito brotó de los labios de Cardona. El detective había reconocido al personaje que hizo descender el receptor a tiempo de salvarle la vida.

El aparato cayó con estrépito sobre el escritorio. Atolondradamente, el detective sacó el revólver y encendió la lámpara de bolsillo.

Una carcajada sibilante llegó a los oídos del detective. Cardona llegó a la oficina exterior y proyectó los destellos de su linterna hacia la puerta de salida de la oficina, en el momento que se cerraba. Salió corriendo al pasillo. Llegó tarde. La Sombra se había esfumado.

Al cabo de un largo rato, Cardona regresó a la oficina interior. El suelo estaba mojado del agua de la botella rota. El detective cogió el teléfono que había caído encima de la mesa. Sus ojos recorrieron el cordón que lo conectaba con la caja.

Al retroceder tambaleándose, Cardona lo había arrancado. El detective practicó un minucioso examen. Descubrió que el cordón era falso. Recogió el teléfono. También era un objeto postizo.

Alguien había sacado el teléfono y el cordón verdaderos. Este instrumento había sido puesto en su lugar. No era un teléfono. Era un aparato mortífero e ingeniosísimo.

Rápidamente destornilló las piezas. Observó que era un aparato verdaderamente extraordinario.

El receptor contenía un cañón de pistola corto. Detrás aparecía el gatillo; salió un cartucho vacío. Cargado de una pólvora explosiva, esta arma mortífera había disparado su bala con un agudo silbido, acompañado de una bocanada de humo.

Había una pila seca en el poste del teléfono. Ésta, conectada con el gancho del receptor y el cordón entre la base y el receptor, suministró la corriente que liberó el gatillo de la pistola.

Cardona examinó el movimiento del gancho, haciéndolo bajar y subir.

Ambos movimientos eran necesarios: la llave ascendía y bajaba.

Una muerte cierta. ¡La muerte silenciosa! Cardona había escapado esa noche. El cerebro diabólico que inventara el instrumento, trazó los planes de una manera perfecta.

Cardona ignoraba que la idea se le había ocurrido al profesor Urlich.

El detective conocía solamente que la vigilancia de La Sombra, le había salvado de una muerte cierta. Vagamente comprendió que La Sombra podía haber sido la víctima señalada para esa noche. Un hombre, al presionar varias veces el gancho, tendría el receptor junto a la oreja.

La suposición era acertada. La Sombra, sospechando la existencia de una trampa mortal, había concentrado su atención en el teléfono. Había estado vigilando los movimientos de Cardona y actuó cuando llegó el momento crítico.

Otros pensamientos cruzaban la mente del detective.

Este instrumento mortífero, podía ser perfectamente un aparato destinado a matar a Gardner Joyce, el dueño de esta oficina. Esto significa un tercer intento de asesinato.

Alfredo Sartain había escapado a la muerte; así como también J. Wesley Barnsworth. Ahora Gardner Joyce estaba en la lista.

La perplejidad del detective desapareció. Conocía ahora quién era el mago salvador que intervino en los tres casos.

¡La Sombra!

Para Cardona, La Sombra era un ser viviente. En otras ocasiones, el rey de la noche había intervenido, para salvar al famoso detective de una muerte segura.

Donde la mano del misterioso personaje había intervenido, Cardona había triunfado en todos sus casos. Sin embargo, existía una razón poderosa por la cual el detective, debía observar un profundo silencio al respecto.

Técnicamente, La Sombra no existía. El comisario señor Ralph Weston había dado la orden. Hasta que se conociese la identidad del hombre de misterio, La Sombra no podía considerarse un personaje real, de carne y hueso, que pudiera hacerse constar en los archivos.

José Cardona se encogió de hombros. Había observado de nuevo a La Sombra y comprobado que era un fantasma viviente tan sólo. No podía hacer constar su intervención. Debía manifestar que él había descubierto personalmente, el secreto del teléfono falso.

Llevándose consigo el aparato mortífero, el detective salió de la oficina.

Tenía pruebas concluyentes del crimen proyectado. Había comprobado las relaciones existentes entre Slips Harbeck y los criminales. Y el gangster estaba detenido.

Cardona estaba satisfecho del curso de los acontecimientos. Sonrió al pensar en el efecto que su informe produciría en el comisario señor Weston.

Sin embargo, el detective no dejaba de sentir gratitud. Le habría agradado dar las gracias a La Sombra, de haber podido hacerlo.

Aunque ignoraba la participación del profesar Folcroft Urlich, Cardona conocía perfectamente que se desarrollaba una batalla de ingenios entre La Sombra y algún as del crimen que había planeado aquellas trampas mortíferas.

¡La muerte silenciosa! Había fracasado. No sólo había sido frustrada por La Sombra; también este misterioso personaje había salvado la vida del famoso detective.

Otro de los planes del profesor Folcroft Urlich había sido desbaratado.

¡La Sombra había vencido de nuevo!

CAPÍTULO XII
EL INTERROGATORIO

-Vamos, Slips. <Canta>.

La voz retadora de Cardona, provocó una débil sonrisa en el rostro de Slips Harbeck. El gangster estaba sometido a un constante interrogatorio por Cardona y otros detectives.

-¿Qué sabes?

Slips se encogió de hombros.

-Nada - respondió, arrastrando las sílabas.

Cardona se paseó de un lado a otro de la habitación, donde se celebraba el interrogatorio. Contempló el rostro tenso de Slips. El gangster estaba acurrucado en una silla, en estado de agotamiento. Había resistido varias horas.

-Escucha, Slips-dijo el detective, en tono más suave, cambiando de táctica-. Tenemos pruebas de que estás complicado. Estabas en combinación con Duster Brooks. Sabemos de cierto que estuviste con aquellos pistoleros en la casa de Alfredo Sartain.

-No he oído hablar en mi vida de ese lugar-protestó el gangster.

-Estuviste mezclado en la operación ejecutada en la casa de Barnsworth-continuó Cardona-. Por eso te hemos detenido. Mas no lo hicimos hasta que hubimos conseguido las pruebas. Mi agente oyó la llamada telefónica que recibiste en el bar de Red Mike. Por eso hemos impedido la operación, que se proyectaba ejecutar en la oficina de Joyce. No puedes negarlo, Slips. ¿Comprendes?

-No pueden probarme nada-replicó el gangster.

-No queremos comprometerte-anunció Cardona-. Queremos ofrecerte la oportunidad de que salgas bien librado de este caso. Estuviste en casa de Sartain. Perfectamente. Te escapaste. No poseemos pruebas de que hayas disparado un tiro.

»Alguien puso una trampa mortal en la oficina de Barnsworth. No te acusamos a ti. Finalmente, tenías la intención de ir a la oficina de Joyce, con el objeto de recibir una llamada telefónica. ¿No es cierto?

-No sé nada.

-Lo sabrás cuando te diga lo que sucedió-manifestó Cardona, ceñudo-. Se recibió la llamada telefónica. Yo mismo la recibí. Te voy a enseñar lo que encontré.

Hizo una señal a uno de los detectives, quien exhibió el teléfono falso.

Cardona mostró las partes al pistolero.

-¿Ves esto?-le preguntó-. Lo tenía arrimado al oído. Y me habría matado, si no me hubiese percatado a tiempo. Escucha, Slips-el detective habló como si se le ocurriese de pronto una idea-, creo que tienes razón, después de todo. Tuviste suerte. Tú ibas a la oficina, para recibir el mensaje. Quizá esto fue preparado para ti.

Slips se sonrió burlonamente.

Cardona aprovechó la oportunidad. Era exactamente lo que esperaba.

-De manera que no crees que esto estaba destinado para ti, ¿eh?-interrogó el detective-. Entonces, me parece que ya sé de lo que se trata. Sabías que este aparato fue puesto para matar a alguien. Esto presenta mal cariz para ti, Slips.

En el rostro del gangster apareció una expresión de inquietud. Comprendió que su sonrisa le había puesto en un aprieto. Vió fulgurar los ojos de Cardona y temió las consecuencias.

Sabía que el detective estaba informado de todos los detalles, relativos a la última conversación telefónica que había tenido con Larry Ricordo.

-Está confundido conmigo-suplicó-. Yo no sabía nada de ese teléfono falso. Quizá tenga usted razón. Tal vez estaba destinado a mí.

-Alguien que te traiciona, ¿eh?-interrogó Cardona, burlonamente-.Vamos, tienes la ocasión de salvarte. Si te han traicionado, tienes derecho a «cantar». Si no hablas, será prueba de que conoces perfectamente la operación que se ha intentado. Esto es claro, ¿no te parece?

Ante este dilema, el pistolero trató de nadar entre dos aguas. Se humedeció los labios y parpadeó al mirar a su interrogador.

-Dijo usted que me ofrecía una ocasión-protestó-. Le juro que no he intervenido en esa trampa. Creo que tiene usted razón al decir que me han traicionado.

-¿Lo ves ahora?

-Sí. Alguien quería «despacharme». Sí, creo que tiene razón. Una traición. Me han vendido, pero yo lo ignoraba. Me parece que Larry quería...

El gangster se interrumpió de repente y se mordió el labio. Comprendió su error.

Cardona le dirigió una mirada de triunfo. El detective preguntó al instante:

-Larry, ¿OH? Hablas de Larry. Larry, ¿qué apellido tiene?

-No sé nada-gruñó Slips.

-Larry-murmuró Cardona-. Hay muchos Larrys pistoleros, ¿no es cierto, Slips? Estoy pensando en alguien que podría estar mezclado en esto.

EL detective se volvió para interrogar a uno de sus subordinados.

-Escucha, Maybew-dijo-; ¿qué se ha hecho de Larry Ricordo? Aquel pistolero que tenía la ilusión de convertirse en un jefazo y luego se asustó.

-Lo ignoro-respondió Mayhew-. Se marchó a provincias, dicen.

Una sonrisa momentánea se reflejó en el rostro ceñudo del pistolero. Al volverse de espaldas Cardona, encontró un alivio momentáneo.

Mas esta era parte de una estratagema de Cardona, un viejo ardid que solía emplear con Mayhew. Este detective vigilaba a Slips con el rabillo del ojo.

-Ha acertado, Cardona-dijo, sonriendo-. Larry Ricordo es el sujeto que debemos buscar.

Esto era también otro ardid de Cardona. Mayhew lo había aprendido por experiencia. La fingida falta de vigilancia de Cardona; la aguda observación de Mayhew; luego el comentario de éste.

Cardona actuaba a continuación. Volvióse hacia Slips Harbeck y le increpó con violencia.

-De modo que es Larry Ricordo, ¿eh?-preguntó-.Tú sabes por qué se «largó» de Nueva York, ¿no es cierto? Porque traicionó a Luís Muth. Lo sabías, ¿no es verdad? ¿Ignorabas a quién perseguía la banda de Muth? Pues ahora te enteras. Será mejor que te encerremos, Slips, Si esa banda averigua que...

La explosión de Cardona estaba bien calculada. Sus manifestaciones eran ficticias. Conocía que existía algún misterio en torno de la muerte de aquel gangster. También introdujo sutilmente la sugerencia de una traición. Es lo que había tratado de imbuir en la mente del pistolero.

-Te conviene hablar - continuó Cardona, tras una pausa-. Te ofrezco mi protección. Habla, Slips.

El bandido, exhausto, ya no poseía suficientes fuerzas para resistir. La mención de Larry, el haber adivinado que podría ser Larry Ricordo, habían facilitado la tarea de Cardona.

El famoso detective continuó aprovechando la ventaja adquirida. Formuló más preguntas, contestando el gangster. Tranquilamente, fue acorralándolo poco a poco.

Slips recurrió a respuestas vagas, humedeciéndose los labios cada vez que respondía. Reconoció haber iniciado unas negociaciones con un individuo que decía ser Larry Ricordo. No estaba seguro de que fuese Larry, pues todas las negociaciones se habían efectuado por teléfono.

Astutamente, negó toda relación con el asalto a la casa de Alfredo Sartain y la explosión ocurrida en la casa de Wesley Barnsworth. Sugirió que Duster Brooks debió haber dado su nombre a Larry Ricordo o de quienquiera que se hacía pasar por el famoso gangster.

Lo único que reconocía, era haber recibido en el establecimiento de Red Mike, un sobre con cierta cantidad de dinero, como anticipo por un trabajo, con la condición de seguir las instrucciones que recibiera por teléfono. Declaró que no había tenido la intención de visitar la oficina de Gardner Joyce.

-Yo no pensaba ir allí- protestó-. Me dirigía a mis habitaciones. No puede censurarme que acepte una cantidad, ¿no es cierto? Me imaginé que si Larry Ricordo daba el dinero, no me seguiría si me marchaba a provincias. Yo tenía el propósito de <largarme> de Nueva York y sabía que Larry andaba escondido, no sé por qué causa. Le juro que digo la verdad.

El alegato de Slips Harbeck era muy astuto. Hablaba en tono convincente, diciendo algunas verdades para encubrir su tejido de mentiras.

Cardona lo comprendió y se aprovechó de ello. Conocía que era difícil probarle su participación en uno de los tres casos, pues no había más prueba que la llamada telefónica hecha desde el establecimiento de Red Mike. Y Gawky Tyson, el confidente, había sido el único testigo.

Mas Cardona, basándose en las manifestaciones de Slips Harbeck, establecía un punto importante: a saber, que Larry Ricordo era el individuo que estaba detrás de los atentados criminales. Para evitar nuevas actividades criminales, la detención del gangster era una medida lógica.

Si Slips era un complicado tan importante como Cardona suponía, la captura de este lugarteniente embarazaría a Larry Ricordo, poniéndole en una situación desventajosa. Sería mejor que Slips estuviese ausente una temporada.

-Vamos a encerrarte-anunció el detective-. Te necesitaremos más adelante. Voy a capturar a Larry Ricordo y no quiero que tú andes suelto y estropees mi operación. ¿Comprendes?

El pistolero asintió con la cabeza. Se sometió débilmente a la decisión del detective.

Cardona estaba algo sorprendido. Atribuyó la falta de valor del gangster, al temor a la venganza de Larry Ricordo. El detective se equivocaba. Slips Harbeck no tenía inconveniente en pasar una temporada en la cárcel, porque pensaba en La Sombra.

El gangster conocía que había estado pisando terreno peligroso. Se alegraba de alejarse del peligro que veía acercarse. La Sombra le infundía terror.

Después de que se llevaron al pistolero, Cardona fue a su despacho.

Clasificó los datos que había averiguado; luego descansó un rato en el escritorio. Había estado interrogando a Slips Harbeck, desde las primeras horas de la madrugada. Sentíase cansado. Eran las diez horas. Se dispuso a salir inmediatamente.

Un hombre entró en la oficina en ese momento. Cardona se encontró delante de Clyde Burke, un reportero del periódico «El Classic», de Nueva York. El periodista era la última persona del mundo, que Cardona hubiese deseado ver en aquel momento.

-Hola, Burke-gruñó-. No puedo hablarle ahora. Me marcho a dormir un rato.

-Ha estado trabajando, ¿eh?-inquirió Burke-. ¿A quién ha estado interrogando, Cardona? ¿A Slips Harbeck?

El detective dirigió una mirada de desafío al reportero. Clyde Burke sonrió, Cardona lanzó una carcajada ronca.

-No acierto a comprender-gruñó-, cómo se informa de estas cosas. ¿Por qué no solicita el ingreso en el Cuerpo? Me harían falta unos cuantos detectives tan inteligentes como usted.

-De ninguna manera -rió Burke-. Puedo averiguar muchas cosas más sin chapa que con ella. ¿Qué declaró Slips?

-¿Eso me pregunta a mí? ¿Por qué no vino usted a interrogarle?

-No habría tenido ningún inconveniente. Pero prefiero dormir durante las primeras horas del día.

-Entonces no puede saber nada. Vuelva esta noche. Quizá pueda darle alguna noticia.

-Lo mismo de siempre. La costumbre. El interrogatorio de Slips fracasó...

-Escuche, Burke-interrumpió Cardona-. Déjese de burlas. ¿Comprende? Estoy exhausto e impaciente. Márchese. Yo me voy.

-¡Hum!-murmuró el reportero pensativo-. Me parece que no averiguó mucho de Slips Harbeck. Le propongo una cosa, Cardona. Supongamos que mi periódico dice que la policía ha detenido a Slips Harbeck por sospechoso.

-Muy bien.

-Y a cambio de esto, me da usted una idea de lo que ha ocurrido...

El detective dirigió una mirada interrogativa al periodista. Volvió a su escritorio e indicó a Burke que tomara asiento. Tamborileando pensativamente sobre la mesa, Cardona expuso unas condiciones.

Observó:

-Precisamente cuando yo terminaba de interrogar a un preso, viene usted y pretende sonsacarme. No lo censuro. Pero usted comprende mi situación. Burke.

-Sí, y usted me conoce, Cardona-repuso Burke-. Usted comprende la mía. Si yo no consigo la noticia, alguien puede adelantárseme. Tan sólo deseo protegerme. Y estoy seguro de que usted no me fallará.

-Perfectamente. Usted siempre se ha portado decentemente, Burke. Escuche mis condiciones. Le diré lo que he averiguado, a condición de que no aparezca todavía en su periódico. Confío en que usted ahuyentará a los otros periodistas, una vez que yo me haya marchado. A cambio de este favor, recibirá usted una magnífica historia más tarde. Un notición. Pero no puede usted divulgarlo hasta que yo le avise.

-De acuerdo, Cardona. Ya hemos trabajado otras veces en esas condiciones.

-Lo sé. No he llegado a saber nunca el motivo. El periódico le paga a usted, pero usted es un muchacho discreto, muy distinto de los periodistas que yo he conocido.

-Conforme-asintió Burke, quedamente-. Déjelo por mi cuenta, Cardona. Me imagino por qué no suelta a Slips Harbeck. El sujeto conoce algo acerca de estos intentos de asesinato.

-Sabe bastante.

-¿Y quién es el individuo que hay detrás de todo esto?

El detective se inclinó sobre el escritorio y cuchicheó el nombre al oído de Clyde Burke.

-Larry Ricordo-dijo.

-¿El pájaro que tenía pretensiones de hacerse el amo de Nueva York?-inquirió el periodista-. Creía que se había <largado> a provincias.

-Ha regresado. Vamos a detenerle en cuanto lo localicemos. Como usted comprenderá, no es caso de lanzarlo a la publicidad.

-Comprendo. El pájaro volaría. Pero si no se le atrapa, no podré publicar la historia.

-Perfectamente, Burke. Confío en usted. ¿Qué dirá usted a los otros periodistas cuando vengan?

-No se preocupe, Cardona. ¿Tiene inconveniente en que me quede un rato por aquí?

-Puede quedarse, si gusta.

-Mis colegas llegarán pronto. Les diré que usted se marchó hace mucho tiempo. Nada sobre el interrogatorio. Ni pizca. Slips Harbeck es otro vulgar pistolero.

Cardona sonrió al levantarse de la mesa de escritorio. Estrechó la mano a Burke y salió de la oficina. El reportero cogió el teléfono y llamó al «Clásico» para comunicar que no había nada nuevo sobre el caso de que se ocupaba.

Otros periodistas llegaron mientras Burke telefoneaba. El reportero de «El Clásico» les contó la misma historia y se marchó con ellos. Mas al separarse de sus compañeros, fue a un establecimiento y entró en una cabina telefónica.

No telefoneó a la redacción de «Clásico» esta vez. Llamó a una oficina del edificio Badger, y conversó con un agente de Bolsa llamado Rutledge Mann.

En breves palabras, comunicó los hechos relativos a Larry Ricordo.

Clyde Burke sonreía cuando salió del establecimiento. Su llamada telefónica era una respuesta a la extrañeza de Cardona respecto del trabajo del periodista en el «Clásico». El detective ignoraba que Burke era un agente de La Sombra.

Por mediación de Rutledge Mann, que servía de agente de enlace de día, como Burbank lo hacía de noche, el nombre de Larry Ricordo sería retransmitido a La Sombra. Lo que Cardona sabía también lo conocía el hombre de misterio.

José Cardona había interrogado a Slips Harbeck. Clyde Burke, a su vez, había sonsacado al detective.

¡Otro de los agentes de La Sombra había servido eficazmente a su jefe!

CAPÍTULO XIII
LOS MALHECHORES ACTÚAN

Larry Ricordo hallábase sentado en la oficina situada, encima del laboratorio del profesor Folcroft Urlich.

El gangster estaba preocupado. Delante de él había un ejemplar de «El Clásico», de Nueva York. La detención de Slips Harbeck se mencionaba con el relato del descubrimiento de José Cardona, de una trampa mortal en la oficina de Gardner Joyce.

La puerta abrióse y el profesar Urlich entró. El siniestro hombre de ciencia sonrió. Había estado realizando unos experimentos en el laboratorio, mientras Larry Ricordo permanecía arriba.

Observó Urlich:

-Estamos realizando unos progresos excelentes, Ricordo. No se preocupe del fracaso de anoche. He trazado un plan que tendrá un éxito seguro. ¿Recuerda cómo Alfredo Sartain estaba boca arriba en el escritorio, de su estudio?...

-¿A punto de morir?-interrumpió el gangster-. Sí, lo recuerdo. Pero no murió. Eso fue cuando La Sombra entró por la claraboya. Tengo muchas preocupaciones, profesor. Estoy pensando en lo que vendrá, no en lo pasado.

Urlich frunció las cejas. Observó el periódico que Ricordo tenía en la mano.

Dirigió una mirada interrogante a su compañero.

-Han detenido a Slips-anunció el gangster.

-¿Y bien?-inquirió Urlich.

-Eso significa un peligro para mí-manifestó su compinche-. Si Slips <cantan>, la policía me buscará.

-¿Y luego?

-La Sombra me buscará también. Es un individuo lo bastante hábil para averigua todo cuanto se dice en jefatura.

El profesor se encogió de hombros.

El gesto enojó a Ricordo, que dijo:

-Eso no es todo. Telefoneé a Grewson, el individuo que hemos puesto para vigilar a Jocelyn. Me dice que el viejo está inquieto.

-¿Sobre qué?

-Sobre lo que publican los periódicos. Ya sé el motivo. Jocelyn me oyó mencionar a Slips Harbeck; me oyó decir que era mi lugarteniente. El viejo se ha espantado. Probablemente ha empeorado.

El profesor. Urlich meditó.

-¿Qué dijo Grewson? - preguntó.

-Manifestó que Jocelyn ha estado enfermo. Está en cama y el doctor entra y sale y le receta. Grewson le cuida. Me alegro que me haya telefoneado. No sabe de qué se trata, pero le parece que Jocelyn está preocupada por alguna cosa.

-Así es-comentó Urlich, secamente.

-Desde luego-dijo Ricordo-. Está preocupado por nosotros-. Escuche profesor, Jocelyn intervino en nuestra operación, que fracasó. Desde entonces, no ha salido a la calle. Es lo bastante inteligente para comprender, que estamos complicados en estas dos últimas operaciones.

-Continúe-musitó Urlich, con una sonrisa-. Se está usted volviendo muy observador. Es un síntoma excelente.

-Me figuro que Jocelyn piensa que le hemos abandonado. Y con todo lo que dicen los periódicos, se ha alarmado. Es capaz de hacer cualquier cosa.

-¿Por ejemplo?

-Es posible que «cante».

-Ciertamente. Por ese motivo hemos colocado a Grewson a su lado. Me alegro de que le haya telefoneado. Ha obrado usted con suma inteligencia.

-¿Y si Jocelyn nos compromete?-insistió el gangster-. ¿Para qué sirve Grewson entonces? Estoy preocupado, profesor.

Urlich cerró los ojos. En sus labios apareció una sonrisa. Dijo pensativamente:

-Ricordo, no creo que usted conozca el juego de ajedrez. Las piezas están en el tablero como si fuesen seres humanos. El objetivo es dar jaque mate al adversario. Al hacerlo, a veces es conveniente sacrificar una pieza importante.

»Hasta ahora no hemos tratado más que con peones. El juego de abertura ha terminado. Hemos pasado el período de la táctica convencional. Mis primeras tentativas de darle jaque mate a nuestro enemigo han fracasado. Ha llegado el momento de emplear una estrategia más enérgica.

Larry Ricordo abrió la boca, estupefacto. Pensó que el profesor se había vuelto loco. Luego vió que los ojos de Urlich se abrían y su fulgor le tranquilizó.

Dijo Urlich:

-Dígame, ¿cuál es la causa de que la policía se fijase en Slips Harbeck? ¿Cómo averiguaron la trampa que yo le hice poner a usted en la oficina de Joyce? Los bajos fondos son su elemento, Ricordo. Slips Harbeck es su lugarteniente. Explíqueme el motivo de su detención.

En los labios del gangster se dibujó una sonrisa de satisfacción. Su jefe le preguntaba su opinión. El bandido estaba contento, porque podía dar una respuesta.

-Debe haber habido dos individuos escuchando en el establecimiento de Red Mike-declaró-. Uno era Cliff Marsland, el confidente de La Sombra. El otro debe haber sido un

confidente de Cardona, el detective. Por este motivo la policía detuvo a Slips y fue a la oficina de Joyce. Sé cómo trabajan esos detectives.

-Un agente de La Sombra-rió Urlich-, y un agente de la policía. ¿Qué piensa que harán esos dos ahora?

-Rondaran por la taberna de Red Mike, a lo menos unos días. Buscarán a alguien, al que tengan que vigilar, en lugar del detenido.

-Excelente -observó el profesor-. Pondremos a alguien, al que puedan vigilar.

-¿Quiere decir a otro individuo como Slips?

-Uno mejor que él.

-¿A quién?

-Usted mismo.

Ricordo saltó de la silla. Tenía los ojos desencajados. Empezó a formular una protesta incoherente.

El profesor Urlich sonrió e indicó con un gesto que volviera a sentarse.

Dijo:

-Escuche, Ricordo. Tengo ideado un golpe perfecto. Tengo que confiar en usted.

-Pero suponga que Cardona ha hecho «cantar» a mi «socio»-protestó el gangster-. Quizá no lo ha hecho todavía. No obstante, puede hacerlo.

-Eso no importa-declaró el hombre de ciencia-. En realidad, usted tiene que hacer ver que es el sucesor de Slips Harbeck. Tiene usted que desempeñar el mismo papel que su lugarteniente. Es usted el único que puede atraer a La Sombra a una muerte segura.

-¿Sí? ¿Y si la policía...?

-Permítame que le formule otras preguntas. Había usted de unos individuos a quienes califica de confidentes: uno de La Sombra y otro de la policía. Usted sabe que uno de ellos se llama Cliff Marsland. ¿Cree que podría reconocer al otro?

-Seguramente. Puedo averiguar quién es, si le busco.

-Ya que no existen pruebas de que Cardona, ha averiguado que usted es el jefe de Slips Harbeck, ¿cree usted que tenga algunos detectives en las cercanías del bar de Red Mike?

-No. Cardona los tendrá en otra parte. Estará esperando detener a alguien que le inspire sospechas. Eso se lo dejaría al confidente. Si yo me presentase allí, y el confidente me viese, Cardona lo sabría al instante. La próxima vez que yo pisara la taberna de Red Mike, correría peligro de ser detenido.

-Magnífico-dijo el profesor-. Podemos suponer que La Sombra utilizará el mismo procedimiento.

-Seguramente. No puede saber que Slips Harbeck nos informó sobre Cliff Marsland.

-Espléndido-sonrió Urlich-. Mi proyecto le agradará, Ricordo. Estamos tratando con gangsters. La violencia es útil en ese terreno. ¿Cuándo podría reunir una banda de pistoleros?

-¿Una banda de pistoleros?-Ricordo se echó a reír-. Muy pronto. Es muy fácil, profesor.

-Excelente. Contrate a esos muchachos. Vaya con ellos al establecimiento de Red Mike. Desempeñe el papel de sucesor de Slips Harbeck. Simplemente telefonee a un número falso y repita cierta información.

-¿Y la banda?

-Sus muchachos servirán para dos fines. Primero, eliminarán al confidente de la policía, con el objeto de que no pueda llevar información a jefatura. En segundo lugar...

-¿Atraparán a Cliff Marsland?

-Lo capturarán, pero no lo matarán. No han de tocarlo hasta que haya informado a La Sombra sobre sus planes.

-Pero si La Sombra me persigue-la voz de Ricordo sonaba dudosa-, ¡me encontraré en un aprieto, profesor!

-La Sombra no le seguirá el rastro-repuso Urlich-. Estará muy ocupado en el domicilio que usted mencione por teléfono. Allí tendrá mucho trabajo. Trabajo, consecuencias inesperadas. Si mi nuevo plan tiene éxito, la carrera de su enemigo habrá terminado.

-¿Qué haré yo? ¿Me fugo o me escondo?

-Volverá usted aquí. Si sus muchachos capturan a Cliff Marsland, lo trasladarán a un punto determinado. Allí los encontrará usted, los despedirá y traerá al hombre solo.

-Comprendo, profesor. ¡Lo haremos «cantar»!

-En efecto, si es necesario. Únicamente si, por casualidad, La Sombra escapase de nuestra trampa. Entonces, y sólo entonces, Marsland nos resultará útil. De lo contrario, lo eliminaré en mi laboratorio.

El profesor Urlich se incorporó. Hizo una seña a Ricordo y lo condujo por la escalera de caracol al laboratorio. Abrió la marcha hacia una mesa situada en un rincón. Señaló dos botellas conteniendo un líquido verde la una y rojo la otra.

Vertió unas cuantas gotas de ambos líquidos en un tubo de ensayos. La mezcla resultó incolora. Puso el tubo a la luz. Transcurrieron unos minutos.

El liquido incoloro empezó a efervescer. Aparecieron unas burbujas en la superficie. Urlich levantó una mano.

En voz baja empezó a explicar el objetivo del experimento. Con la mano libre señaló las ratas muertas que yacían encima de la mesa. Larry Ricordo escuchó pasmado de asombro.

El profesor prosiguió sus explicaciones en el tono de un conferenciante.

Habló del pasado; de la relación de Joyce con el primer plan de asesinato, de los fracasos y el motivo de haber ocurrido. Habló también de La Sombra y finalmente de la muerte silenciosa.

Cuando el líquido cesó de burbujear, el profesor Urlich sonrió y echó el tubo de ensayos en un sumidero. El cristal al romperse tintineó de una manera siniestra.

-Como he destruido este tubo-observó Urlich calmosamente-, así puedo destruir las vidas de quienes se interpongan en mi camino. Le he explicado a usted un plan perfecto, Ricordo. Vaya ahora a ejecutar su parte.

El gangster descendió la escalera de caracol. Dio la vuelta al pasillo circular, estremeciéndose al ir el ruido de sus pasos sobre el suelo metálico. Pensaba en la terrible máquina que había dentro de la pared circular.

La muerte era el lema del profesor Urlich. La muerte para todos los que se interpusiesen en su camino. Larry Ricordo temía al hombre a quien servía.

Comprendió que en este momento, caminaba por una zona donde la muerte podría fulminar a voluntad a su jefe.

Recordó que debía haber una señal luminosa, en la reluciente máquina instalada en el pozo interior. Aquella luz era provocada por Ricordo al pisar las planchas metálicas. Una vuelta al interruptor... El gangster volvió a estremecerse.

No se sintió tranquilo hasta que hubo franqueado la puerta exterior y luego pasado fuera del radio del pórtico del suelo metálico. Una vez fuera de las zonas de muerte, subió a su «sedan». Anochecía. Era hora de dirigirse a Manhattan.

¡La muerte! ¡La muerte silenciosa! Acechaba en la extraña morada circular del profesor Folcroft Urlich. La muerte fulminaría a La Sombra, si se aventurase a penetrar allí. Cualquier intruso que se atreviese a franquear aquellas puertas siniestras moriría fulminado.

¡La Sombra! El pistolero sonrió despectivamente al poner en marcha el automóvil. La Sombra no visitaría jamás aquel lugar peligroso. El rey de la noche quedaría aniquilado.

En los bolsillos del gabán llevaba Ricordo, las botellas conteniendo líquidos rojos y verdes. El gangster conocía su potencia. Significaban la muerte para La Sombra. Una muerte silenciosa.

¡Larry Ricordo se dirigía rumbo a un lugar donde tendería la trampa mortífera para el terror del hampa!

CAPÍTULO XIV
LOS PISTOLEROS ATACAN

Había llegado otra noche. Los miembros de los bajos fondos del crimen habían comenzado a reunirse en el antro de Red Mike. El propietario del tugurio, neutral como era su costumbre, no arrojó más que una mirada casual a los clientes que llenaban el establecimiento.

La detención de Slips Harbeck no había producido mucha sensación entre los miembros del hampa. Los detectives habían efectuado su captura de una manera discreta, sin hacer mucho ruido, fuera de la taberna de Red Mike.

No hubo más testigo que Gawky Tyson, el confidente de José Cardona.

Red Mike mismo no se alteró por la suerte de su huésped. En realidad había llegado a considerar que la presencia de Slips era indeseable. El lugarteniente de Ricordo, había querido entrar en demasiada familiaridad con Red Mike.

El propietario de la taberna, se alegraba de que las misteriosas conferencias telefónicas hubiesen terminado.

No obstante, Mike consideraba como un amigo a Slips; y en su interior, estaba dispuesto a jugarle una mala pasada al que tuviese la culpa de su captura. Pero no se molestaba en buscar al causante de la detención.

Había dos hombres en la taberna, que podrían haber dado alguna información relativa a las andanzas de Slips Harbeck. Uno era Gawky Tyson; el otro, Cliff Marsland.

El confidente de Cardona estaba sentado cerca de la puerta del cuartito del teléfono. Cliff Marsland de hallaba al otro lado de la taberna. Junto a ellos, veíanse a unos veinte maleantes típicos, esparcidos por la amplia sala.

Dos gangsters de aspecto feroz entraron. No dijeron nada. Sentáronse a una mesa no lejos del cuartito. Cliff y Gawky los observaron; Cliff, dirigiéndoles una mirada indiferente; Gawky, de soslayo, furtivamente.

Transcurrieron unos minutos. Entró otro par de pistoleros.

No prestaron atención a los primeros.

También parecían estar ocupados en sus asuntos personales.

-Los pistoleros se están reuniendo-musitó Cliff-. Será conveniente vigilarlos.

Cliff acertaba. Una reunión semejante dio los últimos toques al plan de asalto, la noche que el lugarteniente de Ricordo se dirigió hacia la casa de Alfredo Sartain.

Entró otro individuo en la taberna. Cliff Marsland achicó los ojos. Estaba seguro de que aquel recién llegado era Larry Ricordo.

Cliff había visto a Ricordo en el pasado. Además, hallábase allí con el objeto de buscar el rastro del gangster, aunque las probabilidades de que el desaparecido malhechor visitase aquel establecimiento pareciesen remotas.

Otro par de ojos se fijaron en el recién llegado. Gawky Tyson también estaba interesado. Cardona le había ordenado que fuese allí, con la esperanza de que el malhechor se presentase en el tugurio.

En consecuencia dejaron de vigilar a los pistoleros. Cliff y Gawky dedicaron su atención a observar a Ricordo.

El gangster se paró a hablar a Red Mike. Al girar la vista en torno de la sala, Ricordo apenas miró a Cliff Marsland. Pero posó los ojos en Gawky Tyson, que era el que se hallaba más cerca de él.

Como sabueso, no desmintió su fama. Una segunda mirada le bastó para asegurarse de que Gawky, era el confidente que la policía había mandado allí.

Dirigió una mirada a un pistolero. Luego arrojó una mirada hacia Gawky Tyson. Era la señal de sospecha. El pistolero movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Ricordo continuó hablando a Red Mike.

No había necesidad de que señalase a Cliff Marsland. Entre los pistoleros que reclutó de diversos antros, había dos que conocían de vista a Cliff. Larry Ricordo reprimió una risita despectiva mientras hablaba con Red Mike.

En voz bastante alta, para que Gawky y Cliff oyeran sus palabras, dijo:

-De modo que echaron el guante a Slips Harbeck, ¿eh? Perfectamente. No hablemos de ello, Mike. Voy a continuar el trabajo de mi compañero. ¿Dónde está el teléfono?

El propietario apuntó con un pulgar hacia el cuartito interior. Tenía interés en complacer a Larry Ricordo. Nunca había oído a Slips Harbeck mencionar al famoso gangster, pero estaba dispuesto a creer en su palabra.

Invitó:

-Siéntate. Toma una copa; la casa paga, Larry. Te avisaré cuando te llamen.

-No; puedo esperar. Mike-repuso Ricordo-. Sé el número. Yo mismo llamaré. Tenía el propósito de esperar y por eso vine aquí. Pero con tanta gente en el establecimiento...

-Alguien puede reconocerte, ¿eh?

-Naturalmente. He estado fuera de Nueva York, como tú sabes. Llamaré y si no contestan, esperaré. Pero me quedaré en el cuartito.

Tras estas palabras, Larry Ricordo fue a la puerta que Red Mike había indicado.

Cliff Marsland y Gawky Tyson estaban interesados. Deseaban conocer el número adonde telefoneaba. La puerta cerrada se lo impidió.

Pero aquella puerta, que ordinariamente no permanecía cerrada del todo, se abrió hacia dentro, al parecer casualmente.

Ricordo hablaba y el tono de su voz era perceptible para los dos hombres que escuchaban. En carácter de sucesor de Slips Harbeck, el gangster recibía, al parecer, unas instrucciones de gran importancia.

-¿Tomás Jocelyn?-preguntó con sorpresa-. Seguramente... Iré allí. Tienes miedo de que nos delate, ¿eh? Sí, en efecto, sabe demasiado... Sí, sí... Ya sé dónde está el departamento de Jocelyn. Déjalo de mi cuenta... Sí, muy fácil. Iré en seguida... Llegaré dentro de media hora...

El receptor sonó. El individuo salió del cuartito. La expresión de su rostro era evidente. Auguraba algo malo para Tomás Jocelyn. Larry Ricordo se detuvo en la sala.

-Tomaré esa copa, Mike-dijo al propietario-. Y en seguida me marcharé. Muchas gracias por dejarme usar el teléfono.

Mientras el gangster estaba vuelto de espaldas, Cliff Marsland se levantó de la mesa. El agente de La Sombra se había mudado de mesa antes. Al parecer, buscaba otro sitio. Pero cambió de idea y se dirigió hacia la puerta del establecimiento.

Llegaba a la puerta cuando Gawky Tyson se enderezó y empezó a dirigirse furtivamente hacia la misma dirección. No había andado tres pasos, cuando uno de los pistoleros se puso en pie de un salto. En aquel momento Larry Ricordo terminaba su copa. Dijo:

-Hasta la vista, Mike.

Sonó un grito en la taberna. Fue dirigido a Gawky Tyson, por el pistolero que se puso en pie de un brinco para interceptar el paso del confidente.

-¡Echad el guante a ese pájaro!-gritó el pistolero-. ¡Es un confidente! ¡Detenedlo!

Desde la puerta, Cliff Marsland vio relucir las armas. También observó a Larry Ricordo aproximándose a la puerta. Cuando el gangster se detuvo a ver lo que sucedía, Cliff se zambulló en la noche; Larry Ricordo, mirando por encima del hombro, mientras andaba, llegó a la puerta.

Gawky Tyson negaba, entre chillidos. Como una rata asustada, se alejaba del pistolero que se le había acercado. Los otros bandidos se habían puesto en pie, encañonando con sus revólveres al sospechoso. Pero Mike rugía amenazas. No quería un disturbio en su establecimiento. Un tiroteo en la taberna le comprometería.

Otros clientes se habían levantado de sus asientos. Ninguno de ellos era amigo de Gawky Tyson, pero conocían a Red Mike. Larry Ricordo observaba ceñudo, sabiendo que sus hombres no debían perder tiempo. Podían actuar ahora y dar explicaciones después.

Dos revólveres tronaron. Siguieron otros disparos. De común acuerdo, los pistoleros descargaron sus armas sobre el cuerpo de Gawky Tyson. El confidente lanzó un grito penetrante y se desplomó muerto.

Red Mike, con los puños crispados, trataba de culpar al primer pistolero que se aproximara al confidente.

Pero los bandidos habían actuado con la precisión de un piquete de fusilamiento. Retrocediendo, continuaron empuñando sus revólveres con aire amenazador, como si retaran al que les pidiese cuentas.

El jefe de la pandilla cruzó la puerta. Se alejó mirando hacia atrás mientras caminaba. Vió a los asesinos salir de la taberna. El trabajo de los pistoleros estaba hecho. Larry lanzó una carcajada mientras proseguía su camino y se zambulló en una callejuela transversal.

Estos hombres componían la mitad de su escolta. Los otros habían permanecido fuera. Se habían marchado. Larry sabía adónde. Habían seguido los pasos de Cliff Marsland.

Apresurando el paso, el jefe de la banda continuó andando y finalmente se detuvo delante de un restaurante. Entró, dirigióse hacia una habitación trasera y descolgó el receptor de un teléfono. Marcó el número de Tomás Jocelyn.

Reconoció la voz que le contestaba desde el otro extremo del hilo. Dijo:

-Hola, Grewson. ¿Está todo dispuesto?... ¿No hay novedad?... Perfectamente... Escucha... Tienes las botellas... Haz la faena bien... No, no voy, pero hay un sujeto que se figura que irá... Este pájaro llegará más tarde. Tú te habrás marchado cuando él llegue... Pues... dentro de un cuarto de hora, pero pasado ese tiempo date prisa en «largarte»... sí, sí... «Lárgate» fuera de Nueva York... Ya te di dinero. Recibirás más cuando llegues a Chicago...

Larry Ricordo salió del restaurante. Se rió satisfecho. Ahora todo quedaba en manos de Grewson y éste era un individuo hábil. Además, el hombre ignoraba que La Sombra estaba mezclado en este episodio.

En cuanto a la residencia de Tomás Jocelyn, Larry Ricordo no tenía por qué ir allí ahora. Esto era parte del plan del profesor Folcroft Urlich.

Ricordo tenía que andar unas cuantas manzanas más; juego se informaría de sí el resto del plan había tenido éxito.

Un gangster salió a su encuentro, de la oscuridad. Era uno de los pistoleros que siguieron a Cliff Marsland.

Cuchicheó el malhechor:

-Lo hemos atrapado, Larry. Nos apostamos fuera del establecimiento adonde entró con el objeto de telefonear y le echamos el guante cuando salió. De un porrazo, lo dejamos sin sentido.

-¿Está en el coche ahora?

El jefe de la banda formuló la pregunte mientras los dos caminaban. Vió que el pistolero asentía con la cabeza.

-Sí-respondió el bandido-. Tenemos a él y a otro sujeto. Este pájaro nos atacó cuando atrapábamos a Marsland. Uno de la banda lo tumbó.

-¿Quién es?-preguntó Ricordo.

-Un periodista- explicó el pistolero-. Encontramos sus tarjetas en sus bolsillos, se llama Burke, Clyde Burke. No quisimos «despacharlo» por no hacer ruido. Podemos tirarlo en cualquier parte o darle un paseo...

Llegaron al lugar donde el coche estaba estacionado. Tres pistoleros surgieron del costado del «sedan».

Larry Ricordo usó la lámpara de bolsillo para ver a los dos hombres que estaban atados y amordazados en el asiento posterior. Reconoció a Cliff Marsland. No conocía al otro.

El gangster meditó. ¿Acaso el periodista era un conocido del agente de La Sombra o era un individuo que pasaba por allí casualmente durante el ataque de los pistoleros. ¿Quién podría ser?

Ricordo reconocía que sería un error tratar a un periodista, lo mismo que a un miembro del hampa.

Llevarse a Clyde Burke para darle un paseo fue la primera sugerencia que Ricordo rechazó. Consideró los resultados que podrían ocurrir si pusiese en libertad al reportero.

Serían malos también. ¿Qué diría el profesor Urlich, acerca de la captura de dos hombres en lugar de uno?

Este pensamiento le dio la respuesta. No había que perder tiempo. Cuanto más pronto llegase a Long Island, tanto mejor. Lo más seguro era llevarse consigo a Burke junto con Cliff Marsland. El profesor decidiría lo que convenía hacer.

El gangster pagó a los pistoleros y los despidió. Se sentó delante del volante del <sedan> y puso el coche en marcha. En el trayecto, quedó más satisfecho de su decisión respecto de Clyde Burke.

No era más peligroso llevarse dos hombres atados que uno. Podrían poner en libertad a Burke si Urlich insistía; si decretaba su muerte, sería más efectiva y segura en el laboratorio, que a manos de los pistoleros que Ricordo había pagado.

El gangster tenía el presentimiento de que ambos prisioneros, experimentarían muy pronto la sensación de la muerte silenciosa. Este pensamiento le hizo recordar a La Sombra. Se echó a reír mientras conducía el coche hacia las luces resplandecientes de una avenida.

¡La muerte silenciosa! ¡La Sombra! Ambos estaban relacionados.

El rey de la noche dirigíase hacia la muerte silenciosa en ese momento.

Ciertamente, Cliff Marsland había informado sobre los planes de Ricordo.

Eso, tan sólo, era necesario.

La sutilidad del actual plan del profesor Folcroft Urlich, sobrepasaba todo cuanto se había intentado antes.

Larry Ricordo vió que La Sombra se dirigía rumbo a una muerte segura.

¡El terror del hampa moriría esta vez!

CAPÍTULO XV
LA MANO DE LA MUERTE

Tomás Jocelyn yacía en su cama, medio dormido. El rostro del financiero estaba contraído. Su expresión denotaba debilidad e inquietud.

La enfermedad que lo había reducido a semejante estado de decaimiento, había sido el resultado de su preocupación. El financiero había llegado al límite de su maldad, cuando vió a Alfredo Sartain a punto de morir. Al ver a La Sombra perdió su confianza y se creyó perdido.

Habiéndole dicho el profesor Urlich que sus planes debían quedar aplazados por una temporada, Tomás Jocelyn se había restablecido un poco después de aquella noche extraña, en que presenciara desde la oficina lo que ocurría en el piso de Sartain.

Gradualmente los temores del viejo financiero aumentaron. Las noticias de la Prensa relativas a J. Wesley Barnsworth y a Gardner Joyce le aseguraban que el profesor Urlich continuaba trabajando. El peso terrible que sentía en su espíritu era irresistible.

Viviendo solo, con Grewson como único sirviente, había sucumbido a sus preocupaciones y su cuerpo no respondía al tratamiento de su médico.

En ocasiones el viejo financiero murmuraba algunas frases incoherentes, que no oía nadie más que Grewson. El criado había sido su compañero constante durante este período de preocupaciones.

En su estado febril, Tomás Jocelyn luchaba con el deseo de confesar la parte que había tomado en una tentativa de asesinato. Tenía miedo de hablar; y también temía guardar silencio. El rostro siniestro del profesor Folcroft Urlich le perseguía diabólicamente en sus sueños. Y siempre, tras aquel rostro, surgía la figura espectral de un hombre vestido de negro: La Sombra.

Fue únicamente la indecisión lo que impidió que Tomás Jocelyn llamase a la policía. Si Barnsworth y Joyce hubiesen sido asesinados, es probable que el viejo financiero hubiese sufrido un colapso.

La detención de Slips Harbeck, fue un golpe final que abatió toda su resistencia. El estado del anciano se acercaba rápidamente a un punto crítico.

El viejo financiero abrió los párpados al oír un ruido en el umbral del aposento. Vió abrirse la puerta. Grewson, un individuo de rostro duro, entró y lanzó una mirada hacia la cama. El criado sonrió al ver que su amo estaba despierto. Anunció:

-Es hora de que tome la medicina, señor.

-¿Qué medicina? -preguntó el financiero quejosamente.

-Una nueva receta del doctor-respondió el sirviente-. Estaba usted medio dormido cuando él la recetó, señor.

El anciano financiero observó al criado cómo cogía dos botellas del rincón.

Una contenía un líquido verde; la otra una solución roja. Usando un vaso grande, Grewson mezcló el contenido.

Jocelyn parpadeó al ver que la mezcla era incolora.

Anunció el criado, aproximando el vaso:

-Aquí lo tiene, señor. El doctor ordenó que tomara la dosis entera.

Tomás Jocelyn comenzó a ingerir el líquido. Su gusto no era desagradable.

Grewson alargó un brazo vigoroso y acomodó al anciano incorporándolo sobre las almohadas.

El financiero terminó la bebida y se hundió cansadamente en la almohada.

Sus ojos brillaron de repente.

Exclamó:

-¡Parece un elixir, Grewson! ¡Qué sensación más extraña! Noto que el corazón me late más aceleradamente.

El criado permaneció al lado de la cama, sonriendo.

Por su propia voluntad, Tomás Jocelyn se incorporó. Crispó los puños y pareció dispuesto a lanzarse de la cama. De repente, su cuerpo se estremeció convulsivamente. Exhaló:

-¡Grewson! ¡Grewson! ¿Qué sucede...? -Sucedieron unos temblores. Jocelyn conservó las fuerzas recién adquiridas, pero los espasmos terribles continuaron.

El empedernido criminal se apartó lentamente de la cama. Vió a Jocelyn desplomarse sobre la almohada, jadeando larga y roncamente. El falso criado llegó a la puerta. En su rostro

se dibujaba una expresión que delataba lo que era: el instrumento de unos individuos diabólicos que habían fraguado la muerte del anciano financiero. Grewson sabía que él había hecho su parte.

Tomás Jocelyn moriría, de acuerdo con las órdenes de Larry Ricordo, su jefe.

El falso mayordomo había llegado a la puerta e iba a cerrarla detrás de él.

Dentro de unos segundos se habría marchado, sin dejar ningún rastro. Había esperado para actuar hasta el tiempo señalado; ahora su trabajo había terminado.

La puerta empezó a cerrarse; luego, de pronto, se paró.

Un ruido que sonó junto a la cama atrajo su atención. Volviéndose, vió al anciano agarrarse a una mesa que había junto a la cama.

Antes de que Grewson pudiese llegar para impedírselo, el financiero había cogido el teléfono y levantado el receptor.

Lanzándose con rapidez, Grewson trató de arrancar el aparato de las manos de Jocelyn. El financiero cayó hacia delante. Arrojó el teléfono y derribó la mesa. El vaso vacío que antes contuviera la terrible poción cayó al suelo.

Furiosamente, Grewson asió al financiero por los hombros y lo echó atrás sobre la cama. El alarmado sirviente recogió el teléfono y arrimándose el receptor al oído, escuchó. Oyó la voz de la telefonista preguntando qué sucedía. También oyó las bocanadas jadeantes de su amo.

-Oiga- La telefonista hablaba-.Voy a avisar a la policía. ¿Comprende usted?

-Oiga -gruñó Grewson-. No se alarme. No es nada.

-¿Estaba usted al aparato hace un momento? - Interrogó la telefonista.

-No... no... Fue un accidente. El teléfono cayó... eso es todo.

Los suspiros de Jocelyn se oyeron más fuertes. La telefonista debió oírlos, y manifestó sus dudas.

-Voy a llamar a la policía -anunció-, a menos que se ponga al aparato la otra persona que iba a telefonear.

Colérico, Grewson colgó el receptor. Comprendió que era lo peor que podía haber hecho. Levantó el receptor; oprimió varias veces el gancho y finalmente colgó el instrumento una vez más. Dirigió una mirada rencorosa al financiero.

Jocelyn había perdido todas las fuerzas. Sus labios movíanse débilmente, sólo sus ojos giraban en sus órbitas. Al parecer, aquellos espasmos de fuerza terrible habían terminado en una parálisis casi total.

Un gruñido rabioso salió de los labios de Grewson. El falso criado lanzó al anciano una mirada venenosa. Conocía que hasta entonces había tenido éxito, pero recordó el resto de los planes de Larry Ricordo.

El gangster le había advertido que llegaría alguien; pero que esa persona debía encontrar sólo a Tomás Jocelyn.

¿Y si la policía llegaba primero? Grewson conocía que ello perjudicaría los planes de Ricordo.

Durante un momento el malhechor titubeó; luego comprendió que no podía hacer nada para impedir esa contingencia. Confiaría en la suerte que el visitante, llegara mucho antes que la policía entrase en el piso.

Esto le hizo pensar en su propia seguridad. Había permanecido más tiempo allí de lo que se propusiera. Debía partir al instante.

Hizo una pausa para arrojar una última mirada burlona, al cuerpo jadeante del anciano. No sentía ninguna lástima por el hombre a quien había fingido servir.

Había aceptado con evidente satisfacción la orden de Ricordo de matar a Jocelyn. El financiero agonizaba y Grewson había guiado la mano de la muerte. Se burló:

-Muere ahora. Adiós, viejo. Que los diablos, te <pesquen> tosiendo. Lamento no quedarme aquí para verlo. Diles a ellos quién te mandó al otro barrio.

El criminal cruzó el aposento. Tomás Jocelyn comprendió y trató de replicar al reto del bandido, mas sus labios, aunque se movieron, no pudieron hacer nada más que toser.

Retrocediendo hasta la puerta, Grewson sonrió e hizo una reverencia burlona al anciano. El gangster tenía el propósito de que esa fuera su última acción, antes de abandonar la habitación donde la muerte se llevaba una víctima.

Mas, al inclinar la cabeza, observó algo en el suelo que le paralizó de espanto.

Extendiéndose delante de él, arrojada desde un lugar detrás de su cuerpo, aparecía una sombra siniestra y larga. La sombra espectral semejaba un ser viviente. Representaba la figura de un hombre de elevada estatura vestido con una capa flotante y un sombrero de alas anchas. Era una figura fantasmal que infundía terror.

Aturdido y espantado, el criminal volvióse lentamente hacia la puerta. Oyó entonces un sonido escalofriante, un ruido más fantástico que el jadear de Tomás Jocelyn.

Una risa sorda y sarcástica resonó en los oídos del asesino. Sus tonos burlones se esparcieron por el aposento. Grewson se apartó tembloroso de la puerta, mirando con ojos desorbitados por encima de su hombro.

Un chillido de terror surgió de sus labios temblorosos. Delante de él, vió al enemigo implacable de las hordas del crimen, al misterioso personaje de quien todos habían oído hablar, a La Sombra.

Alto y siniestro, el rey de la noche contempló con ojos fulgurantes al aterrado gangster. Gotas de sudor perlaron la frente del asesino. El gangster comprendió ahora la advertencia de Larry Ricordo, el motivo de que le dijera que se marchase en seguida.

¡La Sombra era el hombre a quien Larry Ricordo esperaba esa noche!

El jefe había sabido que el terrible vengador aparecería en aquel cuarto de la muerte. Grewson, comprendió las consecuencias de su retraso, pero demasiado tarde.

Sorprendido junto al moribundo cuya muerte él había ejecutado, el asesino aparecía claramente como el instrumento del plan fraguado contra Tomás Jocelyn. Él había guiado la mano de la muerte; ahora se había encontrado con el vengador del crimen.

Impotente ante la elevada figura vestida de negro que le amenazaba, Grewson se acurrucó junto a la pared.

¡Era un asesino que había caído en las manos de La Sombra!

CAPÍTULO XVI
LA MUERTE QUE ACECHABA

Poseído de espanto, Grewson levantó la vista y miró en los ojos fulgurantes de La Sombra.

El rey de la noche permanecía inmóvil, con los brazos cruzados. Su mirada brillante parecía penetrar en el alma del cobarde, que estaba acurrucado y tembloroso delante de él.

Al fin, los ojos inescrutables se levantaron ligeramente y miraron hacia la cama donde Tomás Jocelyn, yacía jadeando larga y pesadamente en los últimos estertores de la agonía.

El asesino, momentáneamente libre de la severa mirada de La Sombra, se enderezó lentamente, como si fuese a lanzarse sobre su enemigo.

Un brazo se movió. Una mano enguantada de negro surgió de pronto a la vista. Empuñó una pistola automática. Mirando la ancha y redonda boca del cañón de la potente arma, Grewson tembló y se agazapó en el suelo.

Lentamente, la figura espectral de La Sombra se aproximó. Instintivamente, Grewson retrocedió arrastrándose. Al fin, el gangster se agazapó al pie de la cama.

La Sombra, de pie delante de él, contempló a su aterrado prisionero. Con voz sibilante y siniestra, le dijo:

-Habla. ¿Qué parte has tomado en este crimen?

La frase fue una orden.

Grewson, acorralado, respondió con palabras entrecortadas:

-Di... di el veneno a Jocelyn. Llegó en unas botellas y yo lo mezclé en el vaso... en el vaso que el viejo rompió.

-¿Quién te dio los líquidos?

El criminal se estremeció al oír el sonido de la voz burlona de La Sombra.

Trató de abstenerse de responder, pero no pudo. No podía luchar contra el terror que le infundía el justiciero. Con voz quebrada contestó:

-Me los dio... me los dio... Larry Ricordo.

-¿Cuándo?

-Hace... un par de días. Me telefoneó... esta noche... para decirme... que lo usara.

-¿Dónde está Ricordo, ahora?

-Lo ignoro... ¡Le digo la verdad!... El no había dicho nada ...No sé por qué quería matar a Jocelyn.

La mirada de La Sombra se dirigió hacia la figura lastimosa, que yacía en la cama. No obstante, la pistola automática seguía encañonando al asesino.

Tomás Jocelyn, con el rostro intensamente pálido, miraba en dirección de La Sombra. Había reconocido a la figura vestida de negro. En medio de sus largos y convulsivos suspiros, sus labios intentaron hablar.

Era evidente que el moribundo trataba de comunicar algo que Grewson no podía saber; revelar el objetivo de los que habían atentado contra su vida.

El esfuerzo parecía fútil, pues el movimiento de los labios inertes no formularon más que unos ecos de sus suspiros.

La Sombra observaba atentamente alguna señal que pudiese descubrir los pensamientos del financiero. Lentamente, la cabeza cubierta con el sombrero negro empezó a inclinarse; luego se volvió de repente.

Los ojos de La Sombra dirigieron una mirada fulgurante hacia Grewson.

Vieron que el gangster empezaba a levantarse.

Instintivamente, el criminal se volvió a agazapar en el suelo, encañonado como estaba por la pistola, explicó en tono suplicante el motivo de su acción.

Gimió:

-¡La policía está a punto de llegar! Jocelyn intentó telefonear. La telefonista recogió la llamada.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos del bandido. Se figuró que esa información alarmaría a La Sombra o bien haría que el terrible vengador se aplacase.

La carcajada despectiva y resonante del hombre de misterio fue la respuesta que hizo aumentar el terror del asesino. El audaz visitante no tenía miedo de la policía.

No obstante, las palabras del bandido decidieron a La Sombra a actuar con mayor rapidez. De nuevo el hombre vestido de negro observó a Tomás Jocelyn. El moribundo financiero vivía únicamente merced a sus tremendas bocanadas. Con la boca enteramente abierta, el anciano inspiraba el aire y luego lo expelía con su peculiar suspiro, en una prolongada exhalación. La acción se repitió varias veces.

Los labios del financiero no podían formular palabras; pero, quizá, en aquellos largos suspiros oíanse unas sílabas en medio de la tos.

Para escuchar atentamente, era preciso aproximarse a la boca del agonizante.

Para realizar esto, La Sombra tendría que abandonar la vigilancia del criminal.

El fulgor de los ojos de La Sombra indicaba que el hombre de misterio pensaba eso. Una mirada al bandido, dijo a La Sombra que el aterrado gangster no se atrevería a reaccionar.

Mas esta pausa fue motivo de una inspiración, mientras La Sombra observaba a Tomás Jocelyn.

La respiración prolongada y mecánica del financiero se había trocado monótona.

¿Por, qué persistía semejante fenómeno?

¿Por qué razón el veneno que había producido este resultado no había acabado aún con la vida del anciano?

En la muerte lenta de Tomás Jocelyn se encerraba alguna amenaza.

La Sombra se alejó de la cama. Volvióse hacia Grewson. La pistola automática que empuñaba la mano enguantada de negro, describió un lento arco desde el gangster hacia el moribundo financiero.

La voz del rey de la noche ordenó con acento imperioso:

-Esta es tu obra.

Hizo una pausa y añadió solemnemente:

-Ahora repararás el daño. Jocelyn intenta hablar. Escucha lo que desea oír. Dímelo, palabra por palabra.

Grewson movió la cabeza con un gesto de asentimiento. Conocía que su única esperanza de salir con vida consistía en obedecer ciegamente.

La policía estaba a punto de llegar. La única probabilidad de escapar consistía en apresurar esta escena.

Sospechó que Jocelyn, conocía algunos hechos de vital importancia relativos a Larry Ricordo. Escuchando lo que el financiero pudiera declarar y repitiéndoselo a La Sombra, tal vez su aprehensor pudiera perdonarle la vida.

El misterioso personaje, a su vez, había resuelto el problema de vigilar a Grewson mientras Jocelyn intentaba hablar.

Cuando el criminal se incorporó y se reclinó sobre la cabecera de la cama, su cuerpo quedó delante del hombre vestido de negro. El gangster debía escuchar mientras La Sombra le tenía encañonado. La Sombra podía ver los ojos de Jocelyn. El financiero miraba hacia La Sombra con una expresión de súplica.

Cuando Grewson se inclinó sobre el anciano, éste inspiró una larga bocanada de aire. El rostro del gangster estaba arrimado, al del hombre a quien había servido de una manera tan traidora. Con la cabeza ladeada, el bandido escuchó.

Tomás, Jocelyn gargajeó al expeler un largo suspiro. Grewson no comprendió lo que decía; era imposible. El veneno había obrado de una manera eficiente. El fétido olor de la bocanada llenó las aletas de la nariz del gangster.

Jocelyn volvió a inspirar más aire; una vez más la garganta emitió unos sonidos, de gárgaras, acompañadas de una respiración mal oliente. El asesino se había arrimado más al moribundo. La cabeza del gangster oscilaba levemente.

El agonizante hizo otro esfuerzo. La inspiración de aire fue seguida de una larga exhalación, lo cual constituía una señal de que el financiero había intentado hablar, con todas sus fuerzas, pronunciar algunas palabras.

La cabeza del bandido se movió de un lado a otro. Sus dedos asieron débilmente la colcha de la cama.

El moribundo intentaba otro esfuerzo. Antes de lograrlo, los dedos de Grewson soltaron la colcha. El cuerpo del gangster cayó al suelo, y luego de rodar, quedó boca arriba. Sus ojos se levantaron en una mirada vidriosa.

La Sombra permanecía inmóvil como una estatua. Sus ojos sagaces observaron el fantástico resultado. Tomás Jocelyn continuaba exhalando largos suspiros. La vida perduraba aún en aquel cuerpo debilitado. Mas Grewson, el criado traidor, había sucumbido.

¡El bandido estaba muerto!

La risa de La Sombra esparció sus ecos por el aposento. No sonó burlona.

Era una risa de comprensión. El secreto de la singular respiración del financiero, no constituía un secreto para La Sombra ahora.

¡La muerte acechaba en cada exhalación que surgía de los labios del moribundo financiero! ¡El compuesto químico que Jocelyn había tomado era, de por sí, una trampa mortal para quien se acercase a la víctima!

Un líquido efervescente, producido por una mezcla extraña y secreta, había envenenado a Tomás Jocelyn, paralizando sus miembros. Le había condenado a una muerte lenta, a un espasmo largo y continuo, durante el cual respiraba con gran esfuerzo.

Cada vez que alentaba, el financiero expelía las emanaciones de unos gases venenosos.

¡El moribundo se había transformado en un asesino potencial!

Tan sólo gracias a su pasmosa intuición, solamente mediante la captura de Grewson y las órdenes que diera al gangster, había La Sombra escapado al más diabólico de los lazos tendidos por el profesor Folcroft Urlich.

¡La muerte silenciosa!

Había esperado a La Sombra esta noche; sin embargo, la muerte silenciosa había fracasado de nuevo.

Grewson, el criminal que administró la poción fatal a Tomás Jocelyn, había sido muerto por el aliento del hombre cuya muerte él había ejecutado.

El asesino yacía muerto en el suelo. Tomás Jocelyn exhalaba aún sus últimos alientos. La muerte que acechaba había cobrado una víctima inesperada.

¡La Sombra lanzó una carcajada siniestra!

CAPÍTULO XVII
LAS ÚLTIMAS PALABRAS

El horror no produjo ningún efecto en La Sombra.

La tragedia que había ocurrido a Grewson, no apartó de su objetivo al observador vestido de negro. La muerte del criminal era la prueba, de la presencia de una muerte insidiosa ideada por un monstruo.

Más aún, indicaba a La Sombra un hecho que ya sospechaba: que un cerebro muy superior al de Larry Ricordo había inspirado ese crimen. La mano del profesor Folcroft Urlich había dejado su señal anteriormente; pero jamás de una manera tan trágica como en esta ocasión.

Por mediación de Tomás Jocelyn, quizá, podría encontrarse la pista del asesino. Exhalando aún un aliento fétido y mortal, el financiero continuaba viviendo. Su prolongada agonía, era otra prueba evidente de la existencia de un genio criminal.

La poción mortífera había sido suministrada, con el objeto de producir una muerte lenta. Habían transcurrido muchos minutos desde que se administrara la dosis; más del tiempo necesario para que un investigador hubiese llegado y muerto a consecuencia de las exhalaciones de Jocelyn.

No obstante, La Sombra no estaba acobardado, al pensar en la suerte a que había escapado milagrosamente. Su prodigioso cerebro pensaba en el medio, conque podría averiguar la que Jocelyn había intentado comunicar.

Una palabra era todo cuanto la Sombra buscaba: el nombre del super criminal que había administrado una muerte silenciosa.

El agonizante no podía pronunciarlo; eso era evidente ahora. Era imposible evitar la muerte, si uno se acercaba demasiado al moribundo financiero.

La mano enguantada de La Sombra, extendida hacia la cara de Jocelyn, tocó los labios temblorosos y comprobó qué no podían formular un movimiento que pudiera comprenderse e interpretarse.

Todavía existía una posibilidad. Los ojos de Jocelyn estaban abiertos y miraban con un vívido fulgor. El agonizante oía. Escucharía cualquier sugerencia que le permitiera hacer un último esfuerzo, contra el monstruo que le había conducido a aquel horrible fin.

Lentamente, en tono sibilante, La Sombra habló al moribundo.

Jocelyn observaba a la figura de negro que tenía delante de él. Los ojos del financiero brillaron, cuando sus oídos percibieron el significado de los planes del rey del misterio.

Dijo La Sombra en tono solemne:

-Debe usted mencionar, el nombre del culpable de su muerte. Le nombraré a usted letra tras letra, con el objeto de averiguar su nombre. Indique con toda su fuerza, las letras correspondientes al nombre del criminal.

Alentado espasmódicamente, Jocelyn observaba y escuchaba.

La voz de La Sombra pronunció lentamente las letras del alfabeto. Unas tras otras fueron dichas hasta llegar a la «U».

En ese punto, ocurrió un cambio en la expresión de Jocelyn. Con todas sus fuerzas, el moribundo hizo cuanto pudo para indicar a La Sombra, que había llegado a la letra importante. El brillo y el movimiento casi imperceptible de los ojos del financiero, hicieron que La Sombra se interrumpiese.

Sin titubear, el hombre vestido de negro empezó a repetir de nuevo el alfabeto. Jocelyn, rígido como un cadáver, escuchaba y observaba con ojos brillantes. Su esfuerzo, el movimiento casi imperceptible, lo hizo al llegar a la letra «R».

La tercera enunciación del alfabeto de La Sombra, terminó con la letra « L».

De nuevo, el hombre de misterio observó el supremo esfuerzo del moribundo para ayudarle a formar el nombre.

-<A> - el cuchicheo de La Sombra fue emitido lentamente - «B»... «C»...

Sonó un ruido en la puerta del piso. Alguien llamaba.

La Sombra no se movió. Su voz continuó monótonamente.

Golpeaban furiosamente la puerta, llamando.

El rey de la noche clavó la mirada en los ojos de Jocelyn. Su voz recitó la letra <I>. Jocelyn asintió.

-<A>...<B>...<C>...

El misterioso personaje se detuvo en la tercera letra. Había observado otra señal de asentimiento.

Oíase un estruendo fuera del piso. Derribaban la puerta.

Sin preocuparse del súbito ataque, La Sombra empezó una nueva serie de letras.

-<H>...

Cuando el hombre de misterio nombró esa Letra, los ojos de Jocelyn fulguraron en el frenesí de la muerte. El hombre vestido de negro permaneció inmóvil con los brazos cruzados, indiferente al hecho de que ya se oían voces a través de la puerta del piso que estaba medio rota.

-Urlich - anunció La Sombra.

Jocelyn cesó de inspirar aire. El financiero emitió una tremenda bocanada.

Sus ojos se quedaron mirando fijos. Estaba a punto de morir; mas la mención de su asesino le dio fuerzas.

Repitió el terror del hampa:

-Urlich. Conozco su nombre. ¡Lo encontraré pronto!

La puerta del piso se derribó con terrible estruendo. Sonaron fuertes gritos cuando unos hombres penetraran violentamente en el departamento. La voz imperiosa del detective José Cardona resonó por encima de todas.

-¡Alto, muchachos! ¡Cuidado! ¡Puede haber alguien en la habitación interior!

Los ojos de La Sombra, seguían aún clavados en el cuerpo de Tomás Jocelyn. El financiero ya no se movía. Su cuerpo estaba rígido, cual si hubiese quedado petrificado por el esfuerzo final de odio.

Por sus labios surgía un sonido sibilante. El rostro, muerto ahora, tenía un aspecto horripilante.

La prolongada tensión que había sufrido Tomás Jocelyn, había puesto término súbitamente a su vida. Ya no exhalaba aquellas emanaciones, que amenazaban a todos los que se acercaban. La potencia del veneno se había agotado.

La capa de La Sombra crujió y sus pliegues pusieron al descubierto un forro carmesí. Con paso rápido, volvíase hacia una puerta situada en el fondo del aposento. Llegó allí mientras los detectives se aproximaban por la puerta exterior.

La puerta cerróse tras el hombre de la noche. Atravesando la oscuridad de una habitación pequeña, llegó a una ventana que daba a un patio. Breves instantes después, una figura fantasmal descendía lentamente por la pared del edificio.

Entretanto, una patrulla se precipitó de repente en la habitación iluminada, donde yacían dos cadáveres.

El detective Cardona, con el rostro ceñudo y sus ojos moviéndose rápidamente, contempló los cuerpos exánimes de Tomás Jocelyn y Grewson.

Vió que estaban muertos.

Ordenó con rapidez.

-Tratad de abrir aquella puerta.

Dos detectives siguieron la dirección que La Sombra había tomado.

Regresaron informando que el cuarto estaba desierto. Cardona ordenó entonces que practicasen un examen minucioso del piso.

Mientras sus subordinados estaban ocupados, Cardona examinó los cadáveres más detenidamente. Una muerte rápida y silenciosa había actuado allí esa noche.

Mientras el inspector esperaba la llegada del médico forense, apareció de repente otro detective en la puerta del aposento. Era el sargento Mayhew.

Cardona vió que su subordinado le traía alguna noticia importante.

El sargento anunció:

-¡Han matado a Gawky Tyson! ¡Una banda lo acribilló en el establecimiento de Red Mike!

Interrogó Cardona:

-¿Sí? ¿Por qué?

-Alguien corrió la voz de que era un confidente. Los asesinos se marcharon. No hay muchas probabilidades de capturarlos. Pero escuche, Cardona, he averiguado alguna cosa de importancia. Larry Ricordo ha estado allí esta noche.

-¿En la taberna de Red Mike?

-Sí. Red Mike lo confesó. Ha declarado que Ricordo telefoneó y...

-Eso es una prueba de que acerté-interrumpió el inspector-. Eso demuestra que no me equivoqué, Mayhew. Cuando se recibió en jefatura, el aviso de que sucedía alguna cosa anormal en este piso, vine personalmente. Me figuré que acaso Larry Ricordo podría estar mezclado en esto.

»Probablemente Gawky se enteró de lo que se tramaba e iba a informarnos, como hizo la otra noche, cuando vigilaba a Slips Harbeck. Larry Ricordo está complicado en este caso. Es un asesinato esta vez. ¡Un doble crimen!

Cardona recogió el teléfono y llamó al inspector Klein. El detective tenía interés en utilizar todos los medios, que ayudasen a la ley a capturar a Larry Ricordo. Mediante las patrullas de radio, se daría la orden de detener a todos los sospechosos que pudiesen ser el gangster que buscaban.

La llegada del médico forense dio motivo para nuevas reflexiones. El aspecto de los cadáveres causaba perplejidad al doctor. Señaló hacia los muertos al dar al detective una explicación provisional.

-Éste-indicó a Grewson-, parece haber sucumbido más rápidamente a los efectos de algunas emanaciones tóxicas. El otro-señaló el cadáver de Tomás Jocelyn-, ingirió un veneno en estado líquido. Su muerte debe haber sido muy lenta. Debía estar vivo cuando usted entró en esta habitación.

Cardona contempló el lastimoso cadáver del financiero. Observó los labios sellados, delgados y contraídos por la muerte.

¿Qué podían haber dicho aquellos labios? ¿Qué hubiera dicho Jocelyn? Era un misterio indescifrable.

Cardona lamentó no haber llegado a tiempo de interrogar al moribundo. ¡El famoso detective ignoraba, que de haber estado allí a tiempo para practicar un interrogatorio, habría muerto de los efectos de los gases tóxicos!

Los ojos vidriosos del difunto miraban hacia el techo. Su mirada vaga era elocuente. Presentaban unos vestigios de furia, que aumentaron los deseos de Cardona de haber podido escuchar las últimas palabras de Jocelyn. Ello era imposible ahora. Nadie las había oído, pensó el detective.

Cardona acertaba en su suposición; mas al contemplar de nuevo los labios del muerto, olvidó sus ojos. No sospechó que cuando los labios fueron impotentes para expresarse, los ojos lo consiguieron plenamente. El detective se habría asombrado, si hubiese sabido que los ojos de Jocelyn ayudaron a transmitir un mensaje final.

¡Larry Ricordo! El famoso gangster era el hombre que el detective deseaba localizar. Cardona no pensaba que pudiera haber alguien más detrás del bandido. No había llegado aún al período de tener que buscar, al hombre de cerebro prodigioso a quien servía el pistolero.

La Sombra era el único que había pensado en semejante cosa. El misterioso personaje era quien había sospechado que, detrás del gangster actuaba un genio del crimen; y que el bandido era incapaz de planear semejante clase de crímenes científicos.

El misterioso personaje, sin hacer gran caso de las palabras agonizantes de Jocelyn, pronunciadas incoherentemente entre jadeos y exhalaciones de vapores tóxicos, había logrado averiguar el nombre que le interesaba.

El fantasma de la noche había desaparecido, sin dejar vestigios de su misterioso paso por el aposento. Había presenciado la muerte de Grewson y de Jocelyn. Había logrado averiguar que el profesor Folcroft Urlich, era el criminal, por el solo nombre que pudo confirmar Jocelyn.

El rey de la oscuridad se había marchado para enfrentarse con el hombre de ciencia, que sembraba la muerte de una manera silenciosa.

¡La Sombra estaba informado!

¡El terror del hampa actuaría!

CAPÍTULO XVIII

EN EL LABORATORIO

Dos hombres yacían a un lado del laboratorio del profesor Urlich.

Arrimados a la pared, con las manos atadas detrás de sus espaldas, Cliff Marsland y Clyde Burke miraban cansadamente al hombre de ciencia y al gangster que se hallaba a su lado.

Los agentes de La Sombra habían recibido algunos golpes, en su encuentro con los sicarios de Larry Ricordo. Clyde Burke, en particular, mostraba señales de verdadera postración; Cliff fue dominado en un ataque rápido; Clyde cayó abatido por un porrazo brutal en la cabeza.

El estado de Clyde dio una inspiración a Cliff Marsland. Conociendo que su compañero se encontraba en un estado de inercia, Cliff fingió hallarse igual.

De este modo evitaron contestar las preguntas que Larry Ricardo les formulaba; preguntas relativas a las actividades del misterioso personaje, conocido por el nombre de La Sombra.

La presencia de Clyde Burke en el lugar donde Cliff Marsland fuera atacado y capturado no era una mera coincidencia. La Sombra había previsto la posibilidad de que alguien siguiese a Cliff, cuando saliera de la taberna de Red Mike.

Por mediación de Rutledge Mann, el agente de enlace de La Sombra, Cliff recibió instrucciones de permanecer en las cercanías del establecimiento donde solía telefonear.

Como periodista especializado en las noticias relacionadas con robos, crímenes y otros delitos similares, Clyde Burke realizaba frecuentes excursiones a los bajos fondos de Nueva York.

La misión que se le asignó era sencilla. El fracaso que sufrió obedecía a su falta de vigilancia y a la sorprendente demostración de astucia realizada por los pistoleros de Ricordo.

Ya no era el momento de lamentarse. El actual objetivo- Cliff era quien lo veía claramente-consistía en evitar toda pregunta comprometedora. De este modo, las fieras amenazas e imprecaciones de Larry Ricordo, dirigidas principalmente a Cliff, no produjeron más resultado que la indiferencia y la evasiva.

Interrogó Ricordo:

-De modo que tú eres el confidente de La Sombra, ¿eh? ¿Y qué sabes tú de este pájaro, tu compañero, el del carnet de periodista? ¿Qué estaba haciendo él cuando te echamos el guante?

Cliff Marsland abrió los ojos y encogióse de hombros. Lo mejor era no responder a las preguntas de Ricordo.

El gangster escupió una serie de maldiciones y volviese hacia el profesor Folcroft Urlich.

Gruñó:

-¡Vea usted si puede hacer <cantar> a este pájaro! Usted quiso que se lo trajese aquí. Quizá pueda arrancarle algo interesante.

Repuso el profesor, con una sonrisa siniestra:

-No hay necesidad de apresurarse. En realidad, Larry, el interrogatorio es apenas necesario.

-¿Por qué no?

-Podemos suponer dos cosas-observó Urlich, en tono frío, que llegó a los oídos de Cliff Marsland-. Una: que éstos hombres, no puedan facilitarnos ninguna información de importancia. Otra: que si uno de ellos conoce algo, lo declarará voluntariamente, si se les somete a un tratamiento adecuado.

»Si no saben alguna cosa, no nos sirven de nada. Por tanto, será mejor suprimirlos. Si saben algo lo dirán para salvar la vida, cuando vean la suerte que les espera.

La sonrisa del profesor Urlich se amplió. Las manifestaciones del hombre de ciencia preocuparon a Cliff Marsland. El agente de La Sombra comprendió que él y su compañero estaban clasificados como ejemplares biológicos adecuados para algún experimento. Presintió que le amenazaba un peligro terrible.

El profesor añadió:

-Además, tengo la seguridad de que el plan que yo he trazado esta noche no ha fracasado. En este momento, Tomás Jocelyn está probablemente muerto; y La Sombra con él.

»En realidad, estoy tan seguro del éxito, que no veo motivo para no suprimir inmediatamente a este par de entrometidos. No obstante, gozo ejecutando una muerte experimental. Llegará quizá el tiempo, en que decidiré hacer hablar a los agonizantes. Si logro tales resultados con estas víctimas, añadiré otra página a mi libro de investigaciones científicas.

-Eso es cuestión suya, profesor-sonrió Larry-. Es usted la persona que puede hacerlo.

Observó Urlich, mirando hacia Cliff Marsland:

-La vida humana no representa nada para mí. He instalado este laboratorio con el propósito de realizar experimentos con seres humanos.

Tras una pausa prosiguió:

-Cuando alguna persona se interpone en mi camino, cuando el elemento hombre entraña algún peligro para mis planes, el eliminarlo es la única solución.

Urlich se había vuelta y hablaba a Ricordo:

-Usted se percató de esto cuando sacrifiqué a nuestro ex compañero. En mi primer experimento de importancia, La Sombra intervino. Después de esto, atraje dos veces a La Sombra a una pista falsa. Esta noche he pensado que el procedimiento primitivo era el mejor.

»El entrometido se inclinó por encima de Alfredo Sartain, aquella noche en el piso de éste. Tengo la seguridad de que debe haberse inclinado sobre Tomás Jocelyn esta noche. Usted conoce la respuesta, Larry. Yo he suprimido a Jocelyn, porque se volvía peligroso. Respiraba y exhalaba un elemento de muerte. En consecuencia, he dispuesto que una víctima se lleve a otra.

-Un plan estupendo, profesor-comentó Ricordo-. No sé cómo puede haberse escapado La Sombra. Grewson tenía un cometido fácil. Quizá todo marcha viento en popa. Más ¿cómo va usted a deshacerse de este par de sujetos que tenemos aquí?

-Muy sencillamente - repuso el hombre de ciencia-. Aquí, en el laboratorio. No quedará ni rastro de ellos, Ricordo. Ni pizca.

-Otra cosa-dijo el gangster-. ¿Qué se propone hacer con los grandes planes, ahora que Jocelyn está <liquidado>?

-Todavía seguiré operando con la muerte silenciosa-replicó Urlich, fríamente-. Será fácil encontrar la ayuda de otro financiero. Déjelo por mi cuenta, Ricordo.

-Una vez «despachado» La Sombra-dijo Larry-, podemos volver a comenzar donde las operaciones quedaron interrumpidas. Sin embargo, hay una cosa, profesor y es que debo mantenerme oculto una temporada.

-¿Por qué?

-La «poli» no ha soltado aún a Slips. Puede «cantar». Esto es grave. Pero yo empeoré la situación al ir a la taberna de Red Mike esta noche. No me imaginaba que habría tanta gente allí. Ahora todo el mundo sabe que Larry Ricordo ha regresado a Nueva York.

-¡Ah!-. El profesor meditó largo rato-. Es verdaderamente una desgracia, Ricordo. Me privará temporalmente de sus servicios. Quizá signifique un largo período de inactividad.

-Es probable, profesor. Pero puedo quedarme aquí...

-No es prudente, dado que se trata de unos cuantos meses. Sería preferible, Ricordo, que se trasladase a otra localidad.

-Cuanto antes mejor, profesor. La «poli» quizá me busque ya.. Si me marcho deprisa, seguirán buscándome y no me encontrarán.

-¿Adónde iría usted?

-Al Oeste. A Chicago. Quizá a Milwaukee.

-Suba a mi oficina -sugirió Urlich-. Encontrará un itinerario de trenes. Aun no es medianoche. Averigüe si sale un tren esta noche.

Larry Ricordo se dirigió hacia la escalera de caracol.

El profesor Urlich quedó sumido en profundas reflexiones.

Cliff Marsland, observándole, vio aparecer en el rostro de Urlich una expresión siniestra. Cliff se preguntaba qué pensamientos bullirían, en aquel cerebro criminal dedicado a elaborar planes asesinos.

El gangster regresó. Anunció que salía un tren expreso a la una de la madrugada.

El profesor Urlich movió la cabeza asintiendo.

Dijo:

-Tome ese tren. Pero tenga cuidado. Coja el metro para ir a la estación. Sería mejor que entrase por el lado de la Avenida Lexington.

Sonrió su compinche:

-No se preocupe por mí. Por ahí precisamente pienso entrar. Y puede estar seguro de que no me atrapará ningún detective, aunque tengan instrucciones de detenerme.

Respondió el profesor:

-Siempre hemos de tener en cuenta el elemento suerte. Sería una desgracia, Ricordo, que cayese usted en manos de la policía.

-Escuche, profesor-dijo el gangster con voz dura-. Llevo esta pistola. ¿La ve? -Sacó un revólver al hablar-. Mientras yo me encuentre en el metro, mientras yo esté entrando en la estación, mientras me encuentre en el tren, durante todo ese tiempo tendré la mano puesta sobre esta arma. Si algún detective intenta detenerme lo «despacharé» en el acto.

-Y luego...

-Sé escabullirme con verdadera rapidez. Me abriría paso a tiros. Aunque me agujereasen la piel, seguiría disparando. ¡Jamás atraparán vivo a Larry Ricordo! Esto es seguro.

En el gruñido del famoso gangster se observaba, una decisión firme.

El profesar sonrió satisfecho.

Dijo:

-Magnífico, Ricordo. Estoy seguro ahora de que su partida, es lo mejor por el momento. Venga. Le acompañaré hasta abajo. Tiene usted el tiempo preciso para llegar a la estación.

Dejando a Cliff Marsland y a Clyde Burke aun atados y amordazados, el profesor salió con Ricordo en dirección de la planta baja. Los dos hombres dieron la vuelta al pasillo exterior.

Larry no sentía miedo de la máquina de la muerte esta noche. Esta zona de peligro no significaba nada, cuando el profesor la pisaba con él.

Después de la partida del gangster, Urlich regresó al laboratorio. Su primera acción fue mirar hacia la hilera de luces, colocada encima de la escalera de caracol.

Aquellas luces indicaban tres zonas abajo; roja, para el pórtico exterior; verde, para el pasillo interior; blanca, para el balcón en torno del pozo donde estaba instalada la siniestra máquina de la muerte.

Las luces correspondían a una hilera similar, que había sobre la misma máquina. Conectadas mediante alambres de baja potencia servían de señales.

El profesor podía conocer cuando se aproximaba un intruso, a tiempo de hacer funcionar el potente aparato eléctrico instalado debajo.

Las luces estaban apagadas ahora; la ausencia de la luz roja indicaba que Larry Ricordo había salido del pórtico donde Urlich le dejara.

El hombre de ciencia sonrió. Llamó en voz baja. Sus dos ayudantes de rostro solemne, Sanjo y Rasch, aparecieron al instante.

El profesor habló a los dos hombres. Los ayudantes asintieron en silencio y se dispusieron a ejecutar el trabajo que se le había ordenado.

Cliff los observó. Vió que uno de ellos, no apartaba la vista de las luces mientras que el otro vigilaba a él y a Clyde.

El profesor Urlich cruzó el laboratorio. La sala estaba alumbrada en parte, apareciendo envuelta en la oscuridad hacia la parte posterior del edificio. No obstante, no continuó andando hacía la escalera que conducía a la planta baja.

En lugar de ello ascendió la de caracol en dirección al tercer piso.

El hombre de ciencia entró en un despacho unos momentos después. Al sentarse delante de su escritorio, quedó sumido en profundas reflexiones. Sus labios siniestros comenzaron a murmurar palabras apenas perceptibles.

Musitaba, en tono despectivo:

-¡La Sombra! ¡Bah! Ha terminado esta noche-el profesor encogióse de hombros-, a menos que... Más ¿qué importa? No le temo. Que venga... es uno solo. Pero la policía... son muchos...

Hubo una pausa. Luego Urlich murmuró dos nombres, repitiendo el segundo varias veces:

-Jocelyn... Ricordo... Ricordo... Ricordo.

El siniestro hombre de ciencia sonrió ferozmente.

Su maligno cerebro volvía al pasado; a sus manifestaciones relativas a la inutilidad de los que se interponían en su camino.

Consideraba al pistolero como había considerado a Tomás Jocelyn.

Eran hombres de distinto calibre; sin embargo, eran piezas en los planes del profesor Urlich. Los había elegido mediante un proceso de selección. Había estudiado el modo de sustituirlos, caso de que fuera necesario.

Ahora pensaba, en sus propias fuerzas y en la seguridad de que gozaba en aquel edificio aislado. El mundo conocía muy poco del trabajo que él realizaba... Y en caso de que lo supiera ¿qué importaba?

Él era un hombre de ciencia; su laboratorio estaba lleno de trabajos iniciales de muchos inventos útiles y experimentos beneficiosos, los cuales eran pantallas que seguramente disminuirían todos los aparatos destinados a sembrar la muerte.

Tomás Jocelyn se había convertido en una amenaza, pues sabía demasiado.

Había terminado su utilidad. Fue eliminado, sirviendo como cebo para atraer a La Sombra a una muerte silenciosa.

Quedaba Larry Ricordo. Este también, era un peligro. Había terminado su utilidad y conocía mucho más que el otro cómplice.

Había traído a Larry a la casa porque la necesidad le obligó a ello. Había mandado lejos al gangster porque no había otra alternativa.

Más el cerebro astuto del profesor-cuando Cliff Marsland observó la expresión siniestra del hombre de ciencia -había examinado otra posibilidad.

Las preguntas que formulara a Larry Ricordo habían sido premeditadas. Las respuestas del famoso gangster favorecieron la nueva decisión de Urlich. El hombre de ciencia descolgó el receptor del teléfono.

Unos cuantos minutos más tarde, sonó una voz a través del receptor. El profesor sonrió. Respondió en tono bajo y tranquilo.

-Oiga-dijo-. ¿Es Jefatura? ¿El departamento de investigación criminal?... Muy bien... Deseo hablar con el detective Cardona. Es urgente.

CAPÍTULO XIX
ZONAS DE MUERTE

Una oscuridad profunda envolvía el edificio circular del profesor Urlich, con sus instrumentos de muerte. Tan sólo un leve resplandor entraba por las claraboyas, por encima del techo exterior circular del laboratorio del segundo piso.

Nadie podía ver el interior de aquella extraña habitación, adonde el hombre de ciencia había vuelto ahora. Aun desde arriba, los cristales esmerilados de las ventanas impedían ver el interior, aunque alguien hubiese espiado.

Aquellas claraboyas formaban unas barreras firmes.

El tercer piso estaba a oscuras; y aparecía borroso. Había varias ventanas allí: una de ellas en la oficina de Urlich, por donde Larry Ricordo había contemplado algunas veces la tétrica mansión que ocultaba el edificio circular del mundo exterior.

Una lucecita brillaba en medio de las tinieblas. Sus rayos desaparecieron.

Algo crujió cuando una figura invisible cruzó el espacio entre la mansión y el edificio circular.

El rayo diminuto y redondo reapareció cerca del pórtico exterior del extraño edificio. Su destello pasó a través de la oscuridad. Una figura fantasmal rondaba en torno de los dominios del profesor Urlich.

Después de una inspección total y sigilosa, la luz se detuvo cerca de la fachada del edificio. Sus rayos se proyectaron sobre la doble puerta que cerraba la entrada. La luz recorrió la base del pórtico y brilló sobre unas planchas metálicas.

Unos destellos, escudriñadores sondearon el espacio bajo el techo que se extendía y se proyectaron unas bandas metálicas, colocadas bajo el saliente protector.

Una risa baja y sorda surgió de unos labios invisibles. Un fantástico cuchicheo pareció flotar delante del pórtico, el claustro de postes de hierro por donde la figura espectral no había entrado.

La luz se extinguió. La Sombra, completamente envuelto en la oscuridad, adivinó que alguna trampa diabólica esperaba allí, a cualquiera que entrase por aquel refugio acogedor.

¿En qué consistía el peligro?

Eso era lo que deseaba averiguar el rey de la noche.

Guiado por su clara intuición y advertido por lo que conocía del ingenio del hombre que tendiera aquellas trampas diabólicas, el fantasma de la noche esquivó cautelosamente el pórtico acogedor donde podía esperarle un lazo.

Otra persona habría sin duda avanzado hasta la pared del pórtico; Y seguramente habría examinado la doble puerta de entrada al edificio. La Sombra no lo hizo.

El fantástico visitante se retiró unos pasos del edificio. Luego examinó la saliente del techo del pórtico.

Aquella proyección distaba unos cuatro metros del suelo; quizá algo menos.

El ojo sagaz de La Sombra eligió un punto situado entre dos postes.

Luego avanzó con rapidez y dio un salto formidable. Sus manos asieron la saliente. La capa negra crujió cuando la figura espectral osciló como una péndola.

Si no hubiese logrado asir la saliente, La Sombra habría caído sobre el suelo metálico del pórtico.

La figura del rey de la noche ascendió y gradualmente llegó al techo que había encima del pórtico.

Una pared baja y circular extendíase delante, un círculo ascendente que indicaba la parte superior del primer piso.

La figura fantasmal elevóse por encima de aquella pared y continuó ascendiendo, hacia la pared exterior del piso del laboratorio.

La elevada figura de negro venció este obstáculo. Los dedos enguantados de negro asieron la parte superior. Unos momentos más tarde el hombre de la noche, quedó silueteado por el resplandor que salía por las claraboyas. El rey de la oscuridad quedó suspendido en el borde del segundo techo.

Para llegar al tercer piso, cuyas paredes se destacaban con las ventanas a oscuras, La Sombra debía cruzar el amplio espacio de las claraboyas. Había, gruesos puntales entre ellas; sin embargo, no eran lo bastante anchas para permitir el paso de un cuerpo sin que una sombra lo delatara.

Esto preocupaba poco a un hombre tan extraordinario como La Sombra. No obstante, el visitante vestido de negro hizo una pausa para resolver esta dificultad.

Apenas se oyó una risa baja y suave. El misterioso personaje había encontrado una solución. Con agilidad felina balanceóse sobre el borde mismo del techo circular. Luego empezó a explorar en torno del edificio.

Su objetivo era un espacio que había entre aquella serie de claraboyas. Un cristal era todo lo que necesitaba. Fue en la parte interior del edificio donde encontró el lugar que necesitaba. Allí apareció un lugar que tenía una plancha metálica en lugar de una claraboya.

El audaz visitante hizo una pausa. No actuaba con precipitación. Llegó allí inmediatamente después de ocurrir la tragedia en casa de Tomás Jocelyn.

Tardó muy poco tiempo en averiguar que un profesor residía en esta parte de Long Island. El nombre raro le permitió localizarlo pronto.

En una llamada breve a Burbank, La Sombra no se había enterado de la desaparición de Cliff Marsland. En su informe, Cliff aseguró que no había novedad.

El agente de enlace les relevó de servicio. En consecuencia, La Sombra tenía que enterarse aún de que dos ayudantes suyos, se encontraban prisioneros dentro de aquellos muros.

El fingido periodista en lugar de observar e informar a Burbank sobre la captura de Cliff Marsland, también cometió un error. Su ataque impulsivo y precipitado fue una equivocación.

Pronto, el agente de enlace conocería que Clyde Burke había tenido algún contratiempo, porque no comunicaba ningún informe. Más ¿cuándo podría Burbank volver a ponerse en comunicación con su misterioso jefe?

No parecía revestir importancia en este momento, pues La Sombra se encontraba en la guarida del monstruo que había capturado a sus agentes.

Delante había un camino que conducía a aquellas ventanas del tercer piso; desde allí, debía descender por la escalera de caracol al laboratorio.

¡La Sombra, que significaba la salvación de los prisioneros, estaba cerca!

En ese momento un descubrimiento casual cambió por completo el plan del audaz hombre.

El armazón forrado de metal que rompía la hilera de claraboyas, tembló levemente bajo la presión del toque de La Sombra. La figura vestida de negro retrocedió poco a poco. Unas manos de hierro tocaron la barrera y la encontraron desajustada.

Una plancha con cierres sin ajustar. La Sombra se aprovechó de esto.

Ofrecía una manera nueva e inesperada de acceso al segundo piso del edificio circular. Manipulando la porción forrada del techo como si fuese una puerta trampa, la levantó lentamente.

Una fuerza poderosa, aplicada con gran habilidad, hizo ceder a la barra poco a poco.

Conseguida una abertura que serviría de acceso, La Sombra se tendió a lo largo del borde del techo y escudriñó el espacio de abajo.

Los diminutos rayos de la lámpara eléctrica hendieron la oscuridad. El rey de la noche escudriñaba la escalera de caracol que había dentro del cilindro hueco, la ruta que conducía del laboratorio al piso inferior.

La barrera levantose un poco más. El cuerpo felino se deslizó a través del espacio y cayó silenciosamente sobre la escalera de caracol. La lámpara de bolsillo enfocó sus rayos sobre la puerta que daba al laboratorio, la puerta adyacente a la escalera.

Antes de penetrar en aquella habitación, La Sombra tenía otro objetivo.

Quería explorar la escalera con el objeto de averiguar su finalidad.

Enfocando la luz de su linterna sorda sobre cada escalón, continuo descendiendo. Detuvose al descubrir la puerta corrediza del piso inferior. Tras un breve examen, la abrió.

Escudriñó el oscuro pasillo circular que se extendía en torno del primer piso.

Cerró la puerta al observar el suelo metálico del corredor.

Los peldaños continuaban hacía abajo. La Sombra llegó al fondo. Encontró la puerta final y la abrió. Sus ojos sagaces observaron el pozo borroso.

Contemplaron la gigantesca y reluciente máquina que aparecían en el centro de la enorme sala. Miró hacía la especie de balcón que rodeaba al pozo.

Una risa hueca, de tono escalofriante, resonó a través del silencio de aquella habitación desierta. Las ondas del aire recogieron los ecos que se esparcieron en un grito demoníaco, desde la pared donde se extendía el balcón en forma circular.

La mirada de La Sombra dirigióse hacia el suelo metálico. Sospechó que allí se ocultaba el mismo peligro que presintiera anteriormente. Luego los ojos del misterioso personaje percibieron la hilera de bombillas, sin encender que había encima de la máquina gigantesca. Aquellas bombillas rojas, verdes y blancas tenían distinto significado.

El pórtico, el pasillo interior y finalmente el balcón. ¿Reconocía La Sombra que aquellos círculos constituían las zonas de peligro? La acción del rey de la noche fue la única respuesta.

La elevada figura apartose con paso firme del cilindro que contenía la escalera de caracol. Cruzó el pozo y se estuvo junto a la tremenda máquina que el profesor Urlich, había inventado para aniquilar vidas humanas.

De nuevo la risa escalofriante del fantasma de la noche esparció sus ecos por el pozo. Ninguna de aquellas bombillas estaban encendidas. La Sombra comprendió que había pasado las zonas de peligro mortal.

Detúvose un rato junto a la gigantesca máquina, escudriñando minuciosa y calmosamente las ruedas y las palancas, donde veíase el alambre de la corriente.

Dentro de las zonas de peligro, La Sombra volvió a reír. Su risa sarcástica era un presagio. Sin embargo no hizo el menor movimiento para regresar en dirección del cilindro hueco. Parecía considerar que este lugar era el que buscara, el final del rastro.

En el piso superior, el profesor Urlich tenía aún prisioneros a los agentes de La Sombra. Mientras el rey de la oscuridad se encontraba abajo, el inventor de la muerte silenciosa estudiaba el procedimiento para matar a los ayudantes del primero.

¿Hacía que lado se inclinaba el fiel de la balanza? ¿Triunfaría el profesor Urlich o La Sombra? ¿Iban a encontrarse frente a frente antes de que las víctimas muriesen?

La balanza del destino temblaba, mientras los superhombres se aprestaban a la lucha.

CAPÍTULO XX
CARDONA ENTRA

Mientras ocurrían estos extraños sucesos en Long Island, Larry Ricordo dirigíase precipitadamente hacia Manhattan.

El famoso gangster, huyendo de Nueva York a petición del que fue su jefe, se aproximaba a su destino. Ascendía los peldaños de la estación del metro de la calle Cuarenta y Dos.

Como cosa natural, el pistolero torció en la Avenida Lexington, para entrar en la Estación Central del lado este. Eran las doce y media. Quedaba suficiente tiempo para tomar el expreso de Chicago.

A Larry Ricordo no le gustaban las prisas, excepto cuando era absolutamente necesario. Al avanzar calmosamente a través del gentío que deambulaba por la famosa avenida, sus labios se retorcieron despectivamente.

Aunque la policía hubiese recibido órdenes de detenerle, no tenía muchas probabilidades de realizarlo.

No obstante, el bandido acariciaba el revólver que llevaba en el bolsillo. Al primero que le diese el alto, lo acribillaría a balazos. Esta era la determinación del gangster cuando penetraba por el ancho pasillo de la estación.

Sus ojos vigilaban alerta. Aun en aquella entrada llena de gente, no confiaba, por entero en su aspecto poco llamativo. Ricordo solía vanagloriarse de su cautela. Todavía recordaba sus palabras jactanciosas dichas al profesor Urlich.

La multitud esparcíase al salir del pasillo y penetrar en la monumental estación. Larry Ricordo, al dirigirse hacia una taquilla, ya no era un hombre del gentío. Hallábase en la nave de entrada, donde podían atisbarse fácilmente unos ojos vigilantes.

Un hombre se separó de la pared y echó a andar rápidamente tras el gangster. Larry Ricordo no se percató de que el hombre se aproximaba, hasta que el desconocido estuvo a su lado.

Fue entonces cuando volvióse y reconoció un rostro que le parecía familiar.

El desconocido lanzóse de repente sobre él. Aquella acción significaba algo más que un simple reconocimiento. El pistolero conocía que su asaltante era un detective. Desasiéndose, sacó de una bolsillo su pistolón.

Otro hombre había surgido detrás del gangster. Este segundo detective, alargó la mano para asir el brazo de Ricordo. Éste disparó una vez. Su disparo salió desviado hacia arriba cuando una mano le asió la muñeca.

Los detectives sacaban sus armas. Dos agentes más acudían en ayuda de sus compañeros.

Se oyeron gritos de hombres y chillidos de mujeres cuando la gente huyó en todas direcciones buscado refugio.

El revólver de Ricordo rugió de nuevo.

Un detective cayó al suelo, con el hombro atravesado por una bala. Los otros luchaban ferozmente. Intentaban capturar vivo al gangster y evitar un tiroteo en aquel lugar donde centenares de personas corrían el peligro de las balas perdidas.

Pero el famoso bandido luchaba como una fiera, resistiendo a los agentes.

Derribó a un detective tras otro. Uno de los agentes caídos disparó hacia arriba y erró el tiro. Ricordo, gruñendo ferozmente, abatió un cuarto policía, que todavía luchaba con él.

Luego el gangster saltó para hacer frente, a un quinto asaltante que le cerraba el paso. Apuntó su pistolón para disparar un tiro a boca de jarro. Esta vez el siniestro bandido fracasó.

El último adversario no titubeó. Empuñaba un revólver y antes de que Larry pudiese apretar el gatillo, disparó a quemarropa en el cuerpo del criminal.

El bandido se tambaleó y siguió avanzando. Un segundo balazo tirado fríamente a quemarropa le derribó al suelo.

Tendido en el suelo y agarrándose al costado herido, vió el rostro de José Cardona que le contemplaba. El famoso detective había intervenido cuando sus subordinados habían fracasado. Fue él quien finalmente abatió a Larry Ricordo.

El gangster intentó empuñar el revólver caído a su lado. Tal como se jactara, tenía el propósito de morir peleando. Sus dedos debilitados buscaron el gatillo. Un momento después, Cardona, dándole un puntapié en la mano, le hizo saltar el arma.

Los detectives corrieron para ayudar a su superior. Otras personas acudieron a auxiliar a los heridos que Ricordo había derribado. En medio de toda la excitación, Cardona no desistió de un propósito que embargaba su espíritu durante la última media hora.

Había un motivo por el cual deseaba capturar vivo a Larry Ricordo.

Mirando con fijeza en el rostro del gangster, dijo:

-¡Ricordo! ¡Ricordo! ¿Quién es el individuo que está detrás de todo esto?

El gangster tosió. Un hilillo de sangre asomó por sus labios. Tosiendo y jadeando, escupió unas palabras de reto al detective.

-¡A... averígüelo!-desafió en un gruñido entrecortado-. Intenta hacerme... “cantar”! ¡Me ha... matado... pero eso... es todo!

El inspector hizo retroceder a la gente que iba agolpándose alrededor. Sabía que Ricordo estaba agonizando. El gangster tendría que hablar en sus últimos minutos de vida. El detective instintivamente jugó su última carta.

Preguntó:

-¿Sabes porqué te hemos matado? ¡Te diré por qué! Nos avisaron por teléfono que tenías la intención de tomar el expreso a Chicago. Recibimos esa confidencia hace media hora. Queremos echar el guante al pájaro que nos dio esa noticia. ¿Lo conoces?

Los ojos del moribundo estaban vidriosos. Al oír las palabras del detective se abrieron ampliamente.

En el borde de la muerte, el famoso criminal olvidó su enemistad con la policía. Todo cuanto oía era el tono de las palabras de José Cardona, unas palabras frías que sonaban claramente en medio de los murmullos contenidos del gentío.

Larry Ricordo olvidó los gritos de excitación que se oían a su alrededor. No percibía más que la voz de Cardona, repitiendo el mismo tema con acento firme:

-Recibimos esa delación. Queremos saber de dónde vino la confidencia.

Tosió Ricordo:

-¡Te diré dónde está! ¡Te diré dónde está! ¡La noticia vino del traidor que está detrás de todo esto!

En un espasmo de furia, el herido sintió un profundo odio contra el hombre que le había traicionado. Mil pensamientos desconcertantes bullían en el cerebro de Larry Ricordo. Tan sólo un hombre podía haberle traicionado.

Ese hombre era el profesor Folcroft Urlich.

¿Por qué no? El profesor había matado brutalmente Tomás Jocelyn.

Similarmente había decido suprimir a su último cómplice.

¡Morir luchando, por culpa de un vil traidor! Flaqueándole las fuerzas, Ricordo dio la respuesta que José Cardona deseba.

Exhaló el bandido:

-¡Urlich! ¡El pro... fesor Folcroft... Urlich! Vive... en Long Island. Vaya allí... Él... él es... quien...

-¿Quién nos dio la confidencia?-interrogó Cardona.

-Tiene que ser... él-barbotó Ricordo-. Él me dijo que huyera. Acribíllelo... en Long Island... en un lugar llamado Philbrook...

El detective movía la cabeza en señal de asentimiento. Observó que Larry cerraba los ojos.

El pistolero cesó de jadear. Pero su cerebro agonizante respondió de repente a un pensamiento frenético. Un temblor sacudió su cuerpo al recordar la trampa mortal que Urlich, había preparado para recibir a todos los que llegasen.

Sus labios gruñeron al tiempo que sus ojos se abrían en un esfuerzo final:

-¡Cardona! ¡Ten... ga... cui,... dado... cuando... llegue...!

El esfuerzo era demasiado grande. Los labios retorcidos de Larry Ricordo exhalaron un suspiro de agonía. El cuerpo del moribundo gangster casi se le escapó de las manos al detective. Cardona notó que se tornaba inerte. Había llegado el espasmo final.

¡Larry Ricordo estaba muerto!

El inspector dejó que otros sujetaran al cadáver. Levantóse y vió al sargento Mayhew a su lado. Rápidamente ordenó al otro detective que se encargase del traslado del cadáver. Había una docena de agentes allí. Cardona gruñó unas órdenes en tono imperioso.

Dos minutos más tarde, el famoso detective salía de la estación, seguido de una patrulla de agentes. Subieron a un automóvil que esperaba y Cardona dio al chofer unas órdenes rápidas.

El coche salió disparado. Tocando la bocina a lo largo de la Avenida Lexington, torció hacia el Este en dirección a un puente gigantesco que conducía a Long Island.

El detective José Cardona había trabajado con rapidez esa noche. Menos de una hora después de la muerte de Tomás Jocelyn, recibió la confidencia relativa a Larry Ricordo.

Media hora más tarde, el gangster había hablado antes de morir por efectos, de las balas del detective. Dentro de media hora, él y sus subordinados se encontrarían en su nuevo objetivo.

José Cardona seguía la pista de la muerte silenciosa. Ignoraba que alguien se le había adelantado, que La Sombra, el hombre de misterio, se hallaba ya en el lugar donde la muerte acechaba.

El famoso detective estaba satisfecho porque había arrancado aquellas palabras de los labios agonizantes de Larry Ricordo.

Ignoraba que el pistolero había intentado avisarle y no lo había conseguido, Cardona y sus hombres se dirigían, hacia una trampa diabólica.

¡Pronto conocerían el poder de la muerte silenciosa que el profesor Folcroft Urlich manejaba!

¡Solo La Sombra podría quizás salvarle!

CAPÍTULO XXI
TUBOS DE MUERTE

Un plan diabólico hallábase a punto, de terminarse en el laboratorio del profesor Urlich.

Cliff Marsland y Clyde Burke, atados aún junto a la pared, observaban los preparativos que ellos sabían que significaban sus muertes.

Todas las luces usadas dentro de la habitación, habían sido concentradas en ese lado del laboratorio, situado cerca de la parte delantera del edificio.

Sanjo y Rasch habían colocado unas luces brillantes con reflectores de forma que un haz luminoso muy vívido iluminaba el campo limitado.

El profesor Urlich se hallaba sentado en una silla plegable, con el aire de un director encargado de un ensayo. Sus órdenes, dichas en lenguas extranjeras, que los ayudantes comprendían, habían sido obedecidas prontamente.

Sin embargo, el experimento había requerido considerable tiempo para su preparación.

Cliff Marsland había cesado de fingirse abatido. Clyde Burke, a su lado, también se hallaba completamente alerta. A pesar del frío terror que inspiraba la presencia del profesor Urlich, los dos ayudantes de La Sombra contemplaban fascinados, los detalles de la operación que parecía hallarse a punto de quedar terminada.

Enfrente de los dos hombres aparecía un enorme trípode, montado encima de una base circular que rodaba sobre ruedas y cuyas tres patas dábanle el aspecto grotesco de una horca.

En la parte superior del trípode extendíanse unos brazos que soportaban un reborde metálico.

Este círculo superior sostenía un enorme garrafón. El recipiente de cristal, embutido en una especie de cesta de mimbre, tenía un color verdoso brillante.

Su tapón consistía en un enchufe de cristal del que se extendían dos tubos de caucho.

Cuando Sanjo apretó una pequeña palanca junto al borde que sostenía al garrafón, el enorme recipiente se balanceó ligeramente, mostrando que estaba instalado en un eje que podía invertirlo.

Sanjo ajustó la palanca y el garrafón cesó de oscilar. A ambos lados del trípode central había una base con varillas verticales terminadas en anillos.

Había dos, grandes y macizas.

Cada pedestal tenía un recipiente de cristal grueso, semejante a un gigantesco tubo de ensayos. Ninguno de los dos prisioneros había visto jamás parecidos cilindros de cristal. Los tubos tenían más de dos metros de altura y más de uno de diámetro.

Como preparativo final, los ayudantes de Urlich habían sacado dos tapas metálicas lo bastante grandes para ponerlas encima de los inmensos tubos.

Habían puesto una manguera a cada tapa. El profesor Urlich rió de júbilo, como señal de que todo estaba ya preparado.

Cliff Marsland observó el rostro del monstruo. Una alegría diabólica iluminaba las facciones de Urlich. El profesor había observado con creciente interés el trabajo de sus ayudantes.

A pesar de esto, Cliff Marsland había notado que el profesor no dejaba de observar atento las tres bombillas apagadas, que se proyectaban por encima de la escalera de caracol que había en el centro del laboratorio.

Aquellas bombillas eran apenas visibles en la oscuridad que había más allá de la iluminación concentrada; mas si una de ellas hubiese comenzado a brillar de repente, el profesor la habría visto al instante.

Con los ojos clavados en los prisioneros silenciosos, el profesor dijo:

-Ya estamos preparados. Dado que ustedes serán los sujetos de mis experimentos, voy a explicarles la operación.

Hizo una seña a Rasch, quien apareció con un tubo conteniendo un ratón blanco.

El criado sostuvo, sonriente, el tubo a la luz.

Los prisioneros observaron que el tubo, tenía una tapa metálica con un agujero redondo en el centro.

El profesor habló en una lengua extranjera. Sanjo pasó una botella a Rasch.

El individuo sujetó el tubo con una mano, la botella con la otra, y vertió un líquido verdoso de la botella al tubo.

Al instante se manifestó una mezcla humeante y efervescente. El verde se tiñó de blanco y por el agujero de la tapa comenzaron a salir lentamente unos gases. El líquido se clarificó poco a poco.

De los labios de los agentes de La Sombra surgieron simultáneas exclamaciones de asombro. El ratón blanco se había desvanecido.

¡El tubo no contenía más que un líquido acuoso!

Continuó el diabólico profesor:

-Siempre he tenido el deseo de intentar este experimento en una escala mucho mayor. El líquido verdoso que ustedes han observado (el mismo liquido que hay en el garrafón) es virtualmente un disolvente universal. No produce ningún efecto sobre el cristal; pero ésta es quizá la única substancia que no diluye con tal potencia.

»Las mangueras que se proyectan del garrafón han sido inventadas por mí. Están hechas de un material flexible, que posee ciertas propiedades que se encuentran en el cristal. Ha sido usado para resistir la potencia del disolvente.

Los ojos del profesor relampaguearon llenos de ironía:

-Quizá es cruel-prosiguió-, discutir los detalles de este experimento con mis sujetos. Tal vez preferirían ser como el ratón blanco, es decir, ignorar lo que les va a suceder. No obstante, ya les he explicado claramente lo que va a ocurrir y en consecuencia podemos continuar.

Hizo una pausa. Prosiguió:

-Sus vidas no significan nada para mí. No obstante, sus muertes son convenientes. Para no dejar rastro de mis experimentos, encuentro muy conveniente destruir a ustedes, como he hecho con el ratón.

»Estos tubos de ensayo fueron hechos especialmente para un experimento de esta índole. Un tubo para cada uno de ustedes. Después de eso, ajustaremos estas mangueras, invertiremos el garrafón y dejaremos que el preparado realice su trabajo.

Clyde Burke se mordió los labios. Cliff Marsland miró con fijeza hacia delante. Los dos ayudantes de La Sombra, comprendieron ahora la astucia diabólica del profesor Urlich. Era imposible imaginarse una muerte más horrible. !Ser disuelto, encontrándose uno en un estado de impotencia, dentro de un tubo gigantesco de cristal!

¡Ambos agentes de La Sombra casi sentían la sensación horrible de aquel líquido vitriólico!

El profesor sonrió siniestramente. Observo los rostros consternados de sus víctimas. Le alegraba el pensamiento de la muerte rápida y silenciosa que iban a sufrir.

Más satisfecho estaba aún de la astucia del plan.

¡Reducir estos dos hombres a un simple sedimento viscoso y luego verter los restos que no dejarían el menor vestigio del crimen perpetrado!

Esta era la muerte suprema, el crimen llevado al nivel de la realización científica.

El profesor no tenía deseos de interrogar a sus víctimas. Que ellos suplicaran compresión, si querían; comunicarían algunos secretos de La Sombra. Si sus palabras revestían importancia, el experimento podía aplazarse. En caso contrario continuaría.

La Sombra significaba poca cosa ahora, para el profesor Folcroft Urlich. El hecho de que tenia en su poder a uno y posiblemente dos de sus agentes, indicaba que La Sombra debió morir a consecuencia de los gases que provocaran la muerte horripilante de Tomás Jocelyn.

Clyde Burke contemplaba sin esperanzas el rostro cruel del profesor. Cliff Marsland miraba hacia el otro lado, en dirección de la parte posterior del laboratorio. Sus ojos parpadearon de espanto.

¿Había visto un movimiento en lo que parecía ser una puerta?

¿Había vista abrirse la barrera, y luego cerrarse?

¿Era pura imaginación o acaso distinguió a una figura movible deslizarse a lo largo de la pared borrosa, invisible a los ojos de todos los presentes?

El pensamiento de que esto fuera posible ofrecía un rayo de esperanza.

Cliff oyó una exclamación nerviosa del hombre que había a su lado. Habló en voz baja, sin mover los labios:

-¡Calma, Clyde! Calma. Hay que resistir, amigo.

El periodista movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

Los tubos de ensayo fueron traídos, en torniquetes de los pedestales del trípode.

Los ayudantes del profesar Urlich se aproximaran y levantaron a Cliff Marsland. El agente de La Sombra no ofreció resistencia.

Su cuerpo se deslizó en el interior del tubo y luego fue levantado en alto y Cliff pudo ver que los ayudantes iban a buscar a Clyde Burke. Impotente observó que introducían al reportero en el otro tubo.

Ambos recipientes se encontraban en posición vertical ahora.

El profesor Urlich y sus sicarios parecían formas grotescas a través de las paredes curvas del tubo.

Clyde Burke, inspirado por el valor de Cliff Marsland los miraba también.

El profesor Urlich señalaba las tapas.

De pronto el hombre de ciencia se detuvo. Miraban hacia arriba, hacia la hilera de luces situadas encima de la escalera central. La bombilla roja se había encendido de repente.

¡Alguien estaba dentro de la zona exterior de muerte, en el pórtico que rodeaba al edificio circular!

De los labios del diabólico profesor brotaron unas órdenes ásperas. Sanjo y Rasch asintieron con la cabeza, al comprender el mensaje. Debían continuar con el experimento. Su amo tenía otro trabajo que hacer.

Precipitadamente, el profesor Urlich cruzó el laboratorio y abrió la puerta que conducía al cilindro hueco.

Mientras tanto, Rasch arrimó al aparato una escalera de mano y subió a ella.

Permaneció al lado del tubo que contenía a Cliff y señaló a Sanjo que le pasase la primera tapa.

Clyde Burke gimió dentro del gigantesco tubo de pruebas que le tenía prisionero. Esto era el principio del fin. Una tapa; luego, otra; después, la muerte, que sería un alivio por su fantástica rapidez.

De pronto los ojos de Clyde se dilataron. Penetrando en el radio de la luz concentrada, aparecía una masa de negrura, que presentaba la grotesca semejanza de una figura humana, al ser vista a través del cristal curvado.

Clyde emitió un grito de júbilo, que se escapó de sus labios a pesar del esfuerzo que hizo para reprimirlo. El grito produjo un ruido hueco del tubo de ensayos.

Sanjo y Rasch se volvieron. De los sicarios de Urlich salieron exclamaciones de espanto.

De pie delante de los tubos de muerte, aparecía una elevada figura vestido de negro. De los pliegues de una capa negra se extendió una mano enguantada de negro, que empuñaba una potente pistola automática, dispuesta a hacer fuego.

Rasch se encogió de espanto, con las manos en alto, encima de la escalera.

La tapa metálica del tubo cayó de la mano a Sanjo, cuando levantó también ambos brazos.

La Sombra se aproximó lenta y calmosamente. Su risa sarcástica brotó en tonos claros y fantásticos de triunfo.

El profesor Folcroft Urlich no encontraría a sus víctimas cuando regresase; ni tampoco los tubos de líquido incoloro donde había introducido a unos hombres vivos.

¡El terror del hampa había llegado para frustrar los planes diabólicos de la muerte silenciosa!

Los ojos fulgurantes del misterioso personaje infundían terror a los enemigos, que los veían. Esos ojos que centelleaban ahora lo sabían y lo veían todo.

No sólo observaban a los aterrados sicarios del profesor Urlich, sino que también percibían la causa de la súbita partida del monstruo.

¡La Sombra había visto la luz roja que aun estaba encendida encima de la escalera central¡

De pie delante de los tubos de muerte.

¡De nuevo su risa esparció sus ecos por el laboratorio donde la muerte había sido frustrada!

CAPÍTULO XXII
EL INTERRUPTOR DE LA MUERTE

El profesor Urlich se detuvo junto a la gigantesca máquina mortífera, que había instalado en el pozo, debajo del laboratorio.

Su mano estaba posada sobre el interruptor regulador; sus ojos observaban la hilera de bombillas encendidas.

El diabólico profesor no abrigaba la intención, de desencadenar aún la terrible corriente de la muerte. Tan sólo las luces rojas estaban encendidas.

Significaban que los invasores no habían pasado del pórtico exterior.

El profesor había instalado de una manera perfecta sus tres zonas de la muerte. No se proponía usar la fuerza que tenía a su disposición simplemente para aniquilar a un intruso, ni quería usarla de una manera indiscreta.

Siempre que no se hubiese invadido más que la primera zona, no podía existir ningún peligro. Quizá estos intrusos se marcharían. Si intentaban entrar, podían hacerlo, si venían en calidad de amigos.

Por este motivo ordenó a sus ayudantes, que continuasen el experimento que aniquilaría a los cautivos que tenía en el laboratorio. Si eran simplemente unos curiosos o investigadores o detectives inofensivos que habían llegado a esa casa de la muerte, podría recibirlos con las manos limpias.

El estruendo de los golpes dados contra la puerta impresionó de pronto al profesor. Su frente se arrugó. Aquel ruido significaba la presencia de unos enemigos. La mano de Urlich se movió sobre el interruptor. Luego la mano se detuvo.

No era éste el momento de desencadenar la corriente mortífera.

Si produjese la muerte a alguien, algunos que estuviesen vigilando fuera del radio del pórtico podrían notarlo y quizá presenciar el fin de sus compañeros.

El diabólico profesor sonrió ferozmente. Dejaría entrar a estos invasores.

Una vez dentro, en la zona segunda... ¡Sí, aun en la tercera, podría tirar del interruptor de la muerte!

¡La muerte silenciosa! La muerte que el profesor anhelaba ejecutar. Este incidente, producido después de los experimentos de su laboratorio le llenaba de júbilo.

La Sombra estaba muerta; sus agentes estaban a punto de ser destruidos; y otros enemigos entraban en este momento por la puesta para encontrar la muerte.

¿Quiénes podían ser sus enemigos?

El profesor movió la cabeza en señal afirmativa. ¿La policía? ¡Sí! Habían encontrado de alguna manera la pista de Larry Ricordo.

Frunció el ceño. Sin duda ocurrió algún contratiempo en la estación.

Seguramente su plan falló.

¿Qué importaba? La muerte estaba en su mano. El monstruo soltó una carcajada de reto, al estruendo que aun se oía al otro lado de las puertas exteriores. Sus ojos se posaron en las bombillas. La verde se encendió mientras vigilaba.

¡La bombilla verde!

¡Esto significaba que alguien había llegado al corredor circular, a la segunda zona de la muerte!

No podía ser obra de los hombres que intentaban derribar la puerta. No podían ser más que Sanjo y Rasch que pisaban aquel pasillo silencioso.

Más ¿por qué había descendido uno de los dos ayudantes? Y aunque no hubiese descendido, ¿no había llegado al fondo del cilindro hueco, para entrar al pozo donde él se encontraba ahora?

No era posible que uno de sus ayudantes hubiese bajado a abrir la puerta a los intrusos.

El profesor lanzó una carcajada al pensar en semejante cosa. Continuó vigilando la bombilla verde. Permaneció encendida.

Llegó un sonido del extremo de la sala del otro lado del balcón. Era la puerta que no se usaba, que conducía del pasillo circular al mismo balcón.

El profesor no percibió el sonido cuando la puerta se abrió; pero el aumento súbito del ruido le sorprendió.

Sin embargo, no fue esto lo que se hizo volver la cabeza. La señal que llegara súbitamente a sus oídos fue la bombilla blanca que se encendió de pronto. ¡La señal de que una persona había llegado al suelo metálico del balcón!

Con la mano encuna del interruptor de la muerte, el diabólico hombre de ciencia volvióse para mirar hacia la puerta.

A la luz tenue, observó una figura que reconoció; una figura espectral que había visto antes en una ocasión: el misterioso personaje que se introdujo por la claraboya al estudio de Alfredo Sartain.

¡La Sombra!

Los ojos fulgurantes del profesor Urlich encontraron la mirada centelleante del rey de la noche. La Sombra había dejado que la puerta se cerrase tras él.

Con una mano en la baranda del balcón, empuñaba una pistola automática en la otra. El redondo cañón del arma apuntaba directamente hacía el profesor Urlich.

Los dedos del hombre de ciencia temblaron encima del interruptor; luego lo asieron con mayor firmeza.

El astuto profesor poseía una ventaja que ni siquiera La Sombra podía destruir. Si una bala de aquella pistola lo derribase, su mano tiraría del interruptor también.

¡Significaría la muerte del hombre que le matase!

La Sombra vió la situación. Su risa resonó de una manera sobrenatural a través del pozo.

El profesor Urlich rió nerviosamente. No le agradaban los tonos escalofriantes de aquella risa burlona; no obstante, su temor no era suficiente para que saltara el interruptor que constituía su única esperanza.

El demoníaco profesor se encontraba frente a la muerte; sabia que La Sombra veía también la mano de la muerte. El hombre vestido de negro que había producido este empate, no formulaba ningún comentario aparte de su risa.

Lentamente, siguiendo la cadencia de los golpes sordos que se oían dar contra la puerta. La Sombra dio la vuelta al balcón, encañonando todavía, al profesor Urlich.

El astuto hombre de ciencia, a su ver, no soltaba la palanca y observaba a La Sombra constantemente.

En el momento en que la figura espectral se descuidase, Urlich haría funcionar la palanca. Por el contrario, si el hombre de ciencia soltase el interruptor, un disparo de la pistola automática sería su muerte segura.

El fantasma de la noche terminó un semicírculo que le llevó delante de la puerta. El profesor Urlich asió tensamente la palanca. Se imaginó, que su enemigo tenía un propósito.

Desviando su atención de la puerta, Urlich no podía ver entrar a los otros.

Sin embargo, el hombre de ciencia profirió una carcajada.

Un disparo por detrás no podía cambiar la situación. Si él cayese, no importa de qué manera, su mano asiría aún el interruptor.

La figura espectral cuchicheó de repente:

-Profesor Urlich, he venido a terminar sus proyectos diabólicos. No puede usted burlarme más.

Una risita despectiva fue la réplica del fantástico criminal.

Continuó La Sombra, con voz sibilante:

-Tres luces están encendidas. ¿No le dice eso que sus planes han fracasado?

El profesor ni siquiera miró hacia las bombillas, para comprobar si La Sombra había dicha la verdad.

Prosiguió el rey de la noche.

-Roja: el pórtico. Verde: el pasillo. Blanca: la galería donde ya estoy en este momento. ¿No significa eso nada para usted, profesor Urlich?

El monstruo no respondió. Estaba desconcertado, mas no quiso demostrarlo.

Su frente se arrugó más aún. Seguía oyendo golpear en la puerta exterior.

¿Qué significaba ello? ¿Por qué golpeaban la puerta? Unos hombres habían entrado. ¿Por qué razón había otros que intentaban entrar aún?

Declaró La Sombra, en tono siniestro:

-La luz blanca es la prueba de mi presencia. La luz verde indica que he visitado su laboratorio. Sus ayudantes son prisioneros míos. Mis agentes están en libertad. Me esperan en el pasillo. Y esperan mi regreso.

»La luz roja señala que hay unos hombres al otro lado de la puerta exterior. La Ley llama a sus puertas. No tiene usted medio de escapar. Saque la mano del interruptor y espere su captura. ¡Le ofrezco la única salvación que tiene usted!

El profesor Urlich gruñó. Levantó la voz y con palabras sarcásticas desafió a su adversario. Rió:

-¿Que saque la mano? Esta mano tiene a usted a mi merced. A usted y a sus agentes. A usted, a sus hombres y a la policía. Dispare sobre mí, si se atreve. ¡Será su muerte! ¡Su muerte y la de todos cuantos se encuentren dentro de los círculos de la muerte silenciosa!

Advirtió La Sombra, fríamente:

-No mueva ese interruptor. Le aviso que será su muerte instantánea.

-¿Mi muerte?-repuso Urlich, en tono de burla-. ¡Cómo Sansón, quizá yo muera! ¡Pero mis enemigos perecerán conmigo! ¡No puede usted impedírmelo!

Repuso La Sombra, con una risa siniestra:

-Puedo impedírselo. Una bala de esta pistola lograría ese resultado. No dispararía sobre su negro corazón, Urlich, sino sobre su mano temblorosa. La mano y la palanca saltarán, si así lo deseo.

El reto hizo temblar al hombre de ciencia. No creía posible una puntería tan certera. Mas el recuerdo de las proezas de La Sombra, contadas por Larry Ricordo, le hizo titubear.

El fantástico personaje había hecho esa manifestación en un tono sencillo, como una cosa natural. No obstante, Urlich recobró su valor para ridiculizar las palabras de su enemigo. Rugió:

-¡Pruébelo! Un disparo será su fin. Apunte a mi mano y no dé en el blanco. Verá esta mano responder en el instante en que su pistola automática ya no me encañone. ¡Será lo último que vea en su vida!

-Vuelvo a advertirle- repuso La Sombra-. ¡Si aprieta ese interruptor, morirá de una manera fulminante! Los invasores están aquí-el ruido de la caída de las puertas exteriores confirmó las palabras-, pero yo permaneceré. No verán más que a usted; mas usted conocerá mi presencia. Elija. Oprima esa palanca o ríndase. Mi último aviso le advierte que no morirá nadie más que usted. He dicho.

La elevada figura de negro se encogió al lado de la barandilla, cuando unos hombres comenzaron a golpear la puerta de la galería-balcón.

Cardona y sus subordinados habían visto la segunda entrada.

El profesor Urlich miró hacia el lugar donde el fantasma de la noche había estado. Vió únicamente dos ojos fulgurantes y el cañón de una pistola automática.

La puerta se abrió en el balcón. Había sido dejada, entornada por La Sombra. La patrulla de detectives penetró impetuosamente en la galería y se detuvo junto a la barandilla.

En los rostros de los detectives veíase una expresión de aturdimiento.

Esperaban que Cardona actuase; pero el famoso detective permanecía estupefacto ante el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

La luz roja se había apagado encima de la máquina. Todos habían entrado por el pórtico. La blanca, que significaba la presencia de estos hombres y de La Sombra, seguía encendida.

La verde, que venía del corredor circular, denotaba la presencia de los agentes de La Sombra en aquel pasillo.

Los ojos del profesor fueron de las luces hacia los detectives. Los hombres no se movieron. No comprendían la situación. Cardona no dio orden de atacar; no comprendía el peligro que corrían.

No vió más que a un loco monstruoso al lado de una máquina extraña, un hombre delirante y riendo impotente ante los revólveres que le encañonaban.

Riendo como un demente, el diabólico profesor miró una vez más hacia las luces. La blanca se extinguió. La roja se encendió. El motivo lo adivinó Urlich. ¡Los agentes de La Sombra escapaban! Habían huido hacia el pórtico inmediatamente después de la llegada del pelotón de policía.

Sin hacer caso de un eco cuchicheado y que llegaba del lugar donde La Sombra estaba agazapado, y despreciando a los detectives que miraban sin sospechar la existencia de la trampa donde se habían metido, el profesor Urlich apretó el interruptor.

Esperaba un disparo de La Sombra. Sonrió al prepararse a recibirlo.

En aquel instante, los ojos del monstruo miraron hacia el suelo. Vieron que el grueso alambre aislado de la máquina había sido cortado. Un súbito temblor sacudió el cuerpo del criminal.

En aquel instante terrible, sus ojos comprendieron la verdad; pero su mano, inspirada por una determinación instintiva, no tembló al apretar la palanca ni se preocupó de los ojos que le contemplaban.

El interruptor descendió. No fue acompañado de la detonación de la pistola de La Sombra. Los detectives que habían quedado, parados mirando asombrados, retrocedieron de un salto hacia la puerta cuando salió un sonido terrible de la gigantesca máquina.

Largas chispas empezaron a saltar de poste a poste. Los discos y las ruedas giraron vertiginosamente.

Otro fenómeno más terrible acompañó este potente estallido. De todas partes del suelo metálico, dentro del pozo, saltaron chispas.

Una terrible llama envolvió el cuerpo del profesor Folcroft Urlich. Con la enorme lengua de fuego, surgió una columna de humo blancuzco, que pareció brotar como una nube de las regiones infernales.

Los vapores blancos se alejaron en remolinos. La máquina continuó chisporroteando y las chispas se esparcieron por el suelo.

En el lugar donde el monstruo estuviera, ya no quedaba un hombre. En lugar de un cuerpo humano, aparecía una masa da huesos y cenizas ardiendo en rescoldos, amontonados en forma de pirámide grotesca.

Esto era cuanto quedaba del profesor Folcroft Urlich, hombre de ciencia y monstruo diabólico.

La Sombra había planeado bien este fin dinámico, durante su estancia en el pozo situado debajo del laboratorio. Su mente aguda había visto el objetivo de la terrible máquina.

Mediante un proceso seguro, pero sencillo, había desconectado el alambre de avance que conducía a las tres zonas exteriores y lo había ajustado al suelo del pozo, o sea la base metálica sobre la cual Urlich realizara primero sus experimentos.

El inventor de la muerte silenciosa ya no existía. La Sombra le dio un aviso.

¡La presión de la palanca produjo el merecido fin del asesino, que había deshonrado a la ciencia para servir sus planes siniestros!

CAPÍTULO XXIII
LA HISTORIA

Clyde Burke escribió la historia para «El Clásico», periódico neoyorquino.

El reportero la recibió con toda clase de detalles de labios del detective José Cardona. El supuesto suicidio del profesor Folcroft Urlich, causó una gran sensación en las columnas del periódico neoyorquino.

El público se enteró de que los planes de una serie de muertes horripilantes habían fracasado, excepto en una ocasión: cuando Tomás Jocelyn murió.

Tres veces se habían tendido unas trampas mortíferas que resultaron fallidas: en los casos de Alfredo Sartain, Wesley Barnsworth y Gardner Joyce.

Cuando Tomás Jocelyn murió víctima de un veneno sutil, con su criado Grewson, a su lado, el famoso detective José Cardona ya seguía la pista del asesino.

Slips Harbeck, al ser sometido a un interrogatorio, nombró a Larry Ricordo.

El famoso gangster, muerto a tiros en la estación Central, delató al profesor Folcroft Urlich.

La Prensa publicaba fotografías del laboratorio donde Cardona y sus subordinados entraron. Allí, el hombre de ciencia, al parecer escogió su propia corriente eléctrica, y apretó una palanca para suicidarse ante la vista de los agentes de la autoridad, que llegaron con el objeto de efectuar su captura.

Se tardó algún tiempo en encontrar el alambre exterior, que suministraba la fuerza para la gigantesca máquina. Una vez cortado el alambre subieron al piso que estaba encima del pozo. Allí encontraron a dos extranjeros, evidentemente los ayudantes del profesor muerto.

La batalla que se entabló causó la muerte de Sanjo y Rasch y heridas a dos detectives.

Un punto sobre el cual Cardona pasó ligeramente, fue el hecho de que los ayudantes del diabólico profesor, debían haber estado amarrados cuando la policía llegó a la casa. Posiblemente el profesor, los había atado con el objeto de que no le impidieran suicidarse.

Los dos ayudantes habían logrado zafarse de sus ligaduras, antes de que los detectives se acercasen. Unos restos de cuerdas que había por el suelo explicaba el hecho. Pero no lograron escapar porque los agentes les interceptaron el paso.

Clyde Burke sonreía mientras escribía la historia.

No se conocía nada de los prisioneros, a quienes el siniestro hombre de ciencia condenara a muerte. No se mencionaba el papel que había representado en la tragedia un misterioso visitante de la noche.

Había otros hechos que Clyde Burke desconocía y que, sin embargo, sospechaba.

Todo esto quedó resumido en un punto, muy importante que el público no conocería jamás, una noticia sensacional que «El Clásico» podía publicar antes que los demás periódicos y que jamás daría a la publicidad.

¡La mano de La Sombra!

Oculto e invisible, pero sin fallar nunca, era la potencia que fulminara al inventor de la muerte silenciosa.

El misterioso personaje había inclinado la balanza, suprimiendo al monstruoso profesor Folcroft Urlich. Sin ser visto por los detectives, siguió silenciosamente a sus agentes recatados, sepultándose en la oscuridad de la noche.

La verdad sobre el fin del monstruo, debía permanecer desconocida para el mundo.

¡Mas esa historia se encontraría, conservada para la posteridad, en los archivos secretos del rey de la noche!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN